EL PADRE ALONSO DE OVALLE

EL HOMBRE — LA OBRA

Por

PEDRO LIRA VRQVIETA



Impreso en la ciudad
de Santiago por la
EDITORIAL DIFVSION CHILENA
Año de MCMXLIV

EL PADRE ALONSO DE OVALLE

EL HOMBRE — LA OBRA

PRINTED IN CHILE

49502.—Imprenta Chile, Morandé 767, Santiago

TODO *lo que en nuestro historiador (el P. Alonso de Ovalle) falta de espíritu crítico y analítico, está compensado por sus facultades narrativas y descriptivas.*

Los capítulos en que pinta la vida de los criollos, sus fiestas, costumbres y aficiones, constituyen una animada galería de detalles y rasgos pintorescos, de pequeños cuadritos y sugestivas anécdotas. Si de todo eso se hiciera una selección cuidada, a semejanza, por ejemplo, de la que ha realizado Carlos Pereyra con los Comentarios Reales del Inca Garcilaso, y se agregaran ciertos escorzos de ciudades, y sobre todo. los magníficos trozos que describen nuestra naturaleza, pondríamos al alcance de chilenos y extranjeros algunas de las páginas más sabrosas y más bellas que se hayan escrito en América.

(EDUARDO SOLAR CORREA.—"Semblanzas literarias de la Colonia).

EL PADRE ALONSO DE OVALLE

I

EL MAYORAZGO DE OVALLE

AL atardecer del día 8 de Diciembre de 1618, una lujosa aunque reducida cabalgata se detuvo en la portería del convento que tenía la Compañía de Jesús en la muy noble y leal ciudad de Santiago del Nuevo Extremo.

El apuesto joven que la conducía descendió de su ataviada cabalgadura con la

gallardía de sus diecisiete años. Golpeó en el portón, y cuando lo abrieron volvióse a los suyos: dirigió algunas tiernas palabras de despedida al niño que le acompañaba, quitóse del cuello una rica cadena de que pendía una joya y la entregó al criado que sostenía las bridas de su caballo. Después, de una carrera, y trémulo de emoción, penetró en el recinto conventual.

Cuando sus acompañantes se dieron cuenta exacta de lo que ocurría era ya tarde. Aunque golpearon con furia, el portón no volvió a abrirse. Ni iba a abrirse a los ruegos del poderoso capitán don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle, padre del joven que se había valido de ese ardid para vencer su resistencia al ingreso en la Compañía. El Rector de la casa permaneció impasible y terco frente a las amenazas del irritado capitán.

El Padre Cassani en su pomposo estilo, muy siglo XVIII, nos relata con más viveza la escena. Dice que el joven Alonso de Ovalle y su hermano menor volvían de

una fiesta en que habían lucido su elegancia y su riqueza, paseando y bizarreando por las calles de la ciudad. No nos declara el sentido de la fiesta que en ese día 8 de Diciembre de 1618 había sacudido la modorra de la colonial villa. A juzgar por la fecha y por la particular devoción que el Católico Rey don Felipe III tenía a la Inmaculada Concepción, nos parece que esa fiesta hubo de ser en su honor. No empece a ello el que no fuera aun festividad de la Iglesia Universal: bien sabido es que fueron los españoles los que anticiparon el dogma que iba a proclamar dos siglos después Pío IX.

En esa fiesta, como en todas las fiestas, los vecinos ricos de Santiago hacían gala de su opulencia. Particularmente en atavíos y en el despliegue de sus numerosos criados. El capitán español don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle, con mayorazgo de este nombre en Salamanca, y radicado en Chile desde el año 1600, había deseado que sus dos hijos varones lucieran en esa fiesta su bizarría. Y

el joven Alonso, para complacerle, parecía hasta haber olvidado su vocación religiosa, que se había manifestado de una manera irresistible en sus años de colegio. Pero la preparación de la fiesta había disipado su melancolía. Se manifestaba alegre y entusiasmado. En su agitación solía decir "este es mi día" sin que nadie descifrara el verdadero sentido de esa frase misteriosa. Sus padres pensaron que la vida de mundo, a la que le destinaban como mayorazgo que era, empezaba a atraerle. De manera que cuando los criados les refirieron la escena del convento su dolor no conoció límites.

Pero volvamos a la relación que nos hace el P. Cassani en su edificante obra "Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús". Para darle animación y colorido a la despedida pone en labios del joven Alonso estas palabras: "Hasta aquí, hermano mío, he obedecido a mi padre, y cumplido con aquellas que vosotros llamáis obligaciones del nacimiento y de la sangre; bien ves el afán y cuidado en que



CAP^N D FRAN^CO RODRIGVEZ DEL MANZANO
YOVALLE

hemos empleado el día, porque el aire de un paseo se lleve en sus ondulaciones nuestro gusto, y en breve tiempo nos deja por fruto un cansancio; yo apetezco aquellos gustos que ni afanan, ni desaparecen ni rinden; esta te la dejo toda por herencia y yo me voy a vestir la inestimable gala de la santa pobreza, en la sotana de la Compañía, donde tengo ya licencia. A mi padre y a mi madre dí que den a Dios gracias por haberme a mí concedido esta dicha, y a ellos un hijo que la logre, y nunca más hijo suyo que cuando más separado, pues vivo suyo en Dios".

Estas concertadas razones pasaron, sin duda, más de una vez, por la mente despejada y desengañada del joven Alonso. Pero ni la edad ni las circunstancias le permitieron formularlas en esa ocasión. Una despedida tan prolongada habría dado tiempo a los criados para impedirle su propósito. Ni se avienen tantos razonamientos con el natural ímpetu de una decisión heroica. El Padre Cassani en la tranquilidad de su celda piensa de otra

manera. Y nos remacha su idea con esta reflexión moralizadora: "Acabó la tarde, con la tarde la luz, con la falta de luz el aplauso y con la falta de éste todo el fantástico empeño en que tanto cuidan los que descuidan el principal cuidado de la eternidad". No en balde vivía el escritor en los tiempos barrocos de Churriguera.

Para apreciar debidamente una acción heroica como fué la del joven mayorazgo de Ovalle, no nos hacen falta galas retóricas. Se trataba de un alma noble y pura que deseaba consagrarse al servicio de Dios. Había recibido un llamamiento claro. Y el curso de una vida iba a demostrar que ese llamamiento no había sido vano. Con voluntad inquebrantable supo serle fiel. Y ni los halagos paternos que le ofrecían el mayorazgo de España, ni las ternuras de la madre ni la opulencia que le rodeaba pudieron distraerle. Los acontecimientos que siguieron a esa tarde de su ingreso pusieron de manifiesto el temple de su ánimo. El novicio supo ser digno hijo del orgulloso y empecinado capi-

tán. No era la codicia la que movía a don Francisco a estorbar la vocación de su Alonso. Como había movido, hacía siglos, al mercader de Asís a atajar el vuelo del Poverello. Era el inmenso orgullo de casta el que exigía que el hijo mayor asumiera su magnífico rol de mayorazgo. Y no en las lejanas tierras de Chile — que para eso estaba el segundón — sino en la casa solariega de Salamanca, la ciudad docta, ahita de heráldica y de ciencia.

Las influencias de su familia retiraron al joven Alonso del convento de los Jesuítas y consiguieron trasladarlo al Convento de San Francisco, con ánimo de doblegar su voluntad, o por la persuasión o por la fuerza. Pues se pensó en aprovechar una mascarada para robarle en la misma puerta del convento. El joven se negó a salir y burló los preparativos. Y consiguió, poco después, volver a la casa de la Compañía a fin de iniciar sus estudios religiosos. Aunque la porfiada resistencia del capitán parecía quebrada, los Padres de la Compañía pensaron que era

más prudente alejar de Chile al novicio. Y lo enviaron a Córdoba del Tucumán. Refieren las viejas crónicas que hubo intentos de atajar esa determinación, pero lo cierto es que en los primeros meses del año 1619 el joven Ovalle ingresaba a la Casa de Probación en Córdoba.

El futuro jesuíta había vencido. Y en noble lid. Porque no le apartaba del mundo ni el desengaño amoroso, ni la pobreza de su familia ni la debilidad de su complexión. Era sano y fuerte y rico. Su naturaleza robusta le hubiera permitido disfrutar ampliamente de los goces de la vida. Era y continuó siendo un temperamento sensual. Sensible, por tanto, a los placeres de los sentidos. Que sólo una voluntad heroica consiguió amortiguar para siempre. Su sangre latía al impulso de la nobleza de su origen. Origen doblemente noble, por lo que arrancaba de España en línea paterna y por lo que lo unía con los conquistadores de Chile por línea materna. Con todo, supo pisotear el orgullo y la vanidad. No hay asomos de vanagloria en

su admirable vida espiritual, ni encontramos atisbos de soberbia en su conducta. Pero sigue perteneciendo a la nobleza. Diríamos que continúa siendo, aunque purificado, el mayorazgo de Ovalle.

Cuando vuelve a Chile y se ordena de sacerdote piensa inmediatamente en la responsabilidad que le atañe en las encomiendas de su familia. Emprende, por eso, largas y penosas misiones en el valle de La Ligua. Recorre afanosamente las chacras que rodean a Santiago y que pertenecen a sus parientes. Busca a los seres más miserables para hacerles el bien y toma, por ello, a su cargo a los negros. Los reune en cofradía, los adoctrina, los asiste en vida y en muerte. No desperdicia su influencia para congraciarlos con sus amos. Y para reunir limosnas que solicita de los vecinos ricos. Porque sabe tratarlos como a iguales. Aunque lleva sotana raída. Que el nexo de la sangre impone hermandad.

Cuando está en España, más tarde, sabe encontrar tiempo para visitar Salamanca y Valladolid y escudriñar los archivos de

la familia. Sus cartas nos dicen que conoció la casa de su mayorazgo y trató con sus parientes, en particular con el noble don Jerónimo de Saravia, señor de las villas de la Pica y Almenar. En Italia misma se dá trazas para alcanzar hasta Génova y escudriñar allí los orígenes y las grandezas de la familia materna de los Pastenes. Medina cree que el opúsculo aparecido en esa época, sin nombre de autor, sobre las glorias de los Pastenes, se debe a la pluma de Ovalle. Conociendo la afición heráldica de nuestro mayorazgo no ha de dudarse. En su Histórica Relación del Reino de Chile avanza este elogio: "El capitán Juan Bautista Pastene— su bisabuelo — caballero de la antiquísima y muy ilustre casa de los Pastenes de Génova, de que no hay ya en aquella República más memoria (por haberse muerto todos los de esta familia) que la que se halla en sus Archivos, donde se ven muchos de sus antepasados, no solo escritos en los libros de la nobleza, sino entre los Senadores y Ancianos, que en aquellos

tiempos correspondían a la Regia dignidad del que ahora preside en el Senado...".

Nuestro P. Ovalle no puede ocultar la admiración que le causa la nobleza. Sencillamente se desvive por ella. Eran, por otra parte, las costumbres de su tiempo. Como iban a ser más adelante las de halagar al pueblo.

En su obra nos habla a menudo de la "nobleza chilena". Sus elogios máximos los reserva a los gobernadores y capitanes de alta alcurnia. Repite hasta la saciedad las referencias a las casas ilustres y a los empingorotados parientes. Del gobernador don Luis Fernández de Córdoba se expresa así: "No digo nada de la esclarecida nobleza de este caballero, porque siendo tan una con la del marqués del Guadalcazar, su tío, que fué el virrey que le nombró para este gobierno, no hay más que decir, ni se puede hablar de esta materia tan de paso, sin enturbiar en alguna manera la claridad y resplandor de tan ilustre y excelente casa, porque no se pue-

de decir en pocas palabras lo que no cabe en muchas". Sabemos también por él que el gobernador don Melchor Bravo de Saravia — su pariente talvez —era muy noble, porque tenía mayorazgo en Soria y sepultura en el coro de la iglesia, y no de cualquier iglesia, sino en la iglesia principal. El marqués de Baydes gozó de los favores de la Compañía, segun lo atestigua la historia. Su elogio — bien merecido, por lo demás — nos declara que "de su esclarecida nobleza e ilustre sangre es ocioso hablar, pues el resplandor de su casa la notoria antigüedad y posesión de la veneración y estima en que ha estado siempre entre las primeras de España son otras tantas lenguas que publican lo que nadie ignora".

Solar Correa reprocha a nuestro P. Ovalle el haber iniciado en la historia lo que él llama "la ciega apología del indio". Nada dice, y harto pudo decir, sin embargo, sobre el afán de nobleza de nuestro mayorazgo. La Colonia va a vivir de esta manía inocente. Y tan arraigada estuvo

en la sangre de Ovalle y en las costumbres de su época que ni la sotana de la Compañía ni los ejercicios de humildad lograron desarraigarla de su ánimo.

El viaje a Europa iba a ensanchar los conocimientos de nuestro autor. Y a darle más de un desengaño. A fuer de hidalgo español nacido en Indias él debió creer, a pie juntillas, en el poderío universal del Rey de España. Su rey. El invencible Defensor de la Iglesia. Cuando partió de Chile creería que sus armas subyugaban la Europa y que solo algunos herejes y algunos discípulos de Mahoma contrastaban su influencia. En América los araucanos eran los únicos que se resistían a admitir los beneficios de su gobierno. Los piratas ingleses y holandeses que cometían depredaciones en las costas no habían logrado asentar pie en tierra firme. Los ejércitos del Rey los hacían volver apresuradamente a sus naves que se alejaban para siempre de las Indias.

¡Cuál sería la impresión de nuestro viajero cuando visitó España y observó

que las cosas tenían un color diferente! Los años trascurridos en Roma colmarían su desencanto. Ya era imposible ocultar la declinación de España. Como era imposible negar el triunfo del protestantismo. El Tratado de Westfalia lo proclamaba con énfasis.

No existe documento alguno que permita apreciar el grado de desilusión que debió sufrir. No se conservan cartas suyas que hablen de ésto. Y aunque se hubiera conservado íntegra su correspondencia no tendríamos mayor luz. Porque los hombres de ese tiempo acostumbraban sufrir en silencio. El honor de un hidalgo no se avenía con los lamentos. Ni siquiera con los desahogos del desengaño. El único indicio de su dolor es su enfermedad. Contraída en España y concluída en Lima. Y provocada, muy verosímilmente, por los contratiempos y desencantos que padeció.

El P. Ovalle contempló de cerca la lastimosa caída del Condeduque de Olivares. El valido omnipotente que en el desam-

paro perdió la razón y que en la verdad de su locura adoraba los días estudiantiles de Salamanca. En esos años el horizonte de España se obscurecía: se presentía la tormenta como en los cielos borrascosos de los cuadros de Velásquez. El Portugal se ha perdido. Los sucesores de Felipe II no han tenido su prudencia y el reino lusitano y sus inmensas colonias se van para siempre. Cataluña estalla en feroz sublevación y tropas francesas entran en Barcelona. Los nobles españoles andan revueltos y perdidos en intrigas de codicia y de amor. Ni las fiestas y academias con que quieren divertir al Rey les salvan un prestigio perdido. Reina por doquier el desconcierto y la anarquía. Si hasta en Andalucía soplan vientos separatistas. La corrupción ha llegado bien arriba: se venden los cargos y se negocian los altos puestos que no han vacado. Quevedo nos cuenta que todo un príncipe de Esquilache, virrey que volvía del Perú, fué sometido a proceso al llegar a Sevilla. El príncipe de Esquilache, el virrey poeta y opu-

lento, el que merecía ser virrey del mundo, según nuestro P. Ovalle. El gran duque de Osuna también ha conocido la enmarañada trampa de los procesos curialescos. Y su amigo Quevedo ha sido encarcelado. Los grillos y las cadenas hicieron cesar el sonido de sus sátiras y letrillas. Ya no estaba para burlas el escritor genial. La vida le ha aplicado el acerbo cauterio del desengaño. Solo piensa, por eso, en la muerte. De ese tiempo son los sonetos inmortales en que siente la fuga de las horas y el resbalársele la vida de entre las manos. De ese tiempo son sus epístolas y suasorias al estilo de Séneca. El otro gran estoico español. De ese tiempo, por fin, son aquellos versos memorables en que oye el estrépito que causa la caída del inmenso edificio del Imperio.

Miré los muros de la Patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.

Estos años de decadencia visible, coinciden, sin embargo, con un extraordinario florecimiento literario. Las artes y en particular las bellas letras se han difundido. Han llegado a su apogeo. El mismo rey se divierte en las comedias y compone versos. Y muchos nobles son poetas. Y poetas auténticos como lo fué el malogrado conde de Villamediana. El que murió por amar a la Reina. No sólo en la corte real sino en las pequeñas cortes de los grandes se celebran de continuo juegos florales, representaciones teatrales y se abren concursos. Lope había ejercido un dominio indiscutido; y empezaba a ejercerlo Góngora. Quevedo mismo había sido un poder público. Por la fuerza de su tremenda ironía y de su implacable lucidez.

Esos son, también, los años de triunfo del P. Baltazar Gracián. Aunque díscolo, era una gloria de la Compañía de Jesús. El autor del Criticón escondía su nombre, para seguir publicando lo que quería. Y con creciente éxito. Es posible que el P.

Ovalle le conociera. Y aun que lo admirara. Pero con admiración de indiano. Porque él no tenía temperamento para solazarse con sus juegos de ingenio y con sus alambicamientos retóricos. Su virtud era demasiado robusta para dedicar sus horas al Arte de la Agudeza. En ese tiempo publica justamente Gracián ese famoso libro. Verdadera Biblia de los literatos de la época. Y espejo de doctrina para los predicadores de moda. Porque no se trataba de mover las voluntades sino de hacer gala de ingenio. Gracián celebra, por eso, aquel sermón en que el predicador se propone demostrar el por qué los animales que destrozaron a los muchachos que se burlaron del profeta Eliseo fueron osos, y debieron ser solo osos y no animales de otra especie. Gracián encarece la elocuencia de sus hermanos de sangre y de sus hermanos de religión. Particularmente en aquel sermón en que se demuestra que solo el Bautista pudo compararse con el Ave Fenix. Temas de esa categoría eran los que abordaba Fray Félix Hortensio de

Paravicino y Ateaga, el que de joven había sido retratado por el Greco, y que ya maduro predicaba en la Corte. El que era llamado predicador de Reyes y rey de predicadores.

Es cosa notable que nuestro Ovalle a pesar de su afición a la nobleza y a la corte no empañara su talento y su estilo con esos artificios. Y que lograra quedar exento de la retórica pedante. De una retórica que buscaba ante todo el efecto por el misterio y el alambicamiento. Gracián y Góngora encarecían "la agudeza enigmática y la agudeza por ponderación misteriosa". Del jesuíta Gracián es esta frase que destila luciferina soberbia: "Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines, elevación de hombres, que nos remonta a extravagante jerarquía".

Se daría cuenta Ovalle de que estos artificios eran moda pasajera? Posiblemente no, pues también triunfaban en Italia. La cuna del caballero Guardini, señor del fino discurrir. Lo más probable es que su

humildad le hizo desinteresarse de estas complicaciones. Y su buen sentido le diría que no podía perder el tiempo en sutilezas. Conservó, por eso, su estilo la robusta y sencilla elegancia de la prosa de Luis de Granada. Su lenguaje quedó limpio y claro, como limpias y claras son las aguas cordilleranas de su tierra.

Nos parece indudable, así, después de haber conocido el movimiento literario español que acababa de resumirse, que su libro escrito en Italia no fué estimado. Se le debió mirar en los círculos letrados como a una obra desprovista de galas. Aparecía desnuda de jeroglíficos, emblemas y empresas. Se la había escrito a impulsos del amor a la tierra y a las almas de los indios. Era un libro que no buscaba aplausos. Y no los tuvo. Los entendidos lo considerarían como un desahogo de misionero. Y de misionero iluso. Porque seguía hablando de una riqueza que ya no tenía prosélitos.

El caballero que es Ovalle no ha cejado sin embargo, en sus propósitos. A sabien-

das de que España atraviesa por momentos difíciles no desmaya en su tarea. Dar a conocer Chile y conquistar misioneros para el lejano Reino. Personalmente no pide nada. Pero pide mucho para sus hermanos. Y tras penosos esfuerzos arrastra a un reducido grupo de jesuítas a sus amadas tierras de Chile. Enfermo y débil les prodiga sus cuidados en el viaje; y llega con ellos a Lima donde descansa para siempre de sus fatigas. Dejándoles la lección del ejemplo. Y en Europa, el libro que un siglo más tarde la Academia de la Lengua iba a incluir en el Diccionario de Autoridades.

II

EL DISCIPULO DE LOYOLA

EN 1593 llegaron a Chile los primeros jesuítas. Aureolados con la fama de su prodigioso crecimiento. Y encabezados por hombres eminentes. Venían a cargo del Padre Baltazar de Piñas, compañero que había sido de San Ignacio: el que estuvo en la expulsión de Zaragoza cuando los enemigos de la Compañía los arrojaron

de la ciudad cantándoles salmos de maldición.

Tan pronto como les fué posible, los jesuítas establecieron su indefectible Escuela de Gramática. Era la llave de oro que iba a abrirles las puertas de la sociedad santiaguina. Como les había abierto, bien anchas, las puertas de la nobleza de Europa.

A esta Escuela de Gramática asistió el joven Alonso de Ovalle. Y más tarde su hermano menor Tomás, o Gerónimo como le llaman los cronistas de la Compañía. Los hijos del acaudalado capitán don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle, alcalde que era de la ciudad de Santiago, no podían concurrir a otras aulas. Les había criado en buenas costumbres y en santo temor de Dios. Y en aplicación a las letras, según nos lo asegura el P. Cassani.

Nuestro Alonso era de ingenio vivo, de atinado juicio y de natural bondadoso y leal. Dióse a los estudios con la vehemencia de su sangre castellana. Y con la alegría de su ascendencia genovesa. Avan-

zaba en las disciplinas clásicas y adquiría, desde niño, casi sin sentirlo, aquel extraordinario conocimiento de la lengua que iba a inmortalizar su nombre.

Sus recreos eran los ejercicios de caballería. Porque el joven mayorazgo de Ovalle debía montar con elegancia y bizarrear con lucimiento. Sus padres alentaban esta afición. Le ayudaban a traer galas y a parecer bien al mundo.

Pero cierto día las noticias que llegaban de Arauco produjeron conmoción en el Colegio. Los indios se habían alzado de nuevo; y habían echado por tierra los generosos propósitos del P. Luis de Valdivia. Habían martirizado a los Padres Martín de Aranda y Horacio Vecchi y al hermano Montalvan. La noticia era doblemente grave: porque no solo privaba a la Compañía de sus dos mejores misioneros sino porque ahogaba en sangre la obra de pacificación en que estaba empeñado el prestigio de los jesuítas. La matanza de Elicura, sitio obscuro y lejano del marti-

rio, iba a ser el punto de partida de una tremenda persecusión en su contra.

Los niños del Colegio habían conocido a los misioneros. Y les habían amado por su bondad. La impresión que su martirio haría en las mentes juveniles hubo de ser inmensa. Es posible que entonces se encendiera por vez primera en el alma de Alonso la pequeña llama de la vocación. Su noble generosidad le haría pensar en que debía sustituir a los caídos. Idea que fué madurando en su cerebro y que más tarde no pudo ocultar. Ya los juegos y diversiones de su edad no le interesaban. Tampoco le apasionaban las glorias militares. Ni el señuelo del anunciado viaje a España para tomar posesión de su mayorazgo. Sus pensamientos habían tomado un rumbo diferente. Su natural despierto y belicoso seguía amando la lucha pero ya convertida en lucha religiosa. Su orgullo de raza apetecía los triunfos, pero no ya los triunfos personales o de su familia, sino los de la Compañía de Jesús. ¡Qué extraordinario oportunismo el de

Ignacio de Loyola! En los tiempos de milicia sabe aprovechar para Cristo las ansias de combate que anidaban en los esforzados corazones. Y el mismo quedaba como modelo, sin quererlo. Porque había sido soldado y había amado la gloria y había estado empapado de orgullo.

En los días en que el P. Ovalle recorrió España se mantenía aun vivo el ascendiente del ejemplo ignaciano. Particularmente para los hombres de armas. Una preciosa carta de Quevedo, escrita en su prisión dos años antes de morir, nos declara eso que podemos llamar actualidad de la Compañía. Va dirigida a don Diego de Villagomez, caballero de la ciudad de León, su grande amigo, que habiendo venido de Flandes, donde había sido capitán de caballos, y hecho a la Corona Real muchos y muy relevantes servicios, desengañado del mundo, se entró a la Compañía de Jesús. Así reza la dedicatoria. Y en esa carta le dice entre otras cosas: "Solo vuestra merced ha logrado este desengaño, pues deja la Compañía de que es Ca-

pitán, para ser soldado de la Compañía de Jesús, cuyo teniente es el glorioso patriarca San Ignacio. Su bandera deben seguir todos los arrepentidos de la milicia del mundo; pues él, siendo soldado tan hazañosamente valeroso, fué fundador (digámoslo así) de la soldadesca reformada y infatigable para las conquistas de Dios. Fundó aquel soberano cántabro una orden o ejército, que conquista con palabras en los púlpitos el conocimiento; con el oído, en los confesionarios, la enmienda; con la lección en las cátedras bate la ignorancia; con las plumas en los escritos, la heregía; con la modestia y decencia religiosa de sus pasos en público, la desenvoltura mal recatada".

La determinación del joven Alonso sufrió las vicisitudes que se han relacionado. Pero desde el día que consigue ser recibido en la casa de la Compañía su vida se confunde para siempre con la vida de sus hermanos en religión.

Ha querido ser discípulo de Loyola. Y va a serlo en serio. Como lo hubiera de-

seado el fundador. Porque desde ese día su voluntad es la voluntad de sus superiores; su oficio, aquel en que más servicios preste a la Compañía, y si le dejan elegirlo, el más humilde. Su gozo va a ser el bien de las almas y su forma práctica de patriotismo —diríamos ahora— la evangelización de los negros y de los indios. El residuo de orgullo que las mortificaciones no lograron arrancar, lo cifra en la grandeza de España y de su Reino de Chile.

La Casa de Probación estaba en Córdoba del Tucumán, como se la llamaba entonces. Y a Córdoba parte nuestro novicio. Sus años de estudios religiosos transcurren allá sin que tengamos noticias ciertas de su viaje al Paraguay. En su libro hace un encendido elogio de las misiones que allí tenían los jesuítas. Y que no habían adquirido aun el desarrollo que tendrían en el siguiente siglo. Nos dice, sin ambajes, que hubiera querido permanecer en las misiones, evangelizando a los guaranies. Pero sus superiores no lo permiten. Le ordenan volver a Chile. Y el discípulo de Lo-

yola obedece con alegría. Sus conocimientos, sus influencias, ha de hacerlos valer en la Vice-provincia jesuítica que acaba de crearse.

Sabemos que el temor de su familia le alejaba de Santiago. Pero al volver tiene el consuelo de visitar a los suyos, que le acogen con efusión. Muy pronto se ordena de sacerdote y empieza su apostólica tarea. En el confesionario, en el púlpito, en las misiones cercanas. Sin abandonar, por cierto, la apetecida cátedra. Dicta clases de gramática y de filosofía, y más tarde de teología. Circula con facilidad en el medio aristocrático de Santiago. Con toda propiedad dirían de él que "era uno de los nuestros", como decían los nobles de Francia del P. José, la Eminencia Gris de Richelieu, según nos afirma Aldous Huxley. Por nacimiento y por educación sabía tratar a los grandes con destreza infinita. Y no olvidaba a los mercaderes de gruesos caudales. Sabemos que obtuvo de más de uno donaciones de importancia. Y sus obras crecían con estas ayudas. Posible-

mente no estaba puesto en ellas su deseo más profundo. Porque el aventurero noble que anidaba en Ovalle hubiera querido marchar a las lluviosas regiones de Chiloé; o a las tierras peligrosas de Arauco. Sus superiores no lo permitieron. Porque allá iría a ser un misionero como otros; y acá en Santiago, en la capital del Reino, lucían sus conocimientos y aprovechaba su influencia. El discípulo de Loyola obedeció alegremente. Y permaneció en la ciudad. Respetado y amado de todos. Porque muy grande debió ser su bondad cuando en esos tiempos borrascosos para la Compañía quedó de él un recuerdo amable. La dulzura de su trato atemperaba la vehemencia de su carácter. Y el celo por las almas que le devoraba daba a sus palabras la eficacia de su espíritu. No fué avaro de su elocuencia: predicaba a menudo con ardimiento. Atendiendo a mover las voluntades más que a lisonjear el oído con la vana composición de palabras, como nos lo dice él mismo.

Su obra predilecta fué la congregación

de los morenos. Así se llamaba piadosamente a los negros traídos de Africa y que abundaban, entonces, en Chile. El rector del Convictorio de San Francisco Javier, el orador galano, el profesor erudito consumía largas horas, cada día, en adoctrinar a los pobres negros. Y con escaso resultado pues nada aprendían. Los reunía cada día festivo en la iglesia y salía con ellos formados a la plaza. A la cabeza de los negros marchaba un "rey de negros" que se había elegido cada año; y nuestro Padre llevando el estandarte de la Congregación. Allí en la plaza les predicaba el Evangelio y les enseñaba el catecismo. Al aire libre, para escapar al olor insoportable que despedían. Fuerte hubo de ser ese olor cuando el P. Ovalle lo reconoce en su libro; y agrega, que, confesando negros, sintió vahidos de cabeza.

Cuarenta años tenía nuestro Padre cuando sus superiores le confiaron una misión más alta. Los jesuítas de Chile le eligieron como su procurador en Roma. Las autoridades le otorgaron, asimismo,

su confianza y le entregaron para el Rey y sus Consejos largos y extensos memoriales. Y todos le dieron conceptuosas cartas de recomendación.

Confundido en su humildad, el discípulo de Loyola obedeció sin vacilar. En 1641 tomó el barco que debía conducirlo primeramente al Callao y luego a Panamá. De ahí, pasado el istmo, la flota que le llevaría a España.

En los primeros días del año 1642 desembarca en Cádiz. Su emoción hubo de ser grande cuando pisó la tierra de España. Llegaba al centro del mundo, a la cuna de sus antepasados, a la patria de su padre San Ignacio. Iría a ver y a conocer los complicados resortes de una monarquía inmensa. Inmediatamente dirije cartas al General de la Compañía anunciándole su llegada y pidiéndole autorización para permanecer algún tiempo en España. Va a Sevilla e inicia sus laboriosas gestiones ante el Consejo de Indias. Tiene que conseguir franquicias para Chile y operarios evangélicos para su mies indíge-

na. Las negociaciones se prolongan indefinidamente. Nuestro emisario no pierde el tiempo. Se encamina con apresurado paso a Castilla. Quiere recorrer la madriguera de hombres de que habló Unamuno. Y pausadamente, morosamente va deteniéndose en las distintas casas de la Congregación y en particular se entretiene en Salamanca y en Valladolid. Visita a parientes y a jesuítas ilustres. Allí rinde un homenaje al octogenario P. Valdivia. Le había conocido siendo niño, cuando el apóstol de los indios ejercía incontrastable poderío en Chile; y ahora le contempla dolorido y vencido, pero siempre inflamado de celo. Recordaba con emoción las cosas de Chile, hablaba de volver a morir allí. En la relación que nos ha dejado de esta entrevista el P. Ovalle agrega melancólicamente: "Estas eran las últimas llamaradas que su encendido espíritu daba a los últimos términos de su vida, recreándose grandemente de hablar de los progresos de aquellas misiones y que le diesen nuevas de lo que los nuestros trabajaban;

y tenía tan entera la memoria que me admiraba de oirle cuán presentes tenía las cosas, los nombres, sitios y lugares y personas que concurrieron en tiempo que fundó aquellas misiones; que es señal del amor que siempre les tuvo".

Se sabe de cierto que en el año 1642 fué recibido por el Rey. Le habló de la grandeza de Chile, de sus indios de Arauco, de las misiones de los jesuítas y de sus planes. El abúlico monarca le oiría con interés. De todas las heridas de Indias la que no curaba, la que siempre canceraba, era la de Arauco. Y este erudito misionero le demostraba que esa herida podía sanar; que estaba ya en vías de curación. El astuto jesuíta había hecho imprimir, mejorándola, una carta del marqués de Baydes, gobernador del Reino de Chile, en la que daba cuenta del Parlamento y paces de Quillin. Que como todas las paces tuvo duración efímera. Pero allá en la Corte creyeron — como lo creería el propio padre Ovalle — que era el comienzo del fin. Los consejeros del Consejo de Indias, si que

estaban mejor informados. Y debieron sonreir cuando el P. Ovalle aseguraba que las paces eran firmes y que el marqués de Baydes permanecía a gusto en el obscuro reino. El marqués deseaba regresar y hablaba en sus cartas de "los destierros de Chile"; no creía en la pacificación inmediata de la Araucanía y pensaba en que sólo una colonización lenta podía lograrla.

Cuando hubo cumplido estos encargos pasó a Roma. El prepósito general que era el P. Vitellescchi le distinguió mucho y favoreció sus intentos. Ocupaba la Sede Pontificia Clemente VIII, tan poco grato a los españoles, pero tan inclinado a los jesuítas. Varias veces conversó con nuestro Padre; le agradaba su modestia y le interesaban las curiosas noticias que sabía dar. Fué allí en Roma donde tuvo la idea de publicar su libro, habiendo comprobado la completa ignorancia que existía sobre Chile. Obtuvo licencia de sus superiores y encarecimientos de muchos nobles y prelados. Porque nuestro buen Padre sabía

tratar con lo más granado del mundo. Bien sabido es que la propia Emperatriz de Alemania se holgaba con su trato, y le obsequió algunos topacios para la custodia de la iglesia de la Compañía en Santiago. La Compañía era omnipotente en Roma. Clemente VIII había canonizado a San Ignacio y a San Francisco Javier. Y aunque prestara oído a las políticas insinuaciones de Richelieu comprendía que la verdadera milicia de la Iglesia seguía siendo la Compañía. De ahí que el P. Ovalle consiguiera en Roma lo que no había obtenido ni pudo después obtener en España: el llevar a Chile misioneros de diversas naciones. Una vez que obtuvo las licencias, y publicada su Histórica Relación, primeramente en castellano y después en italiano, el P. Ovalle volvió a España.

Para padecer continuos sinsabores que duran más de dos años. Encuentra en muy mal estado las cosas de la monarquía. En medio de los trastornos de las guerras y revueltas intestinas le sería difícil negociar a nuestro Padre. El Consejo de Indias

le niega el derecho de traer a Chile jesuítas flamencos e italianos. Todos han de ser españoles. Después de tantos afanes se ve forzado a despedir a los extranjeros y a quedarse con un número reducido de españoles. Aun estos pocos son resistidos. Las casas de la Compañía en España solicitan profesores, y no quieren los superiores que los jesuítas ya formados se malogren en Arauco. Nueva batalla que ha de librar el jefe de la evangélica expedición. Y le sobreviene el contratiempo más granve. El más inesperado. El que necesariamente debía afligirle más en sus sentimientos chilenos. De Chile le comunican que un terrible terremoto — el de Mayo de 1647 — ha destruído por entero la ciudad de Santiago; que a consecuencia de él han muerto muchos parientes y amigos, y que son grandes los daños causados en el reino. Pronto le llegan las cartas que contienen los poderes que le envían las Autoridades para que exponga al Rey la gravedad de lo ocurrido y pida franquicias.

¡Qué noticia tan inoportuna! Llega justamente en los días en que reparte el P. Ovalle algunos ejemplares del libro destinado a presentar a Chile como la auténtica Jauja. El país del clima delicioso y de la vida regalada. Y un terremoto destruye las ciudades y sume en la consternación a sus moradores. En ese mismo libro se ponderaba las riquezas del lejano reino y se manifestaba la opulencia de esos obscuros súbditos. Y ahora es preciso obtener exenciones tributarias. Cuando estaban exhaustas las Cajas reales. Sabemos que para emprender la campaña de Cataluña el Rey empeñó sus joyas.

El desaliento que hubo de experimentar aquel formidable propagandista que fué el P. Ovalle tuvo que ser inmenso. Pero el jesuíta perfecto no desmaya. A través de los contratiempos — y posiblemente de las burlas — inicia su nueva tarea. Va y viene de Madrid a Sevilla y de Sevilla a Madrid. Pues ha de tratar con el Rey y con el Consejo de Indias.

Y los sesudos y parsimoniosos consejeros no se convencen tan pronto. Ni tuercen sus pareceres por las angustias patéticas del solicitante. Con todo, obtiene el P. Ovalle el permiso para el viaje de 16 jesuítas y lo que es más enaltecedor para él, obtiene el pago de los pasajes. Notable desprendimiento de la Corona en circunstancias tan difíciles! También concluye por triunfar en la Corte. Con fecha 1.º de Julio de 1649 expide Felipe IV una cédula por la cual exime del pago de la alcabala y unión de armas a los vecinos y moradores de Santiago durante seis años. Y otorga franquicias aduaneras para el comercio de víveres y frutos del Perú.

El negociador sagaz y obstinado puede ya regresar. Los diez años transcurridos en Europa no han amortiguado su amor al suelo natal. Ni entibiado sus fervores de apóstol. Sólo han minado su robusta salud. Y cuando toma la nave que le conduciría a América ya está enfermo de cuidado. Como que al llegar a

Panamá otorga su testamento, en el que no olvida ni a sus misiones, ni a su familia de sangre. Enfermo y débil no admite que lo ayuden. Ni mucho menos que lo mimen. El sigue siendo el jefe de la expedición heroica. Cuida de sus viajeros y les prodiga sus atenciones. Es siempre el hombre de los supremos desprendimientos y de la obediencia ejemplar. No descansa hasta que logra llegar a Lima. Y cuando deja a sus hermanos en la casa de la Compañía le permite el paso a la muerte. Que llega ligera en 11 de Mayo de 1651. Murió santamente. Y de prisa, sin prolongada agonía. Como había muerto Ignacio de Loyola. Sin alardes ni estridencias, Casi ocultándose a las miradas de los suyos, para darles una última lección de humildad. Y de varonil y cristiana entereza.

III

EL ENAMORADO DEL TERRUÑO

"HABIENDO venido del Reino de
" Chile, y hallando en estos de Europa
" tan poco conocimiento de él, que en mu-
" chas partes ni aún sabían su nombre,
" me hallé obligado a satisfacer el deseo
" de los que me instaron diese a conocer
" lo que tan digno era de saberse".

Con estas sencillas palabras nos decla-

ra el P. Ovalle el origen y el fin de su libro "Histórica Relación del Reino de Chile, y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús".

Esta ignorancia sorprendió al buen Padre. Cuando sólo había transcurrido un siglo desde el descubrimiento de su tierra. Mas a nosotros no nos sorprende aunque vengamos algunos siglos después. Cuando Chile celebró el centenario de su Independencia seguía siendo ignorado en Europa; y otro hijo de Loyola escribió también una obra para darlo a conocer. Pero ya sin sorprenderse.

La sorpresa o indignación que sufrió Ovalle encendió su celo patriótico; e hizo nacer un libro maravilloso. Talvez el libro mejor escrito por mano chilena. Porque la sencillez del relato da soltura y fluidez al estilo. Y también porque tiene el encanto de las cosas vírgenes. Son muchos los escritores que después de él han descrito con cariño la cordillera, los valles y el mar de Chile. Pero a esas páginas las aventaja la narración primera:

la que fijó para siempre el sentido de la belleza del paisaje.

No cumple en la brevedad de una nota hacer un estudio completo de su libro. Está hecho, por lo demás, en las "Semblanzas literarias de la Colonia" de Solar Correa. Lo que nos interesa, sobre todo, es descifrar el alma del autor. De sobra comprendemos que era un hombre apasionado. Y que su libro lo escribió con pasión, sin ánimo científico, diríamos ahora. En balde buscaríamos, por eso, precisiones y datos eruditos. Tampoco sus relaciones históricas arrojan mucha luz. No se fundan en documentos irrecusables: son crónicas escritas al calor de los recuerdos. Cuando se ocupa de las cosas de los jesuítas, entonces, sí, que el autor se vale de los papeles oficiales: copia las cartas y los informes de los provinciales. Consulta, además, los libros que encuentra en sus bibliotecas de Italia. Con orgullo americano cita al P. Acosta. Y cuando su exaltada mente navega por los mares de la fantasía de-

sembarca, como en islas misteriosas, en los relatos de piratas holandeses e ingleses. Son ellos — no el jesuíta que quiere ser veraz — los que han divisado el árbol de la canela en Magallanes. Ellos han visto gigantes y pigmeos, ríos de oro y montañas de turquesas que azuleaban a lo lejos. Ellos han recalado en puertos innumerables cuyos nombres conocemos por el libro: San Cebrian, Santa Clara, Inocentes.

Este libro tiene dos partes diferentes, nítidamente separadas: la una, destinada a describir a Chile y a contar su historia; y la otra, algo monótona, consagrada a referir los trabajos y las misiones que ejercita la Compañía de Jesús.

El propósito del autor parece claro: los capítulos destinados a la descripción de Chile procuran presentarlo como un reino amable y curioso, de benigno clima, muy semejante a Europa, y digno, por consiguiente, de ser poblado por numerosos colonos europeos. Los capítulos consagrados a las misiones jesuíticas

tienen una innegable intención religiosa. El autor quiere suscitar vocaciones misionarias. Prender la llama del heroísmo en las almas de los novicios. Es por eso que relata por menudo las hazañas de los mártires. Y las vidas heroicas de los jesuítas ilustres. Esas páginas, ciertamente, no fueron escritas para deleitar. Son invitaciones al martirio. Pregones con que el mayorazgo de Ovalle que se ha alistado en la Compañía del capitán Ignacio de Loyola busca soldados que llenen las filas que ralean. Necesita con avidez conquistadores de almas. Y como señuelo les describe las Indias y su región más apetecida, la indómita región de Arauco. Sus indios no son mansos. Son los bravos indios de Tucapel. Los que acaban de martirizar a los Padres Aranda y Vecchi. A las almas sedientas de sacrificio les ofrece este brevaje. Brevaje fuerte para estómagos recios. En su Epístola Moral dirigida a Arias Montano el capitán Aldana nos habla, también, de las Indias de Dios:

¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las mundanas vistas!

No son suposiciones las que hemos estampado. El Padre Ovalle cuidó de manifestar, sin ambajes, su intención. Al final del capítulo IV de su libro VIII nos dice que ha escrito para sus compañeros de religión "para avivar con esto su santo celo y el fervor con que deben pasar a aquellas partes y emplearse en la conversión de los gentiles y cultivo espiritual de los nuevos cristianos".

Nuestros historiadores clásicos no alcanzaron esa intención. Ni hubieran podido alcanzarla. Porque carecieron de fe. Hilo conductor necesario para recorrer el intrincado laberinto del castillo interior. Y para penetrar en las últimas moradas. No creyeron en milagros. Ni siquiera en que fueran posibles. No comprendieron por eso, la robusta fe del Padre Ovalle. Ni su candor de niño. Como

tampoco advirtieron que las ansias de santidad habían pulido el diamante de su alma. Acrecentado su apetito de sacrificio. Porque fué capaz de dar su libro —y aún su vida—, por la salvación de un mísero negro bozal. De ahí que nuestros sesudos historiadores encuentran pueriles los encantadores relatos de conversiones que salpican el libro. Cuando ellos son sólo fragmentos auténticos de la Leyenda Dorada de América. Simples episodios de la tremenda aventura a lo divino que aún no concluye.

Los años transcurridos en Europa no amortiguaron en el P. Ovalle su amor a Chile. Por el contrario, lo acrecentaron. Cuanto más lejos estuvo de su terruño más le añoró. Y con más nitidez divisó sus bellezas. Y volvieron a su memoria, depuradas y perfectas, las visiones de su infancia y adolescencia. Es por eso que pudo hacer descripciones frescas y animadas. Porque el vaho embriagador de Europa no le había hecho perder la cabeza: como a tantos sud-americanos.

Para quienes el recuerdo de su patria llega a parecer oprobioso. Y que se empeñan, al volver a ella, en empequeñecerla. Nuestro autor comete el pecado contrario. Porque la enaltece con exageración piadosa. Tal vez con el ánimo de no excitar compasión. No hubiera sido proceder de hidalgo presentar a Chile desprovisto de abundancia, de valor y de belleza.

Los más hermosos capítulos del libro son los descriptivos. En ellos el autor reserva sus elogios para la porción de Chile que va desde Atacama hasta el Bío-Bío. Es demasiado inclemente la región de Cuyo; sencillamente no es de su agrado. En ella le molesta el calor y el frío; la sequedad de los montes y la escasez de los ríos. Allí ni las noches son serenas. Ni convidan al reposo pues las chinches no permiten dormir.

En cambio ¡qué región tan maravillosa la del centro de Chile! Su clima es igual o mejor que el de Europa. No hay rayos ni caen piedras en el verano. Por eso no clamorean las campanas ni se hace exor-

cizar las nubes. En su suelo no hay animales malignos, ni alacranes, ni arañas ponzoñosas. Las estaciones se suceden con suave regularidad. Si el verano trae calor, el viento que baja de la cordillera refresca el aire. Y si el invierno es frío, abundan en los montes los espinos, cuya leña sirve de reparo.

A la famosa cordillera de Chile —como la llama— le entona un ditirambo. Dice que es maravilla de la naturaleza y sin segunda; que al comenzar el invierno la nieve la arma de punta en blanco. Son sus expresiones. Que si bien ella está orlada de volcanes —alguaciles de la justicia divina—, también está poblada de fuentes y de aguas termales que tienen extrañas virtudes medicinales. De esa cordillera descienden caudalosos ríos que hacen fructificar la tierra, y arroyos y manantiales de aguas claras que crían multitud de peces. Son aguas dulces que ablandan y molifican las manos.

Los árboles y las flores deleitan, asímismo, a nuestro autor. Allá lejos, en

Roma, divisa con los ojos del espíritu los campos chilenos cubiertos de flores al empezar la primavera. Y describe la visión paradisíaca. "Una vez en particular me acuerdo —dice — que yendo camino ví tanta diversidad de estas flores, unas encarnadas, otras azules, amarillas, coloradas, pajizas, moradas, columbinas y de otros varios colores, que poniéndodome a contarlas, movido de la admiración de tanta variedad, como la que se veía, conté hasta 42 especies y diferencias en muy poco tiempo; no cuento en este número las domésticas que se cultivan en los jardines y huertos, los claveles, rosas, alelíes, girasoles, azahar, cinamomo, floripondios, azucenas, amapolas, escibillas, altramuces, granadillo y otras muchas diferencias, de las que se crían como acá en Europa; solo hablo de las del campo, las cuales son generalmente muy olorosas y sacan de ellas el agua que llaman de ángeles, por la suavidad de su fragancia..."

Tampoco olvida las frutas, que, o son

indígenas o son trasplantadas de España. Y todas ellas gustosísimas. Pondera su variedad y abundancia diciendo que los dueños de las huertas permiten entrar al que lo desee, para que coma cuanto quiera. Pues no hay comercio de frutas. Sólo las frutillas se venden.

Es notable la fruición con que el P. Ovalle describe las frutas y en general las cosas de comida. Cuando habla de las aves, se detiene en las que sirven para la mesa. Igual cosa tratándose de peces. Y al llegar a los mariscos tiene esta observación deliciosa, que es necesario reproducir: "Comienza el otoño a mediado de Febrero nos dice—y así viene a ser la cuaresma muy regalada porque además de los camarones, ostiones, erizos y demás mariscos, y abundancia que hay de pescado, que traen fresco del mar de varias suertes, pescan en las lagunas y ríos muchas truchas, bagres, pejerreyes y otros géneros de peces muy regalados; y como por este tiempo hay tanta abundancia de legumbres, berenjenas, calabazas, y fru-

tas, particularmente membrillos; que los hay como cabeza, y otro género que llaman lúcumas, de que se hacen regaladas viandas, casi no se siente el trabajo del ayuno".

Con qué espontánea glotonería nos habla de las regaladas viandas! Se vé que el buen jesuíta chileno no era insensible al placer del paladar. Grande debió ser su mortificación cuando en sus últimos años sólo se alimentaba de pan y queso, y de algunas frutas. Así nos lo afirma el P. Rosales. Y qué curiosa conclusión la que saca de la abundancia de frutas, peces y legumbres: la de hacer llevadero el ayuno. Una ventaja más de Chile. Harto importante para ese tiempo, tan escrupuloso en achaques de cuaresma.

Esta facilidad de vida la encuentra peligrosa nuestro moralista. Porque ha descubierto que ella es la causa de la pereza de los chilenos. No sienten —nos dice—, la hambre que es la gran solicitadora de la codicia. Y se contentan, por eso, con lo que poseen, sin sentir ansias

de explorar territorios lejanos y de acrecentar sus haciendas con comercios peligrosos. La observación es sagaz. Y valedera para todos los tiempos.

El animoso jesuíta invita a sus compatriotas a navegar a las Filipinas, para comerciar con el Oriente; a descubrir y a explotar las ricas minas puestas por el Hacedor en el banco de la cordillera. El banco que no quiebra, agrega no sin malicia.

No es economista, ni comerciante. Describe, empero, con cariño las incipientes industrias chilenas de la época: la preparación del sebo, de los cordobanes y badanas que van al Perú, y la de jarcias y cordeles de cáñamo. Las faenas agrícolas le atraen irresistiblemente.

Como cada estación las tiene propias las va describiendo en ese orden. Cuando llega al otoño se detiene en la vendimia. Y elogia con acierto los variados y deliciosos vinos chilenos; sin ocultar el daño que su abundancia causa entre los indios.

Pues es la época de las grandes borracheras.

No se agota su amor al terruño con la ponderación de las riquezas de su suelo. Ni de la belleza de sus paisajes. También se extiende a sus moradores.

Tuvo, sin duda, alma privilegiada de artista el P. Ovalle. Como pocos conoció el placer de la contemplación estética. Más de una vez sus ojos reposaron contemplando la cordillera cuando el crepúsculo azulea la nieve de sus faldas. Y como Luis de León alzó su mirada al cielo sereno de innumerables luces adornado. Nos lo describe bellamente en su viaje al Perú. Pero ni entonces ni nunca olvidó que la creación era obra divina. Y escenario de la Redención. No se contenta, así, con admirar las bellezas de la naturaleza y describirlas y luego volver la espalda a los hombres. No. Le interesan sus hermanos tanto o más que los maravillosos espectáculos de la cordillera nevada o de los campos cubiertos de flores. Le interesan los blancos, los negros, los indios.

Y las mezclas de todas las razas. Con ternura nos habla de los humildes morenos y de los abatidos indios. Y casi con orgullo, de los bravos hijos de Tucapel. No son frases de propaganda electoral. Ni viendo sus miserias llora las lágrimas apócrifas del sociólogo de gabinete. Va y desciende a los lugares que pueblan esos hombres y derrama entre ellos la mirra de su caridad.

A los españoles que vinieron á Chile, los tiene, casi sin excepción, por nobles. Como asimismo a sus descendientes. A los que, como él, forman la "nobleza chilena". Ya se ha visto que adoleció de la manía nobiliaria; y de una manera incorregible. Entre las principales ventajas que advierte en la instalación de la Real Audiencia de Santiago, figura la de haber traído a la ciudad gente de abolengo. Para elevar y dignificar aún más el ambiente social.

La vida de los habitantes de la ciudad la describe sólo en sus grandes días. Cuando hay fiestas cívicas o religiosas.

Esas fiestas, las procesiones sobre todo, ocupan muchas páginas de su libro. Tanto es el esplendor que se exhibe que el lector se transportaría sin quererlo, a España. Como debiera transportarse si examina el muy completo plano, o planta de la ciudad de Santiago, que contiene la primera edición de su obra. La ciudad capital del reino no es una villa cualquiera; tiene una planta "que no reconoce ventaja a ninguna otra" porque por la banda del Norte la baña "un alegre y apacible río que lo es mientras no se enoja". Sin duda que nuestro autor divisa las cosas chilenas con lente de aumento. ¡Encontrar alegre y apacible río al Mapocho! Y luego describe los edificios que son sólidos— oh, terrible desencanto el que iba a proporcionarles el terremoto de Mayo! —pues se han construído con piedra extraída de las canteras del Santa Lucía. Sus iglesias son numerosas y magníficas. Sólo ligeramente inferiores a las de Méjico y Lima.

Si los lectores del P. Ovalle hubieran

dado crédito a las láminas que ilustran el libro —en su primera edición— debieron pensar en un Chile muy apartado de la realidad. Los indios aparecen en una lámina transportando en hombros sus livianas casas de madera; en otra aparecen vestidos a la usanza de los pajes del Renacimiento. Los que huyen de la erupción del volcán Villarrica, en cambio, tienen extraño parecido, en sus vestidos, con nuestros modernos jugádores de futbol. Cuando el cacique Agamenon ordena la muerte de los misioneros jesuítas, se le vé sentado en un trono que hubiera envidiado un Médicis, y pronuncia su sentencia en imperioso latín: "Occidite!".

A los criollos los pinta como generosos y dotados de buenos ingenios; pero más inclinados a las armas que a las letras. Muy aficionados a los honores y por consiguiente, a la vida rumbosa.

El exceso de los gastos lastima su modestia. Como buen predicador, culpa de todo a las mujeres. Asegura que ni en la Corte de Madrid puede verse igual os-

tentación de lujo que en la ciudad de Santiago, pues las chilenas son víctimas de la emulación. Dice, además, que las medidas de rigor no dan resultado apreciable con los criollos, que es más cuerdo llevarlos de la mano por el halago. No se detiene a señalar otros defectos. Ni pretende ahondar en su análisis. Es injusto, así, reprocharle su carencia de sentido psicológico. El P. Ovalle da unas cuantas pinceladas colectivas. Y nada más. La inclinación bondadosa de su ánimo hace que esas pinceladas sean de suave tono rosa.

Con igual o con mayor benevolencia mira a los indios. No solo los tiene por valerosos e indómitos, sino aún por hábiles. Nos habla de "sus lindos ingenios". El sortilegio americano ha hecho presa a nuestro padre, indudablemente. Como el sortilegio de Ercilla, pues a veces pone en prosa estrofas enteras de La Araucana. Pero no se crea que oculta los vicios de los indios. Ni sus borracheras y pereza ni su ingénita falsía. En su libro hay ga-


Alderete
Adelantado



lería de retratos de traidores. Los indios Andrés, Catepeuque y Curaquilla forman una trilogía magnífica. En sus rostros llevaban el sobrescrito de la doblez, nos dice. Y procediendo con la cautela del "resentido". Pero estos vicios no nublan el prestigio de la raza. Ovalle lo perdona todo por amor a la salvaje libertad y por su valor probado. A los araucanos los llama "los cantabros de América". Y la dureza de sus ánimos le inspira esta frase feliz: "Son hijos de aquella cordillera que parece les pega lo crudo e incontrastable de sus pugnables rocas y asperezas".

Digámoslo sencillamente. El Padre Ovalle amó a los indios y a los negros con amor visceral. Como los había amado don Vasco de Quiroga, según frase gráfica del primer Arzobispo de Méjico. Y ese amor a los indios impidió que se filtrara en su vida el veneno de la duda. Y que se derramara en sus escritos el acíbar de la ironía. Cree en su redención. Defiende las misiones. Allí en esa parva espiritual se coge el grano limpio. Nos lo afirma él

mismo. Los años de esplendor en Roma no han mitigado esa su fe profunda ni disminuído ese su cariño al terruño. Chile sigue siendo el vértice de sus preocupaciones. Siente, por eso, ansias de volver a él "porque no hay delicia ni dulzura mayor para cada uno como la patria y el propio suelo". Preciosa confesión humana: la tierra que le vió nacer es el remanso de un caudal inextinguible de amor.

IV

LOS JESUITAS Y LA GUERRA DE ARAUCO

NO se entiende bien la obra del Padre Ovalle si no se conocen las relaciones que tuvieron los jesuítas con la guerra de Aranco. A lo menos durante el siglo XVII, cuando ellos pusieron en la balanza de las decisiones reales todo el peso de su influencia para hacerla cesar. Con claras finalidades misonarias para los jesuítas;

y con evidentes propósitos de economía —en soldados y en recursos— para los Reyes de España.

Apenas el P. Luis de Valdivia asumió el rectorado de la casa de Santiago— a fines del siglo XVI — se interesó vivamente por conocer no sólo las costumbres sino los idiomas de los indios chilenos. Ya en el Perú había adquirido el conocimiento de algunos idiomas indígenas. Y acá se empeñó en aprender principalmente la lengua de los indios de Tucapel, como se llamaba a los araucanos. Existen impresos del P. Valdivia en esta lengua.

Desde la muerte de don Pedro de Valdivia—su lejano pariente—un halo de valor y de crueldad rodeaba a los araucanos. Es posible que su ferocidad no haya sido mayor que la de otros indios bravos. Pero el poema de don Alonso Ercilla— tan difundido en España y en las Indias —los había introducido en el reino maravilloso de la celebridad. Vencidos unas veces, venciendo ellos otras, los araucanos habían opuesto una resistencia obstinada

a los conquistadores. El territorio que habitaban no era vasto. Lo limitaba al norte el legendario Bío-Bío, el río evocado por Lope; y al sur los fértiles campos de Valdivia y Llanquihue. Se trataba de una región montuosa y húmeda, poblada de bosques impenetrables, y cortada por muchos ríos y no pocos lagos. Sitio propicio para servir de guarida a los indios astutos que aprovechaban en su defensa los favores del suelo. ¡Ay del español que se perdiera en la espesura del boscaje! Le esperaba la muerte por hambre o a manos de los indios, que a veces daban la muerte rápida del suplicio o la lenta del cautiverio. Cuando sus fuerzas se lo permitían los indios atacaban los fuertes y las ciudades de los españoles, las destruían y volvían a su tierra cargados de botín. Los españoles, a su vez, talaban los campos de cultivo de los indios y apresaban a los mocetones que les servían de esclavos. Terribles fueron los continuos malones de los araucanos. Pero tampoco fueron suaves las malocas de los españoles. Ma-

lones y malocas eran, simplemente, salvajes expediciones de guerra cuya finalidad económica descansa en el apresamiento de los enemigos, para convertirlos o en cautivos sujetos a rescate o en esclavos de las encomiendas.

En 1598 el P. Luis de Valdivia fué a conocer la frontera de Arauco. Eran los días venturosos del primer gobierno de Ribera. Y vuelve más tarde, con incremento de poderío, acompañado del gobernador García Ramón. Lo que vé y observa le convence cada vez más de que el método de pacificación empleado es ineficaz. El puño de hierro nunca ha tenido tacto suave. Y jamás los araucanos se someterán a los guerreros que los combaten y humillan. El Padre Valdivia quiere suavizar las asperezas de la guerra. Intenta moralizar a los soldados. Y convertirlos en cruzados de una cruzada de paz. Intento vano. Ilusión candorosa. El jesuíta español no se dá, sin embargo, por vencido. Es jesuíta y es español que es ser dos veces tenaz. No queda solo en Arauco para ofrecer el

ejemplo de su sacrificio. Ni para educar a los indios como lo ensayó en Méjico don Vasco de Quiroga. No es porque le falte el valor— que hartas muestra dió de poseerlo. Ni el celo apostólico. Es porque pretende una empresa en grande, con el apoyo de la Monarquía toda entera. Se marcha, por eso, al Perú y allí convence al Virrey y a sus teólogos y a sus consejeros. Y para no dejar las cosas a medio camino sigue a España y obtiene del Rey la aprobación de su plan de pacificación: unos cuantos fuertes situados en las márgenes del Bío-Bío bastan para detener las incursiones de los indios; no son soldados los que deben penetrar en su territorio, sino misioneros, y no misioneros cualesquiera, sino misioneros de la Compañía de Jesús. Estos serán los que poco a poco ganarán los ánimos de los indios y los convertirán al Dios de los cristianos y a la suave obediencia del Rey de España, su defensor armado en la tierra.

Cuando regresa a Chile en 1609 vuelve triunfante. Bajo el título modesto de Vi-

sitador General de Chile va a ser la Eminencia Gris del Gobernador Ribera —que gobierna por segunda vez—o de cualquier gobernador. El Ejército de Arauco va a quedar sometido, de hecho, a su influencia. Pues el objetivo espiritual es el preponderante. ¿Se insinuó entonces en su espíritu el demonio sutil del mando? ¿Confundió en su mente la causa de Dios y de España con el predominio de la Compañía? No lo pensamos. Pero esos eran, aunque formulados de diversas maneras, los reproches que ya se le hacían. Y que solo esperaban una ocasión propicia para estallar con violencia.

Esa ocasión fué la muerte de los Padres Aranda y Vecchi y del hermano Montalvan a manos del salvaje cacique Agamenon, en 14 de Diciembre de 1612. Los jesuítas sostenían que no se trataba de un levantamiento general de los indios, ni de un fracaso, por consiguiente, de sus planes de pacificación; que solo era un acto feroz de venganza del cacique Agamenon, agraviado porque tres de sus mu-

jeres habían hallado asilo en el campamento español. Esas explicaciones y esas defensas resultaron, a la postre, inútiles. La sangre de los mártires era un desmentido demasiado elocuente para acallar las voces de los soldados. El P. Luis de Valdivia abandonó la región de Arauco y volvió a Santiago. A arrostrar una persecución en forma. A la que no faltó ni el estigma del oprobio. Pues el P. Fonseca desertó de la Compañía y encontró amparo en el Obispo Pérez de Espinoza, enemigo bullicioso de los jesuítas.

La tormenta puso a prueba el temple del alma del P. Luis de Valdivia. No abandonó sus propósitos. Ni abandonó las misiones de Arauco, Monterrey y Lebu. Tomó aún la ofensiva, si podemos expresarnos así, pues fundó el colegio de Concepción. Y entretanto había despachado como emisario al Padre Venegas a Lima, para que informara al Virrey; y al Padre Sobrino a España, para que defendiera la causa de la Compañía en la Corte y en el Consejo de Indias. Por cierto

que sus enemigos menudearon las acusaciones y las cartas y también enviaron abogados. Pero nada pudieron contra la causa de la paz. En 1616 el P. Valdivia estaba triunfante de nuevo. La muerte libró al gobernador Ribera de esta humillación.

El gobernador interino, que lo fué el Oidor Talavera, acogió con simpatía los planes de paz. Con el Padre Valdivia se trasladó a Arauco y celebró un aparatoso parlamento con los indios de Nacimiento. Poco antes había tenido lugar otro parlamento en Osorno. Porque esto tenía de curioso la guerra: que era esporádica, que se sucedían alternativamente los parlamentos y las emboscadas y combates. Llega uno a pensar que tal vez esa guerra no hubiera tenido la duración que tuvo —tres siglos— si hubiera habido una sola conducta. Un historiador francés ha dicho, con gracia, que tal vez se hubiese evitado la Revolución si Luis XVI hubiera podido aplicar siempre su manera suave; o sí, por el contrario, la manera

fuerte de María Antonieta hubiese existido desde el primer momento. La mezcla de violencia y de bondades, de concesiones y de altivez no conduce a la paz. Algo de eso debió ocurrir en Arauco. A las paces seguía la devolución de prisioneros y la entrega de cautivos; bruscamente una muerte o una emboscada encendía de nuevo la guerra y por muchos años. El gobernador don Lope de Ulloa, a principios del año 1618, acata fielmente las instrucciones del P. Luis de Valdivia, que llevan el sello de la voluntad real. Parecía haber triunfado el misionero infatigable. Pero sea a causa de la resistencia sorda que encontraba en el ejército, sea porque el número de misioneros era evidentemente escaso, decide ir él, personalmente, a España. No sin antes celebrar un convenio con el gobernador. Con toda la pompa curialesca de la época: ante tres escribanos que dan fé. Y en ese convenio se comprometía el Padre a obtener del Rey la abolición del servicio personal de los indios, la devolución de los prisione-

ros y el retiro de algunos fuertes. Los enemigos del Padre vieron en este viaje una huída. Las invectivas de don Cristóbal de la Cerda le seguían a España: "Como deja aquello en el último trance —decía— no quiere correr el común trabajo en que deja a todos, sino sacar gloria de cualquier desastre, y que se diga que si él estuviese presente, no sucediera".

Las crónicas de los jesuítas nos aseguran que el P. Luis de Valdivia tuvo un honrado recibimiento en la Corte: que el Rey le ofreció un obispado y un asiento en el Consejo de Indias. Pero lo más verosímil es que no mantuviera su confianza en la guerra defensiva. Y para el P. Valdivia —que no buscaba honores personales— era eso lo único que le interesaba. Comprendió de inmediato la variación de fortuna — de la voltaria fortuna como dice el P. Ovalle — y se retiró discretamente al Convento de Valladolid. Allí le fué a visitar veinte años más tarde su discípulo y allí esperó la muerte con la tranquilidad del justo.

Los jesuítas de Chile no se dieron, sin embargo, por vencidos. Seguían creyendo en la eficacia de la predicación para convertir a los indios. Y lo creyeron hasta entrado el siglo XVIII cuando el martirio del P. Marcardi en las regiones australes, y la destrucción de las misiones de Nahuelhuapi les sacaron de su generoso error. En 1672 ese Padre Mascardi organiza expediciones evangélicas desde Chiloé; y en 1684 los jesuítas obtuvieron del Rey una subvención para sus misiones de Nahuelhuapi. Con mayor razón pues, mientras vivió el P. Ovalle, pensarían en que la paz podía alcanzarse si se la deseaba.

Las acciones de guerra, entre tanto, se habían sucedido con suerte varia. Cuando el marqués de Baydes asumió el mando reunió un poderoso ejército —más de dos mil hombres tal vez— e hizo una entrada espectacular en el territorio araucano. Pero si alardeaba de guerra, quería en realidad la paz. De manera que consiguió celebrar las paces de Quillín,

las que tuvieron la duración efímera de todas las paces. Los jesuítas elogiaron mucho al gobernador. Enviaron cartas e informes a España; y fueron esas cartas e informes los que utilizó el P. Ovalle en 1642 para publicar un folleto que aparentemente sólo favorecía la causa del marqués de Baydes, pero que en sustancia hacía la defensa de la Compañía, pues procuraba demostrar que el método pacífico había triunfado.

Las relaciones de guerra que se contienen en la obra del P. Ovalle adolecen, pues, de esta convicción previa. A él, como a cualquier otro jesuíta, no le parecía dudoso el sistema de la llamada guerra defensiva. Los soldados y los encomenderos opinaban justamente lo contrario. En esta polémica transcurre todo el siglo XVII.

Mas, antes de concluír este tema que apasionó tanto a los chilenos y españoles de su tiempo, quisiéramos formular algunas reflexiones sugeridas por la lectura de muchos textos.

Conviene abandonar, desde luego, la idea simplista de ver en esa guerra solo una porfiada contienda entre ejércitos enemigos. O entre un ejército español y bandas de indios guerreros. Chile entero estaba interesado en la guerra. No solo porque sus resultados podían afectar dolorosamente a los blancos todos, sino porque alrededor de la guerra de Arauco hubo siempre intereses creados. No se ocultó esto a la sagacidad de los jesuítas. Se dieron cuenta cabal y exacta que una de las causas de la prolongación de la guerra era el servicio de los indios en las encomiendas. Veamos como. Los indios yaconas habían ido disminuyendo sin que cumpla en este trabajo averiguar la razón. La importación de negros del Africa, que llegaban normalmente por la vía Buenos Aires, no produjo los resultados apetecidos. Porque morían de frío. Era preciso entonces ir renovando el material humano de trabajo; y para eso servían las continuas malocas de los españoles. En ellas se apresaban indios jóvenes

y robustos, se les negociaba y se les traía a las encomiendas del centro del país. Soldados y encomenderos tenían intereses comunes. Pero también tenían intereses comunes los mismos soldados y los gobernantes y funcionarios de ese tiempo, casi diríamos los políticos de esa época. Porque a causa de la guerra se había establecido el Real Situado, que venía del Perú; y ese dinero, forma anticuada de los modernos empréstitos, vigorizaba la economía del país, hacía circular la riqueza, daba alientos a los mercaderes y a veces ilícitas ganancias a gobernadores, oidores y tesoreros. La guerra de Arauco era, para los soldados, el trampolín del ascenso. Y no pocas veces el sendero de la fama. De ahí que siempre miraran con hostilidad su supresión, y aún su debilitamiento.

No olvidemos que los jesuítas habían tomado desde su llegada al país la defensa de los indios. Fueron los "avanzados" de la época. Porque harto avance significaba tomar la iniciativa en la supresión

del servicio personal. Del odioso servicio personal que adhería a la tierra al indio. Como el siervo medioeval adhería a la gleba. El provincial Padre Torres, al comenzar el siglo XVII, suprime el servicio personal en las casas y haciendas de la Compañía. Y ordena pagar el justo salario a los yaconas. Era, por lo demás, una medida que iba a regir en Tucumán, en Paraguay y en el Plata. Así fué la polvareda que la medida levantó. El caritativo, portuguez Juan de Salazar, que había sido el precursor de la cristiana medida, murió envenenado al llegar a San Juan. Porque ese hombre ejemplar había ido a España a conseguir mejor trato para los indios, y a pedir que se instalara en Santiago de Chile una Real Audiencia que velara por los fueros de la justicia. El ataque a la Compañía fué general. Hasta en el interior de los templos se oyeron gritos de odio. Y no nos imaginemos que los jesuítas permanecieron impasibles. Utilizaron la cátedra y el púlpito para responder a los ataques y defender la

medida. El Padre Juan de Viana puso de moda una estrofa que le servía de tema en sus sermones:

No como y doy de comer;
No visto y doy de vestir;
Soy libre y he de morir.
Esto ¿cómo puede ser?

Proponía al piadoso auditorio descifrar el enigma. Que el buen padre ayudaba ciertamente a descifrar. De esta manera defendía al indio y defendía también las reales órdenes. Pero la codicia de los encomenderos, de una parte, y el peso de la tradición establecida, por otra, hacían difícil la reforma. Como cualquier reforma. Con facilidad se coaligan los intereses para ahogarla. Y a veces coloran de piedad la resistencia. Eso fué, pues, la magna reforma emprendida por los jesuítas. Y que los hijos de América han de agradecerle siempre.

En la guerra de Arauco andaba mezclado el problema de las encomiendas y

del servicio personal con su prolongación, según se ha visto.

De ahí que los odios que había suscitado la reforma jesuítica llegaran también a las márgenes del Bío-Bío. Hubo interés en desacreditar la acción de los jesuítas. Para que no siguieran atormentando las conciencias. Ni turbando la beata paz. Ni alterando la solemne pasividad de los poseedores de la tierra que tenían a su servicio centenares de jornaleros gratuitos.

Cuando aquel insigne obispo de Michoacán, don Vasco de Quiroga —el Obispo de Utopía como le ha llamado Benjamín Jarnés—, se interesó de veras en la redención de los judíos, los graves señores de la Audiencia le escribieron "que doctrinase a los indios, si le parecía bien. pero que no se mezclara en otras cosas". La grandeza de su misión estuvo, justamente, en mezclarse en esas otras cosas. Del mismo modo, por mezclarse el P. Luis de Valdivia en la guerra de Arauco sufrió persecuciones. Se le ha llamado

el Bartolomé Las Casas de Chile. Merecido elogio porque tuvo igual celo e igual candor que el infatigable y bullicioso obispo de Chiapas. Y posiblemente más caridad.

Sin ofenderlos podemos decir, ahora, que esos misioneros ilustres tuvieron una fuerte dosis de candor. Persiguieron una quimera, dice Amunátegui. No de otra opinión es Feliú Cruz en su estudio sobre las Encomiendas. Creían firmemente en la bondad ingénita de los indios y en la posibilidad de reducirlos por simples medios pacíficos. Cuando la tarea primera era la de someterlos. Después podía y debía venir la obra educadora. Los indios rechazaban la dominación española no sólo porque implicaba una explotación, sino porque ella se oponía a su salvaje y estéril libertad. Esto explica que ya en la República durante medio siglo opusieran resistencia a las armas chilenas. No todos los misioneros aceptaban la natural falsía de los indios, terrible tara que no desaparece tan

pronto. Tan luego como los indios ofrecían la paz, los misioneros estaban inclinados a aceptarla. Sin divisar la malicia de los propósitos. La historia enseña, en cambio, que los araucanos iban a los parlamentos cuando se sentían débiles; pero una vez que brillaba la esperanza de triunfo rompían las paces y volvían a sus malones.

Hubo candor, también, en pensar que unos cuantos misioneros jesuítas hubieran podido evangelizar la Araucanía. Han ocurrido tres siglos desde que escribió su libro el P. Ovalle y esa inmensa tarea no está concluída. Por no decir que está en sus comienzos.

No es aventurado pensar que en el ánimo del P. Luis de Valdivia y en el de sus compañeros esa idea de evangelización hubiese estado unida a la de colonizar el territorio. El Marqués de Baydes lo declara francamente y se trata de un grande amigo de los jesuítas. Eso explica el afán que tuvieron los misioneros en ponderar las riquezas de la región. Para

atraer colonos que se radicaran allí. Los misioneros divisaban a cada rato y en cada sitio el brillo del oro. Para encandilar codiciosos. En su Historia de las Misiones del Paraguay el P. del Techo nos asegura, enfáticamente, que casi todo el oro que se extrae de América es chileno; y a renglón seguido dice: "si los españoles al explotarlo hubiesen tenido moderación y se acomodaran a las prescripciones del rey Católico, mayor dicha habrían gozado". Dando a entender que la riqueza existía, pero que la opresión de los indios causaba trastornos y guerras.

Nuestro Padre Ovalle llevó a España algunas pepitas de oro, de los lavaderos de Valdivia. De los mismos que aún se explotan lánguidamente. Y las mostraba como anzuelo de incautos. Pero los españoles no lo mordieron. De sobra sabían ya en esa época que la región de Arauco era pobrísima y para colmo peligrosísima. En esta su pobreza efectiva ha de mirarse la causa profunda de la prolongación de la guerra. La única ri-

queza seguían siendo los prisioneros. El territorio, en verdad, carecía de oro, o si lo había era escaso; no existían piedras preciosas, ni especias. Su valor agrícola no autorizaba un esfuerzo serio de colonización en esa época. Los encomenderos se interesaban — y con razón —por las ricas tierras agrícolas del valle central. ¿Para qué les servían los bosques impenetrables y las enmarañadas selvas? Y los volcanes que alzaban su penacho blanco al borde de azules lagos? Los tiempos esos no permitían la serena contemplación del paisaje. El turismo, en consecuencia, la verdadera riqueza regional, quedaba esperando mejores días.

Si el territorio de Arauco hubiese sido efectivamente rico, como porfiaban los misioneros, se hubiese poblado con rapidez. Como se pobló Mina Geraes en el siglo XVIII, cuando hizo su maravillosa aparición el oro. Con él surgieron los "bandeirantes" y los aventureros llegados de todas las partes del mundo. Pero la Villarica de Chile no era la Villarrica del

Brasil. No hay señales acá de haber habido opulencia. A pesar de los terremotos y de los incendios y de los sitios hubieran quedado restos. Y no los hay. En cambio, en las viejas ciudades del Brasil, nacidas al calor del oro y muertas cuando bajó la temperatura de la codicia, quedan iglesias y palacios, muestras elocuentes de un esplendor pasado.

¿Pasaría por la mente de los jesuítas la idea de hacer de Arauco una reducción suya como llegó a serlo el Paraguay?

No lo pensamos. Porque si hubieran tenido esa idea la habrían realizado. Con la tenacidad que los distinguía; y que sigue distinguiéndolos. Hubiéramos tenido una formidable experiencia colectiva. Realizada por hombres de grandes alientos. Varones mayores de marca, como dice uno de ellos, el propio Padre Ovalle. Tuvieron todos, cual más cual menos, aquel "granito de audacia" que tanto recomienda Gracián y que condimenta las grandes empresas. Sus mentes imperiales abarcaban el mundo. El P. Ovalle in-

cita a los chilenos a comerciar con el Oriente, a través de las Filipinas. Desde la lejana isla de Chiloé el P. Mascardi organizaba expediciones magallánicas, en busca de la Ciudad Legendaria de los Césares. Y exploraba la extensa región de los Rabudos. Que està aún sin explorar. Otros jesuítas llevaron sus afanes apostólicos a las orillas del lago Nahuelhuapi.

Sólo cuando los indios feroces arrasaron esas misiones y dieron muerte a los heroicos misioneros, abandonaron los jesuítas sus generosos proyectos. Ya alboreaba el siglo XVIII. El siglo llamado de las luces. Las que iban a alumbrar con fatídica luz el ocaso transitorio de la Compañía.

SELECCIONES

DEL SITIO, CLIMA Y DIVISION DEL REINO DE CHILE

EL reino de Chile, último remate de la austral América, que por la parte del norte se continúa con el del Perú, comienza del grado 25 al polo antártico, pasado el trópico de Capricornio; y corre de largo 500 leguas hasta el Estrecho de Magallanes, que está en 54 grados, y la tierra que llaman del Fuego, que es la parte austral del mesmo estrecho y corre hasta 59. Extiéndese por lo ancho su jurisdicción hasta 150 leguas del este a oeste, porque aunque lo más ancho de lo que propiamente se llama Chile no pasa de 20 a 30 leguas, que son las que se contienen entre el mar y la famosa cordillera nevada, de que hablaremos en su lugar; en las divisiones que se hicieron del ámbito y jurisdicción de los Gobiernos de las Indias Occidentales, le arrimó el rey las dilatadas provincias de Cuyo, las cuales emparejan en la

longitud con las de Chile, y las exceden en latitud dos tantos más.

Cae el opósito de este reino diametralmente sobre tierras de la specería de la Corona de Portugal en el meridiano que pasa entre la isla Trapobana, que es Zeilán, y el Cabo de Comorin; en el cual meridiano al norte de la línea equinocial, en la población que estuviere desde 26 grados septentrionales, los hombres que allí habitaren serán propiamente antípodas de los de Chile, y los que habitan de 37 hasta 44 de lo más occidental de la Nueva Guinea, estarán asímismo diametralmente, con los que viven en Castilla; mas como aun no está descubierto, no se sabe si es agua o tierra, pero sábese que cae en la parte de la demarcación de la Corona de Castilla, y en su opósito, y que está al oeste de Chile 1700 leguas.

Está todo este reino en tercero, cuarto y quinto clima, y así la parte que cae en el tercero clima tiene el día y la noche, cuando más crecen trece horas, y la parte que cae en el quinto tiene catorce, algo más, al contrario de Europa, por ser su opuesto, aunque no diametral. El mayor día del año es el de Santa Lucía, y el menor el de San Bernabé; tienen allí siempre el sol a la banda del norte, y las sombras a la del sur.

Este es el sitio y lugar del reino de Chile, el cual tiene por vecino a la banda del norte las provincias de Atacama y las ricas minas de plata

de Potosí, que dan principio al reino del Perú; y por la opuesta del sur, los mares que caen debajo del Polo, y las islas que en ellos se han descubierto. Abraham Ortelio quiso decir, que por esta parte del sur se avecindaba a Chile una tierra, que se continuaba con la Nueva Guinea; y duró esta opinión hasta que tuvimos el desengaño de los que habiendo pasado al mar del Sur por el estrecho de San Vicente, que llaman del Maire, bojeando toda la Tierra Austral, que se dice del Fuego, y volviendo al mar del Norte por el Estrecho de Magallanes, probaron evidentemente que dicha tierra era isla separada del todo de cualquiera otra, como se verá más adelante en su lugar.

Al oriente tiene Chile por vecino a Tucumán, y Buenos Aires, con quien corriendo al nordeste, se continúa el Paraguay y Brasil. Al poniente tiene al mar del Sur, que según Antonio de Herrera en la historia general de las Indias es todo el que se incluye entre sus costas, y las del reino de la China. El cual mar comienza en la tierra que llaman Aurea Quersoneso, que se dice la isla de Samatra o Malaca, y tiene de largo de este a oeste, entre las dichas dos costas de Chile y China, dos mil y setecientas leguas.

Según esto, podemos dividir este reino en tres partes: la primera, y principal, la que se comprende entre la cordillera nevada y mar del Sur,

la cual se llama propiamente Chile; la segunda, las islas, que por este mar están sembradas por toda la costa hasta el Estrecho de Magallanes: y la tercera, que contiene las provincias de Cuyo, que están de la otra banda de la cordillera, y se extienden por lo largo hasta el mesmo Estrecho, y por lo ancho hasta los confines de Tucumán.

Comenzando, pues, por la parte principal de este reino, que propiamente llamamos Chile, confieso que me holgara más hablaran de este país testigos de fuera que le han visto, porque como más libres de la calumnia de apasionados, a que están expuestos los que hablan de sus propias cosas, pudieran con menos temores encarecer las buenas calidades, de que fué N. S. servido dotarle; pues la común voz de los que de Europa han llegado a verle, es que su cielo y suelo, es lo mejor que han visto, en cuanto han andado (debe de ser cortesía que hacen a aquella tierra por el buen pasaje y agasajo, que a todos hace), lo que yo sé decir es, que aunque es tan parecida y semejante a Europa, que el que ha vivido en entrambas partes, no hace diferencia de la una o la otra, sino en la oposición de los tiempos de primavera y estío en una parte, cuando es otoño e invierno en la otra; tiene algunas propiedades que verdaderamente la singularizan y hacen que merezca la buena opinión y estimación con que hablan de ella los historiadores y todos los que la han visto;

porque, lo primero, el calor y el frío generalmente no es tan rigoroso como en Europa, particularmente hasta el grado 45, que de allí adelante corriendo al polo comienzan los fríos excesivos.

Debe de causar este buen temple el sitio de la tierra, a quien, haciendo lado por el oriente la cordillera, la abrigan por aquella parte sus altos montes, que son tan levantados como veremos después, y el mar que la baña por la del poniente, la regala, y recrea con sus frescas mareas el verano, las cuales, a mediodía, o poco después han bañado ya toda la tierra, porque a estas horas han llegado ya a la falda de los montes; de manera que correspondiéndose en el estío con la mucha nieve, que en ellos hay todo el año; hacen tan fresco el aire, que a las tres o cuatro horas después del mediodía no se siente calor considerable, y como se esté a la sombra, no se siente en ninguna hora del día, ni de la noche, particularmente de 36 grados para arriba, donde se echa la mesma ropa en la cama de verano que de invierno, como acontece en la Concepción, donde ni el frío ni el calor aprietan a sus tiempos de manera que aflija ni haga daño.

La otra buena calidad de esta tierra es estar libre de rayos, porque jamás cae ni uno; algunos truenos se oyen alguna vez, pero estos muy de lejos en la cordillera; tampoco cae piedra el verano, ni se ven las tempestades que obligan, en otras

partes, a clamorear las campanas, y exorcisar las nubes, ni en el invierno se continúan tanto como en otras tierras los días pardos y nublados, antes lo ordinario en pasando el aguacero, que dura comúnmente unos dos o tres días, se despeja el cielo de manera que parece que le han lavado y queda limpio sin que parezca en todo él una nube ni una mota, y esto con mucha brevedad, porque en cesando el viento norte o tramontana, que es el que trae los nublados y causa allí las lluvias, sucede el sur, que en pocas horas las hace desaparecer; y entonces, si es de noche, cae la escarcha y hielo y amanece el sol más claro que nunca.

No es de menos estima otra buena calidad que tiene este reino y es no hallarse en toda la tierra víboras, serpientes, alacranes, escuerzos, ni otros animales ponzoñosos, de manera que puede un hombre en el campo sentarse debajo de cualquier árbol, y revolcarse entre las yerbas sin temor de que le pique una araña; ni tampoco hay tigres, oncas, ni otras fieras a quien temer. Algunos leoncillos hay en algunas partes, que hacen algún daño al ganado menor, pero no a la gente, antes huyen de ella, y no solamente se ve esta limpieza de la tierra, en la que está habitada de los hombres, sino, lo que más admira, en los bosques, que los hay espesísimos de arboledas, y tan cerrados, que si no es a pie y con grandísima dificultad no se puede romper, ni dar un paso por ellos.

Ponderando esta buena calidad, un hermano de los nuestros, grande escuitor, que fué de España, le oí decir que había andado tres meses continuos haciendo madera para labrar la iglesia de Santiago, y habiendo entrado en varios bosques y quebradas donde no había rastro ni señal de que hubiese jamás entrado en ellos hombre alguno, no topó en todo este tiempo una araña, ni animal asqueroso de quien pudiese tener recelo o temor.

No es de despreciar otra particularísima gracia y ventaja de esta tierra, y es que no cría ni consiente chinches, ni vi una jamás, y es esto más de maravillar habiendo tantas de la otra banda de la cordillera, donde está la provincia de Cuyo, de donde las que talvez pasan entre la ropa y cajas de los pasajeros, al punto que reconocen el aire de Chile se mueren. Fué admirable la esperiencia que de esto hizo un curioso o mal intencionado que pasando de Cuyo a Chile trujo estos animalejos en parte bien acomodada donde se pudiesen conservar, y fué cosa maravillosa, que apenas llegaron al valle de Aconcagua (que es el primero en que dan los que bajan la cordillera) cuando se murieron todas sin quedar ni una viva.

No hablo de las minas de oro, ni de las muchas y delicadas aguas, que por pasar por ellas, son muy cordiales y saludables; no de la abundancia de mantenimientos y yerbas medicinales, y otras particulares excelencias de la tierra, en que

hace conocida ventaja a otras, por no confundir unas cosas con otras y porque se verán mejor hablando de cada cosa en particular cuando lleguemos a su lugar.

Fuera de estas ventajas que he apuntado, en todo lo demás es tan semejante el clima y tierra de Chile a Europa, que no hallo diferencia ninguna, y es cosa muy de reparar, que en todo lo descubierto de la América no sé que haya región ni parte alguna que vaya en todo tan conforme con Europa, como ésta de Chile, porque en unas como en el Brasil, Cartagena, Panamá, Portobelo y otras costas y tierras que están entre los trópicos, son continuos todo el año y excesivos los calores; en otras, como Potosí, y las punas y sierras del Perú, los fríos; en otras hay un modo de invierno en que no llueve, y llueve en verano en la fuerza del calor; otras hay donde no se coge trigo, ni vino, ni aceite; y otras donde si se dan estos géneros, no se dan las frutas propias de Europa; pero Chile tiene, como Europa, sus seis meses de primavera y estío, y otros seis de otoño e invierno; no llueve el verano sino el invierno y todas las frutas y semillas que lleva Europa se dan también en Chile.

Lo que más admira es que estando la tierra de Cuyo, Tucumán y Buenos Aires en la misma altura que la de Chile, se diferencien tanto de su clima y del de Europa, que aunque en el in-

vierno hace grandísimo frío y heladas tan rigorosas, que debajo de techo se hiela el agua, y en el campo se suelen morir de frío los animales; sin embargo no llueve una gota en todo el invierno, ni se ve en todo él, particularmente en Cuyo, cubierto el sol sino siempre claro y hermoso; pero comienzan las aguas desde la primavera con tanta fuerza, que si duraran los aguaceros tanto como en Europa y Chile, anegaran la tierra, como de hecho la inundan el poco tiempo que duran de una hora o media, corriendo ríos por las calles de las ciudades y convirtiendo los campos en mares por donde van las carretas dándolas el agua a las mazas, con ser bien altas, y en este tiempo caen rayos y mangas de piedras como huevos de gallina y de patos y aun como de avestruz, como lo he visto algunas veces.

Todas estas tormentas, y variedades de tiempos embazan en los montes altos de la cordillera, donde hacen como en fuerte muro, que lo son del reino de Chile, la última batería, sin adelantarse un paso, ni entrar en su jurisdicción; porque jamás se sienten en él estos rumores y tempestades, ni se ven estas alteraciones y torbellinos, sino un tiempo constante y apacible en todo el verano, primavera y otoño, con sus diferencias de más y menos calor y frío en el invierno, conforme a la diversidad de los tiempos, según la cual asímesmo son mayores o menores los días y las noches,

proporcionándose con la altura de los grados y curso del sol, de la mesma suerte que en Europa, aunque en meses opuestos.

De aquí se sigue como advierten varios autores y lo muestra la experiencia, la grande semejanza, que hay entre los hombres, animales, frutas y mantenimientos de Chile con los de Europa, quien ve lo uno y lo otro es buen testigo de esta verdad, y ninguno pasa de esta parte a aquéllas que no lo note. He visto a algunos caballeros que han pasado de España al Perú, y después de algunos años han ido a Chile con algún cargo de gobierno u otro oficio de los que allí da el rey, y no es decible las alegrías que hacen y contento que muestran por parecerles que han vuelto a su patria, según la gran semejanza que hallan entre el uno y otro país, así en el aire como en las comidas, que son muy sustanciales, como lo reconocen los que nacieron y se criaron en climas más cálidos, los cuales cuando van a Chile, han menester pasar con más sobriedad y templanza de la acostumbrada hasta que poco a poco va haciendo el estómago a digerir el exceso, que reconoce en la mayor fuerza y sustancia de la comida.

(Libro I, Cap. I).

DE LOS CUATRO TIEMPOS DEL AÑO; TRATASE EN PARTICULAR DEL INVIERNO Y PRIMAVERA, DE LAS FLORES Y ALGUNAS YERBAS MEDICINALES

RARA vez baja la nieve a los valles, porque aunque la que es tanta que sube muchas picas en alto, y empareja en algunas partes de la cordillera lo más hondo de las quebradas con sus cumbres; se contiene toda dentro de los montes, donde, como en pozos o cajas, se conserva todo el año para proveer a la inmensidad de ríos, fuentes y arroyos que se descuelgan de las cumbres y corren por los valles y riberas de la tierra hasta el mar, fertilizándola con la abundancia de frutos que logra el otoño y enriquece aquel reino.

Pero sin embargo de no nevar sino pocas veces en los llanos, hace en ellos tan grandes fríos, que no son mayores en muchas partes de la Europa; lo cual proviene así de la altura del polo en que está toda esta tierra, como de la vecindad de la cordillera, de donde soplan unos vientos

tan sutiles y penetrantes que algunas veces son insufribles, y así son siempre más templadas las riberas del mar y sus comarcas, si bien, para contrapeso, son aquí más rigorosas las tempestades de vientos, porque llegando estas ya cansadas y con menos fuerza a lo más dentro de la tierra, no la azotan ni atormentan con tanto rigor.

Para reparo de este frío crió Dios en todo este país dilatados y espesos montes de espinos, que es la leña usual de toda la comarca de Santiago y de otros valles, y es a manera de la de encinas, aunque más dura, y el corazón, que es colorado, es incorruptible y de ellos también se hace el carbón para las fraguas y otras oficinas. En otras partes sirven para estos efectos los robles, como es en el distrito de la Concepción, donde hay tantos, tan crecidos y tan gruesos, que aunque há tantos años que sirven a la vida humana, están hoy los bosques tan enteros y espesos que, penetrando un poco adentro, no se puede romper y ésto a media legua de la ciudad; que la tierra más adentro hay quebradas, donde no ha puesto el pie hombre alguno jamás, siendo así que ha sustentado sola aquella tierra de Penco más de mil, como lo escriben los autores citados.

Aunque estos robles como también los árboles frutales, pierden la hoja en el invierno, los más de los silvestres la conservan, por tenerla muy gruesa, y aunque se cubren de escarcha y hielo,

no las abrasa como a las hojas de otros árboles, antes las baña y lava derritiéndose con los rayos del sol y las deja más hermosas y lozanas. Con las primeras lluvias comienza luego la tierra a vestirse de verde, de manera que dentro de 20 o 30 días se ven los campos cubiertos de yerba, y para más hermosura nacen con ella unas florecitas pequeñas amarillas en tanta abundancia, que parecen las vegas y los valles alfombras de verde y amarillo.

Con las lluvias y primeras yerbas del invierno parece que se dispone la tierra al nuevo adorno y hermosura de las flores, con que a mediado agosto comienza la primavera a hermosearla, las cuales duran hasta que el sol comienza a apretar con sus calores por diciembre y nacen con tanta abundancia y de tantas especies, que parecen los campos pintados y hacen una hermosísima vista. Una vez en particular me acuerdo que yendo camino vi tanta diversidad de estas flores unas encarnadas, otras azules, amarillas, coloradas, pajizas, moradas columbinas y de otros varios colores, que poniéndome a contarlas, movido de la admiración de tanta variedad, como la que se veía, conté hasta 42 especies y diferencias en muy poco tiempo: no cuento en éste número las domésticas que se cultivan en los jardines y huertos, los claveles, rosas, alelíes, girasoles, azahar, sinamomo, floripondios, azucenas, ama-

polas, escobillas, altramuces, granadillo y otras muchas diferencias de las que se crían como acá en Europa; sólo hablo de las del campo, las cuales son generalmente muy olorosas, y sacan de ellas las aguas que llaman de ángeles, por la suavidad de su fragancia, con la cual llenan el aire de suavísimo olor, el cual se siente más en particular cuando sale el sol y se pone, y no ayudan poco a la fragancia de los campos las mesmas yerbas, que son muy aromáticas y odoríficas, y suelen mezclar los cogollos de ellas con las mesmas flores para destilar las aguas de olor.

(Libro I, Cap. II).

DEL ESTIO Y OTOÑO, Y DE SUS FRUTOS Y COSECHAS

COMIENZA el otoño a mediado febrero, y así viene a ser la cuaresma muy regalada, porque demás de los camarones, ostiones, erizos y demás marisco y abundancia que hay de pescado que traen fresco del mar de varias suertes: pescan en las lagunas y ríos muchos truchas, bagres, pejerreyes y otros géneros de peces muy regalados; y como por este tiempo hay tanta abundancia de legumbres, berenjenas, calabazas y frutas, particularmente membrillos, que los hay como la cabeza, y otro género que llaman lúcumas, de que hacen regaladas viandas, casi no se siente el trabajo del ayuno.

Por el fin del otoño se coge el aceite y comienzan las vendimias, las cuales se hacen por el mes de abril, mayo y junio, de que se hacen generosos vinos muy celebrados de los autores y en tanta abundancia que podemos decir copia nocet, por-

que ni hay salida para tanto como se coge, y a los indios los ha muerto tanto como hay, porque lo beben sin medida hasta caer, y como es tan fuerte les abrasa las entrañas. Entre todos son mejores y de más estima los moscateles; he visto algunos que, al parecer, son como el agua, tan claros y cristalinos como ella, pero el efecto es muy diferente, en el estómago, porque lo calientan como si fuera aguardiente.

Otros vinos hay también blancos, que son de estima, como son los de uva torrontes y albillo; otros hay rojos y tintos, que se hacen de la común uva negra y de la mollar, y otras de varias suertes, cuyos racimos son tan grandes que admiran: en particular me acuerdo de uno que por monstruosidad mandó presentar un caballero a Nuestra Señora, el cual era tan crecido, que sólo él llenó una buena cesta, y fué suficiente para que comiese de él toda la comunidad de frailes, que no son pocos: así me lo contaron los mesmos religiosos y el caballero que le presentó; son consiguientemente, las cepas muy gruesas, cuyo tronco será en algunas partes como el cuerpo de un hombre, y ninguno podrá abarcar con sus brazos la cabeza cuando son de viña hecha.

(Libro I, Cap. III).

DE LAS FUENTES QUE NACEN EN LOS VALLES Y OTRAS PARTES DE CHILE FUERA DE LA CORDILLERA

ENTRE las fuentes, es una muy célebre la de Ramón, así por su bondad y buenas calidades, como por la abundancia de sus aguas, que son tantas que ellas solas bastan para cultivar y regar muchas tierras, y está a dos leguas de Santiago al oriente; allí cerca en su contorno hay otras muchas, entre las cuales es digna de particular advertencia la de Caren, que nace en un prado llano y hermosísimo, así por su vista, como por la que de allí se extiende por más de cinco o seis leguas: es la agua de esta fuente notablemente suave y blanda, y porque debe de entrevenarse gran parte de ella por el prado, está este tan poroso que poniéndose de pié sobre él, tiembla todo de manera que muy sensiblemente conoce el temblor el que pisa sobre ella, y más quien hace esto con más fuerza; consérvase todo el año verde, con la yerba que nace en ella a manera de menudo trébol,

a quien los naturales llaman caren y es regalada de comer.

Ni es de callar otra fuente que está en medio de estas dos, muy copiosa, de muy suaves y delicadas aguas tanto siempre más frías cuanto es mayor el calor del tiempo: llámanla del Maitén, por un árbol de este nombre que entre otros muchos nació allí al pie de un gran tablón de peña viva, que sirve de mesa para las meriendas con que allí se recrean, y el árbol de cenador, porque debajo de su sombra caben muchos con gran comodidad. Conserva este árbol verde la hoja todo el año y es a manera de arrayán, aunque más larguilla y sin comparación ninguna más alegre y hermosa; pasa por su pie esta fuente, que nace un poco más arriba del principio de una quebrada, por donde se viene despeñando por entre piedras y amenísimos bosques sembrados de extraordinarias yerbas y flores.

... ...

Descúbrense por unas partes grandes manchas de flores amarillas, que cubren la tierra, de manera que en grande espacio no se vé otra cosa; en otras, de blancas, azules y moradas; allí se ven los prados verdes y cruzar por entre ellos los arroyos y acequias del río Mapocho, el cual todo se da a una vista, a los que de este alto le miran, ya corriendo por su madre, ya dividido en brazos, y

ya desangrado por varias partes de aquellos valles y llanos para fertilizarlos y fecundarlos con su riego. Vénse, finalmente, muchos lugares edificados, (que allá llamamos chacras, con sus iglesias y son como aldeas y maserías) y en medio de todas, la ciudad de Santiago, que es la cabeza del reino, y con estar distante de allí dos leguas, sin embargo, por ser el aire tan puro, en los días claros se ven muy distintamente sus torres, y tal vez se oyen también las campanas. Otras muchas fuentes nacen en este contorno a un cuarto de legua poco más o menos, todas de regaladas aguas y muy saludables.

La que esta ciudad tiene a su norte, llamada de Conchalí, es también muy alabada; cae ésta en un vallecito que llaman El Salto, por el que da el río Mapocho para caer en él. Viene corriendo este río por tierra llana hasta cierto término, de donde dividiéndose, o por mejor decir, dividiéndole, por ser obra ésta de la industria humana, y corriendo el mayor trozo por su madre, se aparta un brazo para regar este valle, el cual si bien por la parte del poniente está en el mesmo plan de la demás tierra sin que se vea ninguna desigualdad ni diferencia, pero a la parte del oriente, por donde baja este río, está la tierra tan levantada, que hay dos o tres millas desde el profundo hasta lo alto de donde se despeña.

De aquí como el que cae faltándole pie cuan-

do iba corriendo con más furia se precipita este río, con un gran fracaso y ruido, haciendo admirables y vistosísimas diferencias por los encuentros de las peñas y angosturas que en la bajada se le atraviesan hasta que llegando a lo profundo del valle, se reparte por sus venas y acequias a fertilizarle, el cual no es ingrato a este beneficio, ni se contenta con el retorno que da a los que le cultivan de copiosísimas cosechas y generosos y regalados vinos, y de la más sabrosa y bien madura fruta que se da en todo aquel distrito; sino que por pagar dos veces, apresura el tiempo sazonando sus frutos un mes antes que los campos vecinos; es cosa notable que con estar este valle sólo media legua de Santiago, suele haber ya en él las brevas maduras cuando en la ciudad ni en toda su vecindad aún no pintan; así por esto, como por los grandes entretenimientos que hay en estas vegas, de caza de perdices por las lomas, y de patos y otros pájaros de agua, que se crían y matan en sus lagunas y estanques, es este uno de los mayores recreos de aquel país.

(Libro I, Cap. XII).

DEL CIELO Y ESTRELLAS QUE SON PROPIAS DE AQUELLA REGION DE CHILE

LA común voz de cuantos han visto y habitado aquel país, es que su suelo y cielo y el aire intermedio, si tiene igual en lo restante del mundo, no tiene superior, y aunque hay opinión en cuanto a la grandeza de las estrellas (de que hablaremos más abajo) porque algunos quieren que sean mayores las vecinas al polo ártico que las del antártico, pero en cuanto a su hermosura y belleza y la luz con que brillan y resplandecen, y en cuanto a su grande número y muchedumbre y a lo terso y despejado del cielo donde están, no hay quien no reconozca la ventaja que hacen a otras partes. Podemos dar por razón natural de esto el buen temperamento del aire y de la tierra, porque aunque hay en ella tantos ríos como hemos visto, pero como éstos son tan rápidos y veloces en su curso, no se rebalsan de manera que la humedezcan demasiado, sino sólo lo que basta para

conservar el humor necesario para su fertilidad, y de los dos extremos tiene más de seca que de húmeda, particularmente hasta los treinta y cuatro y treinta y cinco grados, lo cual se vé manifiestamente por dos experiencias. La primera, por el buen efecto con que se curan allí las llagas y otros achaques, que suelen fomentarse y durar más con la humedad.

La segunda experiencia es la de las habitaciones y casas, donde las estancias más regaladas son las de los cuartos bajos, que se habitan en el verano por más frescos y en el invierno por más calientes, y siendo así que se riegan todos los días en todo el año y que los suelos son de ordinario de la mesma tierra y no están fundados sobre bóvedas; sin embargo no hace daño vivir en ellos y no hay necesidad de esteras o entablados, por rigoroso que sea el invierno; que es buen argumento de que aquel temple inclina más a sequedad que humedad: de donde se sigue que el sol levante menos vapores, y así estando más purificado el aire, salga más la claridad y luz de las estrellas, y esta es también la causa de què el mesmo sol salga siempre y se ponga despidiendo de sí rayos de luz y resplandor, lo cual no es así de la otra banda de la cordillera y otras tierras que he visto, donde suele estar el sol levantado de la tierra una pica en alto, y aunque se ve su rueda, no ofende su vista, porque lo grueso de la bruma-

zón de la tierra empaña su luz y retarda la claridad y hermosura de sus rayos.

Es admirable la experiencia que tienen de esto los que navegan aquel mar desde el Perú para Chile, porque aunque vayan muy apartados de la tierra, conocen sensiblemente por el horizonte cuando llegan a su jurisdicción, porque comienza a verse este todo descombrado y sereno, dorado y bello, mejorándose cada día más y más su hermosura, al paso que se va subiendo a mayor altura del polo, y entrando más en los términos de Chile, y al contrario saliendo de allí para la línea en comenzando a avencindarse al trópico, va desdiciendo aquella luz y desmayando aquella beldad, de manera que en el viaje que hice de aquellas partes a España, no pude ver en todo el camino aquellos horizontes de Chile, sino otros muy diferentes, cargados, melancólicos y tristes, hasta que llegué a La Habana, donde por estar ya en diez y ocho grados al polo ártico, comencé a reconocerlos de nuevo, mejorándose cada día y pareciendo más dorados y hermosos, según veníamos subiendo a más y más altura hasta llegar a España.

Esto es en cuanto a la luz y hermosura del cielo y de las estrellas, de que pueden dar su juicio y parecer todos los que las han visto, no así de su grandeza, cuya contemplación y mensura quieren que sea propia suya los astrólogos y peritos de los movimientos y disposición de la celeste es-

fera, y a mi ver quien puede hablar en esta materia con más acierto, son los que a la ciencia de su especulación, añaden la experiencia de haber visto el uno y otro polo, como son los que refieren Juan y Teodoro de Bry, en la octava y nona parte de sus curiosos doce libros, en que traen variedad de historias, observancias y viajes que se han hecho en la una y otra India, hasta el Estrecho de Magallanes.

Refieren, pues, estos autores la opinión y parecer de hombres doctos, que navegando el mar del Sur, observaron atentamente lo que apuntaré yo aquí fielmente traducido de su buen latín en nuestro vulgar, y dice así: "Los que de nuestros " doctos surcaron el mar del Sur, nos cuentan mu- " chas cosas de aquel cielo y de sus estrellas, así " de su número como de su grandeza, y yo juzgo " que en ninguna manera se deben anteponer a " las estrellas meridionales éstas que acá vemos, " antes afirmo, sin género de duda, que son mucho " más y más lucidas y mayores las que se ven ve- " cinas al polo antártico". Añade últimamente de las estrellas del crucero, diciendo que su resplandor y hermosura es bellísima y lucidísimo en aquellas partes el camino de la vía láctea. Todo esto es de estos autores.

Pedro Theodoro, peritísimo piloto y astrólogo, cuenta en particular las estrellas que son propias de aquel hemisferio, y las catorce figuras que

de ellas se componen. La primera es el Camaleón, que consta de diez estrellas. La segunda el Aspid Indico, que se compone de cuatro. La tercera el Peje Volador, que contiene siete. Fórmase de cinco la cuarta, que llaman Peje Dorado; y de quince la quinta, que se dice Hidro. La ave Toucan, que es la sexta, tiene ocho; y la Fénix, que es la séptima, encierra catorce. Vénse trece en la Grulla, que es la octava; y en la Paloma de Noé, que es la nona, aparecen once; el Indio Sagitario, que es la décima se compone de doce; y el Pavo, que es la undécima, de diez y seis; la Ave del Paraíso, que es la duodécima y la llaman Maaucodiatam, se forma de doce; y el Triángulo, de cinco, que es la décima tercia. Ultimamente se ven en el Crucero cuatro, que forman la cruz, y una que con otra pequeñita que se le arrima, hace el pie en hermosísima proporción, compás y figura, y aunque este crucero sirve a los navegantes de guía en el mar del Sur, como la Cynosura sirve de lo mesmo a los del mar del Norte, no está inmediato al Polo, antes le hacen distante de él treinta grados; pero como no hay otras estrellas de su grandeza más próximas a él, sirve del mesmo efecto, aunque no en cuanto a la aguja, porque ésta, ora sea en el mar del Norte, ora en el del Sur, siempre mira al Norte, sin embargo de estar interpuesto a los que están en el mar del Sur, o todo el globo de la tierra, o gran parte.

Según el círculo que hace el Crucero parece que viene a apuntar el punto fijo del Polo entre dos como nubes, aunque no lo son sino unos agregados de estrellas tan pequeñitas que no se distinguen, como en la Vía Láctea, y siempre están fijas sin mudarse, y cuando más claro y sereno está el cielo resplandecen más y están más hermosas; otras estrellas hay más próximas a estas nubes, pero como no son tan grandes como las del Crucero, no se hace cuenta de ellas, sino solamente de éstas, que verdaderamente son hermosísimas y brillan con gran viveza. No dejarán de gustar de verlas en estampa los que no las han visto en su nacimiento y lugar, y así pongo aquí estas últimas en la manera y forma que allí se ven.

(Libro I, Cap. XX).


Modus ludendi indorum
Vocatur ala

DEL GRANDE ANIMO Y VALENTIA DE LOS INDIOS DE CHILE

CORREN plaza los indios de Chile, a boca de todos los que los conocen y han escrito de ellos, de los más valerosos y más esforzados guerreros de aquel tan dilatado mundo; plugiese a Dios no tuviéramos tanta experiencia de esto, que estuviera hoy aquel reino de los más floridos y opulentos de las Indias, de que no es pequeña prueba del estado en que hoy se halla, sin embargo, del perpetuo y continuo contraste que ha tenido de guerras desde más ha de cien años que se comenzó pelear, sin haber dejado un punto las armas de las manos, que es cosa maravillosa y digna de ponderación, que habiendo el español avasallado tan en breve, imperios tan poderosos como fueron los de Montezuma, en Méjico, y del Inca en el Perú, nunca haya podido acabar de sujetar estos valientes guerreros de Chile, hijos de aquella cordillera, que parece les pega lo crudo e incontrastable de sus inexpugnables rocas y asperezas.

(Libro III, Cap. II).

DEL GOBIERNO CIVIL, ECLESIASTICO Y SECULAR DE LA CIUDAD DE SANTIAGO Y DE LAS PROPRIEDADES DE SUS NATURALES

Es el gobierno el alma de la República, y así luego que se fundó la ciudad de Santiago, se formó el cabildo y regimiento para administrar la justicia, sin la cual ninguna se puede conservar: consta este cabildo de dos alcaldes ordinarios, el alférez real, un alguacil mayor, un depositario general, seis regidores que se eligen cada año y son la mitad encomenderos y la mitad moradores, y los demás propietarios, que tienen comprada la vara para sí y sus descendientes. De los dos alcaldes tiene el primer voto y lugar el encomendero, y el segundo el morador, y los demás reparten los meses del año entre sí; preside el cabildo el corregidor que es juntamente teniente de capitán general y es un oficio muy honroso y aunque es de más costa que provecho por el lucimiento que ninguno puede ya excusar en este puesto, nunca le falta dueño por ser

de mucha autoridad, crédito y estima. Elígense cada año juntamente con los dos alcaldes ordinarios otros dos de la Santa Hermandad para fuera de los términos de la ciudad, como se usa en otras partes.

Habrá más de treinta años que se fundó en esta ciudad la real chancillería, que consta de un presidente, cuatro oidores y dos fiscales, uno que es el ordinario y otro que se ha añadido de cuatro años a esta parte, también con garnacha y asiento debajo del dosel, a quien toca la protección de los indios y las materias de la Santa Cruzada, después de los cuales se sigue el alguacil mayor de corte, que asímesmo tiene asiento debajo de dosel después de las garnachas; el chanciller, secretario, relator y demás ministros, como en otras partes. No hay apelación de la sentencia de revista que se da en este Real Acuerdo sino para el Real Consejo de Indias, y aun esto no en todos los pleitos, sino en los que se litiga de cierta cantidad considerable que está ya determinada. No se puede negar sino que la majestad de este tribunal ha dado muy grande lustre a esta ciudad, si bien no falta quien llore que le ha atravesado en la riqueza a que hubiera llegado si sus vecinos hubieran proseguido pasando con la llaneza que antes acostumbraban, vistiéndose de los paños que se tejían en la tierra y ahorrando de tantas libreas y galas superfluas como las que hoy usan, porque los que

antes salían muy honrados a la plaza vestidos con la templanza que usaban los más principales y la gente más noble, no pueden hoy parecer en público sino con vestidos de seda o paño de Castilla, que aún suele costar más, porque una vara vale de doce a veinte reales de a ocho. Ni puede parecer decentemente quien tiene opinión de algún caudal, menos que con criados vestidos de libreas, más o menos conforme tiene cada uno el posible, y de algunos años a esta parte han dado en usar quitasoles de mucho precio, y si bien al principio comenzaron por la gente de prima clase, hoy deja de usarlo solamente quien no puede, y aunque parecen bien y son de mucha autoridad y mayor comodidad y provecho para la salud, pero en fin es mayor carga y gasto y aumenta los forzosos que trae consigo el vivir en corte.

Por esta y otras causas han juzgado algunos que le estaba mejor a esta ciudad y reino gobernarse sin la Audiencia Real, como lo hacía antiguamente. Pero verdaderamente no tienen razón, porque, lo primero, hay muchas ciudades en las Indias, donde sin esta ocasión de corte, he visto tan entablada la vanidad de galas y gastos superfluos como en cualquiera otra parte. Lo segundo, porque abstrayendo de particulares afectos de pasiones y propios intereses a que comúnmente están expuestos los hombres y son los que pueden romper la entereza y sinceridad de la justicia y razón;

no se puede negar sino que la suma autoridad de este tribunal es de grande momento para mantener en paz un reino, administrando justicia y deshaciendo agravios y amparando a los desvalidos, no permitiendo que el soberano poder y licencia que algunos se toman, o por razón de sus oficios y puestos o por sus riquezas, valimientos y buena maña, ahogue la razón, oprima la inocencia y quiera llevarse por delante a los menos entrometidos que no cursaron las escuelas de la lisonja, pisando sus fueros y atropellando por los derechos de su justicia.

De esta manera es una Real Audiencia en un reino freno de los vicios, premio de la virtud, amparo de pobres y fiel balanza de la razón y derecho de cada uno; y éste es el intento de nuestro católico monarca y por este fin fundó esta Real Audiencia en este reino; que aun allí viene a ser más necesaria, por estar tan remoto y apartado de su real vista, a cuya causa es tan dificultoso que lleguen a sus reales oídos los clamores de los pobres, las quejas, injurias y agravios de sus leales y fieles vasallos; y si tal vez llegan, llegan ya tan cansados que apenas se dejan sentir, y por esta mesma causa les corre más apretada obligación a los que intervienen en el proveimiento y elección de los reales ministros que se envían a partes tan remotas y distantes a poner los ojos en personas cristianas y de buena intención (que es lo princi-

pal) y que sean doctos e inclinados a la piedad cristiana, como los ha habido y hay en aquel reino y es necesario para dilatar y confirmar aquella nueva cristiandad.

También sirve la Real Audiencia de que pase a Chile con sus ministros mucha nobleza, y como se van sucediendo unos a otros y se van acimentando en aquella tierra, ayudan a su población y aumento, con que se continúa la trabazón y correspondencia con España, que a los unos y a los otros está siempre muy bien, y no se puede negar que aunque accesorio, es de mucho lustre para la ciudad la autoridad que da a sus fiestas y actos públicos, la asistencia de un tribunal de tanta veneración y respeto con que demás desto se honran los actos literarios y se patrocinan las letras, y los que se dan a este tan útil y honesto ejercicio, se alientan a trabajar con la esperanza del premio con que ven laureados los desvelos de los que por el mesmo camino llegaron a los puestos de abogados, relatores, fiscales y oidores, que en las Indias son todas estas plazas de muy grande honra y provecho y las de Chile hacen ventaja a muchas otras, porque demás de ser mayor el salario que en algunas otras partes, es la tierra tan apacible y semejante a la de España, como hemos visto, y tan barata la comida, que se puede ahorrar buena parte de la renta para otros efectos. Fuera de estos tribunales hay otro, que es el ordinario

que hay en otras partes, de contadores y tesoreros para el manejo y administración de la hacienda y Caja Real; toca a estos ministros la visita de los navíos que entran y salen de Valparaíso, y son oficios de mucha honra y estima y no de poco provecho, y es merced que hace el Rey como la de todos los demás ministros y oficiales de la Real Audiencia. A ésta toca solamente administrar justicia en las materias tocantes a la República, que las de la guerra y gracia pertenecen al gobernador y a sus ministros, de que hablaremos en su lugar. Del gobierno eclesiástico es dueño absoluto el señor obispo, y aunque el obispado de Santiago no es de los más ricos de las Indias, por valer allí tan baratos los frutos de la tierra y consiguientemente los diezmos, lo suple la bondad del país, y aún esta mesma abundancia y valer tan barata la comida viene a ser parte de riqueza, pues con menos gastos se puede sustentar la familia y casa episcopal, más numerosa que en otras partes, con que ahorrándose buena parte de la renta, viene a emparejar y aún a aventajarse a muchos otros obispados que por mucho que valgan, es casi todo necesario para mantener la autoridad episcopal con la debida decencia. La de este obispado puede carearse con las mayores de las Indias, porque la clerecía es muy lucida y numerosa; y así lo suelen ser los acompañamientos con que sale de casa el señor Obispo algunos días

más señalados, y el que le hacen cuando se recibe en su iglesia es muy célebre porque sale parte de la Audiencia, los cabildos, la caballería, la milicia y demás pueblo, y suele ser un día de mucho lucimiento. El cabildo eclesiástico es muy grave y autorizado, en cuyo proveimiento no tiene parte otro que el rey, el cual en virtud del patronazgo real y concesión de los sumos pontífices provee todas las prebendas, canonjías y dignidades de las Indias, y así no hay como en España el mes del Obispo o del Papa, porque todas las vacantes corren por su cuenta, y no sólo la de las dignidades y prebendas, sino también de los curatos, aunque diferentemente, porque aquellas las provee inmediatamente por sí desde España, por consulta que el Real Consejo de Indias hace a su Majestad de los beneméritos y más dignos; pero la provisión de los curatos y doctrinas la hace por su gobernador y presidente, fijándose primeros los edictos, para que los opositores al beneficio que ha vacado se opongan al examen, de los cuales presenta el señor Obispo tres al gobernador, para que en nombre del rey elija el que más conviene conforme a la graduación en que va propuesto. El santo tribunal de la Inquisición, que está en la corte de Lima, sirve para todos los reinos y provincias de la austral América, y así no hay en Chile sino un comisario con sus oficiales y familiares, que en los actos públicos le acompañan y hacen

forma de tribunal, representando muy grande autoridad. Otro comisario hay también de la santa cruzada que es también un puesto de muy grande veneración, y el día que se publica y pasea la bula, acuden por obligación todos los vecinos y moradores del lugar a caballo, y después a la procesión todas las religiones, que son días de muy gran lucimiento y así el oficio es de mucha estima y de grande autoridad.

Concluyamos este capítulo con decir algo de los naturales que nacen en esta ciudad, pues son la principal parte de ella: son estos por lo general de buenos ingenios y habilidades, así que para las letras en que se señalan mucho los que se dan a ellas como para otros empleos. Son naturalmente más inclinados a la guerra que a otros, y así hay muy pocos que se apliquen a la mercancía, y los que no se dedicaron desde niños a los estudios, o aplicándolos sus padres a ellos, no se inclinaron y comenzaron con tibieza o desgana este ejercicio, fácilmente le dan de mano; y en sonando la caja o la trompeta, se inquietan de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados, porque les agrada más la libertad de la milicia que la sujeción y disciplina de las escuelas.

Son notablemente inclinados a andar a caballo y he visto muchas veces que para acallar a un niño que apenas comienza a andar, no hay medio como ponerlo sobre un caballo, y así salen famosos

jinetes y muy diestros, fuertes y sueltos en ambas sillas; y es común opinión y experiencia conocida que en la guerra vale más para la caballería uno de la tierra que cuatro que vengan de fuera: han probado bien esta verdad en el discurso de tantos años como ha que dura la de aquel reino, como se verá en los hechos particulares y hazañas que referirán las historias de Chile cuando salgan a luz, a que me remito.

Son naturalmente liberales, compasivos y amigos de hacer bien a todos, y los que le saben obligar honrándolos y tratándolos con la cortesía y respeto debido son dueños de sus voluntades, y los muchachos llevados por bien son muy dóciles y fáciles de persuadir; pero si quieren llevarlos por mal, muerden la manta y lo hacen peor, y así tenemos hecha experiencia en nuestros estudios y escuelas, que se obligan más a estudiar procurándolos llevar por motivos de honra y suavidad, que por vía de rigor y aspereza.

(Libro V, Cap. IV).

DE LA RIQUEZA, MILICIA, ESTUDIOS GENERALES Y AUMENTOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO

Es esta ciudad (a quien dió el rey título de la muy noble y leal) la cabeza del reino y una de las mejores de las Indias, excepto la de Los Reyes y Méjico, que son más ricas, de más suntuosos edificios y templos, de más jente y de mayor comercio, por ser más antiguas, más vecinas a España y más el pasaje de la gente que va de Europa; y sobre todo, libres de los tumultos de la guerra, que es la polilla que en pocos años suele deshacer ciudades muy grandes y aún reinos enteros; y no es poca prueba de la fuerza que tienen los que sustentándola se mantienen y conservan. Ciento y cuatro años ha que se fundó esta ciudad y otros tantos ha que tiene sobre sí la pesada carga de tan prolija y porfiada guerra como la que los indios han hecho y hacen a los españoles, como veremos adelante, acudiendo a ella con sus hacien-

das, con sus hijos y vecinos, sin que haya habido tiempo en que o no esté con las armas en la mano o socorriendo al real ejército con dineros, caballos, comida y gente; calamidad que fuera mucho haberla dado lugar a conservarse en aquellos primeros principios de su fundación, cuanto más haberse aumentado y puéstose en la altura que hoy está.

Ni es poca consideración la otra ocasión y comodidad que han tenido de crecer otras ciudades de las Indias, que por estar al pasaje de otras, se han avecindado en ellas muchos que por ventura llevaban la mira a otra parte o a lo menos iban indiferentes a lo que saliese más a propósito a su comodidad; lo cual pasa muy al contrario a la ciudad de Santiago, porque como aquel reino está tan remoto y apartado y viene a ser lo último de la América, ninguno va a él para pasar a otra parte, porque aquella del sur viene a ser el non plus ultra del mundo, y así no va allá nadie que no sea de industria e intento particular de algún interés propio que tenga allí, y de esta manera es fuerza que sean menos los que de Europa pasan ordinariamente a aquella tierra.

Pero ella es de tanto jugo y tan acomodada para pasar la vida, que sin embargo de estas dos circunstancias y sobrehuesos, que pudieran hacer tanta oposición a sus aumentos, ha crecido tanto que admira; y hay muy pocas ciudades en las Indias que la igualen en las galas y lustre de sus habi-

tantes, particularmente a las mujeres (plugiese a Dios no fuese tanto, que otro gallo les cantara, porque como todo esto va de Europa, vale allá carísimo y así causa esto grandes empeños). Quien viere la plaza de Santiago y viere la de Madrid no hará diferencia en cuanto a ésto de la una a la otra, porque no salen más de corte los ciudadanos, mercaderes y caballeros a ésta que aquella; y si hablamos del aseo y riqueza de las mujeres, en sus adornos y vestidos, aun es mucho más y más universal, porque como las españolas no sirven allá de ordinario, todas quieren ser señoras y parecerlo, según su posible y la competencia de unas con otras sobre aventajarse en galas, joyas, perlas y preseas para su adorno y libreas de sus criadas (que suelen ser muchas las que llevan detrás de sí) es tal, que por ricos que sean los maridos, han menester todo lo que tienen, particularmente si es gente noble, para poder satisfacer a la obligación y decencia de su estado, según está ya recebido.

En cuanto a la milicia de esta ciudad hay en ella, fuera de la compañía de los vecinos encomenderos y capitanes reformados (que es la más principal y no tiene otro capitán que el mesmo gobernador o su teniente general) otras del número, dos o tres de a caballo, y otras tres o cuatro de infantería española; estos salen frecuentemente por sus turnos los días de fiesta a ejercitarse en el uso de las armas, marchando por la

ciudad y algunas veces entre año hay suizas y alardes generales en que salen todas y va pasando muestra cada compañía, registrando cada cual sus armas delante de los oidores y oficiales reales, que los van escribiendo en los libros para saber qué gente y armas hay para la ocasión que se puede ofrecer y multar a los que faltan o no tienen sus armas y caballos con el aseo y curiosidad propias de su profesión. Con esta prevención y diligencia está la gente ejercitada y se halla bien disciplinada para la ocasión, y de camino sirve este ejercicio de una honesta recreación y entretenimiento y no da poco lustre a la ciudad, porque en algunas fiestas y procesiones suelen salir una o dos compañías de guarda, poniéndose a la hila por donde pasan para hacerles la salva con la mosquetería que disparan y la Semana Santa sale siempre una compañía de caballos y otra de infantería a coger las bocas de las calles por donde pasan las procesiones de sangre y de la pasión para mayor quietud y seguro de los disciplinantes y cofrades, porque en estos tiempos de la Semana Santa se solían temer algunos alborotos de los indios contra los españoles, por andar éstos aquellos días ocupados en los oficios de devoción, y así para que pudiesen acudir con más seguridad y quietud a ellos, se entabló esta costumbre que dura hasta ahora.

Los días más célebres en que luce más esta milicia son los de los recebimientos de los señores

obispos y gobernadores, porque las compañías de los soldados ocupan muy grande espacio y llegando a la plaza forman su escuadrón, donde suele ser el concurso tan grande que con ser las calles bien anchas y la plaza muy capaz, no cabe la gente en ella; y ya hemos tocado este punto, no dejemos de decir lo que en esta parte es de grande admiración en esta ciudad (y lo mesmo debe ser en otras de las Indias) y es ver lo que ha crecido y aumentádose de españoles de cuarenta años a esta parte, sin embargo de la perpetua saca que hay para la guerra, donde se consumen y perecen muchos de los que van y vuelven muy pocos. Acuérdome haber oído contar de aquellos tiempos que asomándose a nuestra portería uno de los nuestros que acababa de llegar de Europa, viendo andar tan poca gente por la calle y plaza, dijo aquellas palabras del poeta: aparent rari nantes in gurgite vasto, conque declaró bien la improporción de la gente con el sitio por donde andaba: pero hoy se ve esta calle tan frecuentada de gente que a cualquiera hora del día y aún a muchas de la noche, se halla siempre mucha, porque se han fabricado tiendas de mercaderes de la una y otra banda de la calle, por haber crecido el comercio, y lo mesmo es en otras de oficiales y diversas suertes de moradores.

A menos diferencia de tiempo puedo yo decir la que reconocí en el aumento de esta ciudad, así

en gente como en templos, edificios y lustre de todo esto; porque habiendo faltado cerca de ocho años de este reino, confieso que cuando volví a él, no conocí este lugar, según lo hallé aumentado en todo, porque muchos solares donde no había ni una casa los hallé edificados, y los que lo estaban, mejorados en altos y más cuartos y vivienda, con que los patios que solían ser muy grandes los hallé ya más estrechos, porque al paso que se ha ido multiplicando la gente ha sido necesario estrechar los sitios, y no bastando esto, hallé que la ciudad se había extendido, de manera que estando plantada a la falda del cerro que dijimos, a la parte occidental dél; le hallé ya todo rodeado de casas y con buen fondo de edificios hacia la parte oriental, y lo mesmo proporcionalmente por los otros lados, y por la banda del río y de la Cañada se va extendiendo cada día más y más.

Debía de haber cuando hice la ausencia que digo hasta doce tiendas de mercaderes; y haciendo reflexión sobre las que hallé cuando volví eran ya más de cincuenta, y lo mesmo proporcionalmente en cuanto a las oficinas y tiendas de zapateros, sastres, plateros, carpinteros, herreros y otras artes, y no sólo han crecido éstas en el número sino en la cualidad, porque se hace hoy todo más curioso y perfecto que antiguamente, porque como se han aumentado los maestros y oficiales ha crecido la emulación, y así se hacen ya hechuras muy

curiosas y de mucho valor de oro, plata y madera, dorados y pinturas, que juntamente con las que cada día entran de fuera se han adornado las iglesias y casas de manera que hay hoy en algunas tanto como había antiguamente en toda la ciudad.

Algunos se lamentan de que no hay ya hombres tan ricos y poderosos como había al principio, y en parte es verdad, pero la conclusión de esto no es que la tierra haya ido a menos, antes es argumento de lo mucho que va creciendo, porque las tierras y posesiones que están hoy repartidas en diez familias eran antiguamente de uno, con cuya muerte se fueron dividiendo conforme al número de los herederos que han ido sucediendo, y así aquella hacienda que tenía antiguamente uno solo y le hacía poderoso y rico, le hiciera hoy cuatro tantos más si volviera todo al tronco porque cuando algunos de los que han heredado no hayan sido para tanto como sus antepasados, otros lo han sido y aun para más, de manera que tal vez hay alguno que ha salido de tan buen talento que absolutamente llega a tener más hacienda que ninguno de sus ascendientes y por lo menos es cierto que la de todos los herederos juntos es más sin comparación que fué en su origen y principio; de donde se vé que dado caso que hubiese antiguamente uno u otro más rico, no lo era la tierra tanto como es ahora, y esto es manifiesto a quien considera los edificios, posesio-

nes y heredades que se han aumentado, que es de manera que podemos decir que ya no cabe la gente donde antes no se hallaba para ocupar tanto espacio como había, así en el sitio de la ciudad como en los campos vecinos y aun también en los más apartados y remotos; los cuales se pudieran comprar, como dicen, a huevo, en aquellos tiempos y en los presentes han subido tanto de precio que una estancia por moderada que sea, no se hallará sino a millares de dineros, y es tanta la hambre y codicia que hay de tierras que casi no hay otros pleitos en la Real Audiencia sino sobre los derechos y posesiones de ellas, porque con tomarla los antiguos de un rincón de un valle, de que tenían título, les parecía que era todo suyo, y como los que llegaron después procuraron también acomodarse, buscaron nuevos títulos y tomaron nuevas posesiones, que han sido la causa de tantos pleitos.

No hay Universidad formada en esta ciudad, porque la del Perú servía para irse a graduar a ella de todas las demás partes y reinos comarcanos: pero viendo cuánto iban éstos creciendo y que no bastaba ya la Universidad de Lima para honrar a tantos y tan grandes sujetos como iban saliendo cada día en otras partes y la incomodidad que se les seguía de hacer caminos tan largos, que eran de a trescientas a quinientas leguas, se alalcanzaron bulas del Sumo Pontíficce en favor de las dos esclarecidas religiones de Santo Domin-

go y nuestra Compañía de Jesús para dar los grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor en artes y teología en los reinos de Chile, de Granada, Quito, Chuquisaca, Tucumán y Paraguay. Y ha mostrado bien el efecto cuán importante ha sido esta gracia y privilegio, porque con el estímulo de la honra, se han aplicado más en todas partes al estudio: con que los sacerdotes y curas son ya doctos y acuden mejor al empleo de las almas, y los que se hacen religiosos entran más aptos para servir y honrar a sus religiones, y los que en ellas habían estudiado han alcanzado con el grado el premio digno de sus letras; y no ayuda poco para su mayor estimación el aparato y solemnidad con que se dan los grados en todas partes, y aunque no he visto darlos en Santa Fe de Bogotá, en Quito y Chuquisaca, supongo de gran lustre de estas muy nobles ciudades que se hará con el aparato proporcionado a su grandeza, como lo cuentan los que lo han visto. En Córdoba de Tucumán ví que se hacía con toda la posible, y en cuanto al rigor de los exámenes y pruebas para obtener el grado, en ninguna parte más exactas ni con más rigor, por estar aquellos estudios muy bien entablados; hablando de nuestro Santiago, no pienso que queda en nada inferior a otras partes en todas las ceremonias y solemnidades que se usan en las más floridas y lustrosas Universidades, porque, lo primero, se hacen los actos públicos y

las lecciones de hora con grande concurso, solemnidad y aparato, acudiendo, fuera de las religiones, de lo mejor de la ciudad y talvez el señor Obispo, o el presidente, a la Real Audiencia, o los cabildos eclesiástico o secular, a quien se dedican. Los puntos para la lección de hora dentro de las veinte y cuatro que dispone la constitución, se dan con grande fidelidad, abriendo el texto por tres partes como se acostumbra públicamente en presencia de un gran concurso; ni es dispensable por ninguno el rigor de la ley, así en esto como en todos los demás actos, exámenes y pruebas que preceden para dar al graduado el grado que pretende: el cual se le dá el señor Obispo, en virtud de la aprobación que lleva del padre rector y maestros, conforme a la bula, según la cual no hay obligación de dar propinas; pero para que acudan los doctores con más gusto y la cosa se haga con más solemnidad, se han entablado algunas moderadas, fuera de los guantes en lugar de la colación que se daba, aunque algunos dan lo uno y lo otro para hacer más ostentación. Lo más que hay de ver en estos grados es el aparato, concurso y solemnidad con que se dan, porque, fuera del acompañamiento ordinario de los doctores y maestros con sus capirotes y borlas y todo lo demás que se usa en las Universidades, está ya recebido convidar a la caballería de la ciudad, la cual como es tan lucida y numerosa, hace más lustroso y tanto más

crecido el acompañamiento, que dudo se le aventaje en esto ningún otro, y habrá pocos que se le igualen porque como es allí tan fácil el sustentar caballerizas de caballos de rua, salen todos con mucho gusto por ser naturalmente honradores, particularmente de los que se aplican al ejercicio de la virtud y letras.

(Libro V, Cap. V).

EN QUE SE TRATA DE LAS PROCESIONES DE LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE SANTIAGO

CONCLUYAMOS esta materia de piedad y devoción cristiana con decir algo de lo más insigne de la ciudad en este género, y es la grandeza con que celebra las procesiones de la Semana Santa, en lo cual verdaderamente se excede a sí mesma y cuantos van de fuera quedan admirados diciendo que nunca tal creyeran si no lo vieran. Comienzan estas procesiones el Martes Santo, y da principio la cofradía de los morenos, que está fundada en el Colegio de nuestra Compañía (de que hablaremos cuando lleguemos a tratar de sus ministerios, como también de la que hace la cofradía de los indios, la mañana de la Resurrección). Síguese a esta procesión la que sale del insigne convento de San Agustín, en que está fundada la cofradía de los mulatos. Van todos con sus túnicas negras y sacan muchos y muy devotos pasos de la pasión, acompañados con mucha cera, y la música es de las mejores del lugar. El miércoles sale la proce-

sión de la famosa cofradía de los Nazarenos, que se compone de españoles, maestros y oficiales de varias artes, y está fundada en el real convento de Nuestra Señora de la Merced, y es de las más ricas y más bien servidas que hay. Sale esta procesión, o por mejor decir, tres procesiones (porque cada uno de los tres trozos en que se divide pudiera por sí sólo hacer una muy buena y bien cumplida, como en efecto lo es) llevando la primera la Verónica a la Catedral, donde espera para salir de allí al encuentro a la otra en que viene el Redentor de la vida con la cruz a cuestas, arrodillado con su peso.

Cuando esta segunda, que es la mayor llega a la plaza, sale la que estaba esperando en la Catedral al encuentro, y a cierta distancia, a vista de innumerable pueblo, llega la Verónica e hincando la rodilla a la imágen de Cristo (que es insigne) hace la representación de limpiarle el rostro y mostrar al pueblo la imagen que en él quedó estampada; y comenzando a marchar aparece la tercera procesión, en que viene San Juan mostrando a la Virgen Santísima aquel doloroso espectáculo, con que se viene a formar una procesión muy grande, con muchas hachas que llevan los cofrades, vestidos todos con sus túnicas coloradas, con gran silencio y devoción. No es menor la que causa otra representación que así en este convento como en el de San Francisco se hace del despedimiento de

Cristo y su Madre, que suele causar gran emoción y lágrimas por la propiedad y perfección con que se representa. El Jueves Santo se hacen muy curiosos monumentos y se dan muchas limosnas; y aunque a las procesiones antecedentes y en los viernes y otros días de la cuaresma suele haber algunos diciplinantes, y se ven varias suertes de penitencias que cada uno hace conforme a su devoción; pero las procesiones que por antonomasia se llaman de sangre, son las de esta noche; sale la una de la capilla de la Vera-Cruz, que está en el Convento de Nuestra Señora de la Merced y es sólo de los vecinos encomenderos y de los caballeros, que van todos vestidos de túnicas negras, y el que saca el Cristo tiene obligación, fuera de la colación que envía al predicador y cantores (que suele ser muy grande y de mucho gasto) de preveer quien vaya discurriendo por todas las procesiones, para socorrer a los penitentes que se desangran y suelen desmayarse, con algún refresco, y otros tienen cuidado de ir cortando de las disciplinas algunas rosetas, porque suelen poner tantas, que se matan, y algunos he visto que, llevados de su indiscreto fervor, usan de unos botones o abrojos sueltos, tan ásperos y agudos, que se abren las carnes, y si no hubiera providencia de irles a la mano, dudo que pudiesen algunos acabar la procesión. Delante de ésta van también otras dos, asimismo de sangre, una que sale de San Francisco y es de

indios, y la más numerosa de disciplinantes de todas las demás. La otra sale de Santo Domingo, y es de morenos, y la una y la otra llevan sus insignias muy devotas y todas con muy buena música, grande orden y concierto, y son tan largas que gastan muchísimo tiempo en pasar por las iglesias, donde salen las comunidades con luces en las manos y con la música de sus casas a recibirlas, y fuera de la gente que va en ellas, es innumerable la que las acompaña y está repartida por los templos y calles.

El Viernes Santo salen otras dos procesiones de los dos conventos de Santo Domingo y San Francisco, y son entrambas de españoles. La de Santo Domingo se intitula de la Piedad, y há poco que se entabló, pero ha sido tan grande en sus principios que empareja con otras más antiguas; sacan en ésta las insignias de la Pasión, tantos ángeles cuantos son ellas, aderezados todos con grande riqueza y perfección, y alumbran a cada uno dos de los cofrades con sus cirios y túnicas moradas. La otra procesión, que es de la Soledad y sale de San Francisco, es de las más antiguas y absolutamente ha sido siempre la mejor; alábase en ésta, sobre todo el gran silencio, concierto y devoción con que todos van, sin que se sienta ni una palabra desde que sale hasta que vuelve a su casa. Antes de salir se hace el descendimiento de la Cruz delante de un innumerable pueblo que concurre

a la iglesia, bien capaz, y con todo esto no cabe la gente de pies; ha sido siempre ésta una acción de grande ternura y devoción, por el gran silencio y atención con que está el pueblo a esta representación, sin que se oiga otra cosa que los golpes del martillo que dan los que la hacen, y los de los pechos con que la acompañan los fieles.

Van saliendo por su orden las insignias, y cuando vuelve la procesión se hace en la Cañada otra representación de gran ternura, para la cual se vé allí enarbolada una cruz muy alta y en emparejando la imagen de la Virgen con ella, levanta los ojos y como quien echa menos el sumo bien que de ella pendía, desenvolviendo un delicado lienzo que lleva en las manos, le aplica al rostro, como quien llora, y luego abriendo los brazos los enlaza en la cruz y arrodillándose a su pié, la besa una y otra vez y vuelve a abrazarla y hacer otras demostraciones de dolor y sentimiento, y todo esto con tan gran primor y destreza que parece una persona viva, y como acompaña a esta acción la música que se canta a propósito del misterio, no es decible la emoción que causa en los fieles, que no caben, y unos encima de otros están a ver este paso.

El sábado después de la medianoche y la mañana de Pascua se hacen otras cuatro procesiones: la principal sale de Santo Domingo y es de los caballeros y encomenderos, los cuales se visten pa-

ra ella de unas túnicas blancas de tela rica de plata o de raso o de otro género de seda ricamente aderezada y para este día se ponen todas las cadenas y joyas más preciosas y los aderezos y galas más lucidos. Hácese el paso de la Resurrección de noche en el claustro, y para esto se encienden en todo él tantas luces que parece casi de día; sale la procesión muy solemne y lucida, hay en ella muchos fuegos, música, danzas y otras alegrías; las calles todas por donde pasa están con arcos triunfales y colgaduras, y mientras ésta se detiene en la Catedral en celebrar la misa y comuniones de los cofrades, que se hace con gran solemnidad; llega a la plaza para encontrarse con esta procesión; otra que sale de la Compañía de Jesús, la cual es de la cofradía de los indios, que es la más antigua de aquel lugar, y sale muy lucida, con muchísimas hachas de cera blanca con que van alumbrando los indios e indias al Niño Jesús, vestido a su usanza (que causa gran ternura y devoción), y otras insignias, andas y variedad de pendones, todo muy rica y curiosamente aderezado. Al mesmo tiempo salen otras dos procesiones asímismo de indios, de los conventos de San Francisco y de Nuestra Señora de la Merced, y otra de morenos del convento de Santo Domingo y todas con muy grande aparato de luces, insignias, pendones, danzas, música, cajas y clarines, que hacen aquella mañana muy alegre y para que lo sea al Resucitado,

volviendo cada procesión a su casa, asisten a las misas cantadas y sermones y comulgan todos los cofrades y cofradas llevando en las manos sus hachas encendidas, y con esto dan a Su Divina Majestad las buenas pascuas y juntamente a todo el cielo, a quienes no puede la tierra dárselas más alegres que con las conversión y penitencia de los pecadores y más de estos nuevos cristianos cuyos ascendientes adoraban ayer sus ídolos y hoy se ven doblando la rodilla y reconociendo al verdadero Dios, y aún sentados con El a su mesa, hechos grandes de su corte los que poco antes eran esclavos del demonio.

(Libro V, Cap. VII).

MATAN AL GOBERNADOR PEDRO DE VALDIVIA CON TODA SU GENTE; CUENTASE EL AFAMADO HECHO DE LAUTARO, SU CRIADO, QUE FUE LA PRINCIPAL CAUSA DE ESTE SUCESO

ERA ya cumplido el plazo de la vida de este gran capitán, digno por sus hazañas de eternizarla: llamábale la muerte por la posta, y así ayudó todo a este fin; su apresuración, el instante remedio que pedía el mal comenzado para atajarle, antes que fuese mayor, y el haber tardado el socorro que de los demás presidios esperaba. Salió en fin a Tucapel, y el corazón que es leal, le daba golpes dentro del pecho, como quien previene y avisa del mal que le aguardaba; envió por delante corredores para explorar la tierra, y que volviesen con el aviso de lo que pasaba en ella, y ninguno volvía; dábale ésto mala espina; pero ya empeñado parece que era forzoso seguir la empresa. Apenas había corrido dos leguas, cuando vió colgadas de un árbol las dos cabezas de sus

exploradores: esto aumentó el temor y sobresalto, y consultando el caso, porque ya parecía temeridad pasar adelante, pareció a la juventud menoscabo de su reputación volver las espaldas al peligro, sin embargo de haber venido un indio y rogádole que no pasase adelante, porque le esperaba en Tucapel Caupolicán con veinte mil indios, y que el peligro a que se exponía él y todo el campo era manifiesto. Prosiguió, sin embargo, su camino y llegó a dar vista al enemigo. Comenzaron la batalla, que fué muy reñida de la una y otra parte, y en mucho tiempo que duró no se reconocía ventaja, porque los valerosos hechos de la una y otra parte tenían como pendiente y suspensa la victoria, sin mostrarse por ninguna de las dos.

Pero después de mucho rato comenzaron a prevalecer los españoles y a oirse de su parte, viva, viva España, con que cobrando nuevos alientos, dicen que llevaban ya de vencida a los indios, que daban muestra de retirarse, cuando, como añade Ercilla, el famoso Lautaro, que era un indio que servía de paje al gobernador Valdivia, prevaleciendo más en su pecho el amor de la patria y de su propia libertad que la fidelidad a su amo, se pone de la parte de los indios y les habla de esta manera: "¿Qué es esto valerosos araucanos, las espaldas volvéis cuando se trata de la libertad de la patria, de vuestros hijos y descendientes? O recobrarla, o perder en su demanda la vida es lo que

conviene, que menos mal es morir que vivir sujetos. ¿La fama en tantos siglos adquirida, queréis manchar y escurecer en una hora? Acordaos que sois hijos de quien os la ganó, haciendo rostro al enemigo, no huyendo dél, y por conservarla, no dudaron perder hacienda y vida. ¿Qué mayor mal que el de la servidumbre, y qué cosa tan violenta y pesada como el yugo de la sujeción? ¿No es peor ver vuestras mujeres y vuestros hijos en poder ajeno, siendo libres? Sacudid el temor, ánimo caballeros, y morir o vivir con libertad" Dijo estas y otras razones con tan gran viveza que trocó los corazones de todos y los hizo despreciar la muerte y volver con más furia contra los que se tenían ya por vencedores, y para moverlos más con su ejemplo se puso de su parte blandiendo una lanza contra el gobernador su amo, que admirado del caso le dijo, traidor, ¿qué haces? a quién respondió con uno y otro bote, dando ánimo a su gente, con que se comenzó de nuevo a encender el fuego resueltos todos con el ejemplo y razonamiento de Lautaro a vencer o morir. Discanta sobre este hecho el famoso Ercilla de esta manera:

¿De quién prueba se oyó tan espantosa
Ni en antigua escritura se ha leído
Que estando de la parte victoriosa
Se pasa a la contraria del vencido?

Y que sólo valor, y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatar por fuerza a los cristianos
Una tan gran victoria de las manos?
No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio Scevola y Leonidas
Dieron muestras de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras más reñidas,
Alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marello, Fulvio Cincinato
Marco, Sergio, Philon, Seva y Dentato.
Decidme estos famosos qué hicieron
Que al hecho de este bárbaro igual fuese?
Qué empresa y qué batalla acometieron
Que a lo menos en duda no estuviese?
A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no les moviese
Y de intereses grandes insistidos
Que a los tímidos hacen atrevidos?
Este, el decreto y la fatal sentencia
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo a nueva diferencia,
Y al fin bastó a que fuese revocada:
Hizo a fortuna y hados resistencia
Forzó su voluntad determinada
Y contrastó el furor del victorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Así fué, porque cobrando aliento el campo araucano, revolvió sobre el español con tan gran furia, despreciando el peligro de la muerte por la victoria, que parece que la emulación y porfía de unos y otros no era sobre otra cosa que sobre arriesgarse más y entrarse con más osadía por las picas y lanzas del contrario; derramábase sangre de la una y otra parte sin medida, morían muchos españoles e indios, daba calor a éstos Lautaro, sin ninguna intermisión, y Valdivia socorría ya a éstos, ya a esotros, animoso y alentado en el mayor peligro, sin desmayar un punto, aunque veía que caían tantos y aun de los mejores de su campo. Los indios enemigos parece que venían de refresco, según el ánimo que mostraban y los aceros con que peleaban, embistiendo como leones fieros cada vez más orgullosos con la victoria, que muy aprisa se mostraba por ellos, por la mucha gente que iba faltando de los españoles; hasta que últimamente hallándose ya el gobernador Valdivia casi solo y del todo vencido, trató de reparar lo principal, y así se retiró con su capellán para confesarse y ajustarse con el común acreedor de nuestras culpas, haciendo la final penitencia de ellas. Poco tiempo le dieron para ésto porque siguiéndole un gran turbión de gente, lloviendo sobre él dardos y flechas, le dieron alcance y al capellán la muerte, y reservando la vida a Val-

divia, aunque mal herido, se le trujeron al jeneral por último complemento de la victoria.

Pareció éste hasta entonces invicto capitán, en presencia del gran Caupolicán, atadas las manos por detrás, como cautivo corriendo por su venerable rostro, no lágrimas (que aunque tan debidas a tanta desdicha las enfrenaba y detenía el valor de su constancia) pero sangre que derramaba por las heridas: pidió la vida en merced el que poco antes estaba para poderla hacer de las de sus contrarios, que se le daban ya por vencidos, volvía los ojos a su Lautaro, hablándole más con ellos que pudiera con muchas palabras, pidiéndole que le valiese como intercesor el que poco antes le obedecía como a señor; y por cuya causa se veía de un estremo a otro tan opuesto, derribado a lo más bajo, que jamás temió el que se juzgaba tan encumbrado, que a pocos pasos esperaba ponerse de pies sobre la rueda de su fortuna; pero como esta es tan voluble y baja con más velocidad que sube, en un instante le cogió debajo, cuando se imaginaba más cerca de su cumbre. Daba la palabra el rendido cautivo a Caupolicán, si le daba la vida, de dejarle libre y desembarazada la tierra, sacando de ella toda su gente: hacía de esto uno y otro juramento; y persuadíalo con tanta elocuencia y afecto, que como Caupolicán era no menos noble de corazón que valeroso, se movía ya a compasión y otros con él; pero la mayor parte daba voces, di-

ciendo que era desatino dar fe a las palabras de un cautivo, que mientras lo era, le forzaba la necesidad de mostrarse humilde y rendido y que en viéndose suyo, haría lo que le estuviese más a cuento: volvían éstos por Valdivia, aquellos le condenaban, unos le defendían movidos de compasión, y otros ardiendo en cólera, decían, muera, muera el que ha sido el ultraje del nombre araucano y pernicioso cuchillo de esta tierra.

No hay duda que Lautaro fomentaría la parte de los que movía la piedad, pues si tomó las armas contra su amo, no fué por aborrecimiento que le tuviese, sino porque la mayor fuerza del amor a los suyos y de su libertad, prevaleció contra el buen afecto y gratitud que debía a su antiguo señor, por el amor de padre que le tenía y buen tratamiento que siempre le había hecho; pero ni esto ni el ver inclinado a Caupolicán a la clemencia, fué poderoso a acallar el vulgo y si hubieron de dar la sentencia de muerte y ejecutarla luego allí a sangre caliente; aunque en el modo de dársela hallo diferencia en los autores, porque, dicen unos, que le echaron oro derretido por la boca, diciéndole que hartase de una vez su codicia con el oro que con tantas ansias había buscado. Otros dicen que uno de aquellos caciques o capitanes, impaciente de que se pusiese en cuestión y duda su muerte, que juzgaba él tan indubitable, le dió con una maza en la cabeza, de lo cual mostró gran sentimiento

Caupolicán, por el desacato de haberlo hecho en su presencia; remítome a los que escribirán con más comodidad de averiguarlo: lo que yo hallo probable, por ser muy conforme a la costumbre de los indios, es que hicieron trompetas de las canillas de sus piernas y que guardaron la cabeza para testimonio de tan insigne victoria y para animar con su memoria a la juventud y descendencia a emprender semejantes hazañas y mostrarse tan valerosos en ellas, como ellos lo habían sido en éstas, y así lo he oído contar.

De toda la gente que llevaba el ejército español, dicen que no escaparon sino solamente dos indios amigos, que valiéndose de la oscuridad de la noche, pudieron esconderse en un jaral, de donde escabullendo como pudieron, llegaron a Concepción a dar la triste nueva de tan fatal suceso, con el cual se llenó toda la ciudad de una mortal confusión y llanto, llorando las mujeres a sus maridos, las madres a sus hijos, y los que quedaban huérfanos y desamparados por la falta de sus padres y parientes, y todos finalmente la común pérdida, de que no había ninguno que no fuese muy particularmente interesado.

(Libro V; Cap. XVIII).

CONVERSION Y MUERTE DE CAUPOLICAN

EL que despacio y atento se pone a considerar los varios efectos de la divina predestinación y los diversos caminos por donde trae Dios a sus predestinados hasta ponerlos en la segura posesión del sumo bien, hallará sin duda entre motivos de alabanza de aquel Señor, que es admirable en sus santos y escogidos, otros de temor y desconfianza de sí mismo, viendo a unos arrebatarlos su infeliz suerte de los brazos y cariñoso regazo de la Iglesia y entregarlos a los sangrientos lobos de la impiedad y carnicería del infierno, cuando al contrario libra la poderosa y divina mano de sus gargantas a otros que agonizaban ya entre sus dientes para ser tragados y sepultados en él; nacen aquéllos y se crían a la luz y calor de la gracia y mueren en la sombra

fría y tenebrosa noche de la culpa, cuando a éstos amanece el sol de justicia al último aliento de su vida, habiéndola pasado toda en las tinieblas de sus errores y gentilismo. Son excluídos de la gloria como extraños, los que tuvieron derecho a ella como hijos por la divina gracia en que algún tiempo vivieron, y en un punto se hallan herederos del cielo y entrar en su posesión los que en toda su primera vida no dieron un paso por alcanzarlo. Terrible dolor, desdicha sin consuelo, que un bárbaro gentil pise las estrellas, no habiendo puesto sus pies en la Iglesia ni asomado jamás a sus umbrales hasta la última línea de su malograda vida y que un cristiano, criado dentro de sus puertas, en el camarín de sus hijos, príncipe jurado por la gracia para la herencia del reino de la gloria se condene? Muchos casos se ven en las historias, que dan suficiente fundamento a esta admiración; y no le da menos el famoso caudillo y general del araucano ejército, Caupolicán, varón verdaderamente grande y de tanta estimación entre los indios, que en la junta de dieciséis caciques, soberanos señores, que concurrieron para levantar cabeza del ejército que se hacía contra el español, fué electo por su caudillo, sujetándosele todos los demás. Este fué el que con el ardid de los ochenta soldados ganó el castillo de Arauco y venció al español en la sangrienta batalla que tuvo con él fuera de sus murallas. Este, el que es-

perando en campaña rasa al Gobernador Pedro de Valdivia con su ejército, no sólo le desbarató; pero le dió una derrota que no quedó español vivo, habiendo peleado como unos Héctores y hecho en esta batalla hazañosos prodigios. Este, el que desmanteló a Purén e hizo el famoso saco en la ciudad de Penco, no dejándola piedra sobre piedra, habiendo antes, con sola la fama y nueva de su venida, obligado a los españoles que desamparasen la ciudad y se la dejasen libre, a su disposición. Este, el que tantas veces se opuso al español, tantas le acometió y presentó batallas en que salió vencedor y triunfante, o por lo menos dió muestras de su valentía y gran valor, sin volver jamás el pié atrás por cobardía, valiéndose de su militar prudencia para disponer como capitán su ejército, y meneando las manos en la ocasión con no menos aliento y osadía que el más arriscado soldado de los suyos. Este (¡oh voluble rueda de la fortuna!), a sus competidores invencible, no pudo serlo al traidor que lo vendió a los españoles, y aunque tan soberbio y altivo en su prosperidad que se las juraba al mismo cielo, pareciéndole inferior al suyo todo el poder de la tierra; ahora cautivo y rendido a los pies del español, su competidor, si bien grave y severo sin perder, aunque prisionero, de su autoridad, en su semblante le pide la vida, prometiendo en recompensa la sujeción del estado todo

a entrambas Majestades de Dios y del Rey, y que haría que recibiesen todos la fe de Cristo. Mira, dijo, hablando con el capitán Reinoso, que lo puedo hacer, pues sabes la sujeción, respeto y reverencia que todos me tienen, y de no hacerlo así, no remedias nada, porque por una cabeza que me quites nacerán tantos Caupolicanes en su venganza, que no haga falta el que tienes a tu disposición rendido; no me des libertad, quedaré prisionero en rehenes de mi fe y de mi promesa, la vida te pido; no puedo ofrecer nada equivalente a su retorno; más te pido que lo que puedo darte; pero más te importa darme lo que te pido que negármelo; mi negocio lo hago rogándote por mi vida; pero, mira, que hago juntamente el de tu Dios y tu Rey; desde hoy quiero ser suyo, no niegues a sus coronas tantos vasallos cuantos sabes sujetarán su cuello a su cetro, si ven rendido el mío y sujeto a su poder, como prometo. No valieron a Caupolicán estas y otras muchas razones con que pretendió evitar su muerte; dánle sentencia pública de que muera empalado y azaeteado para escarmiento del enemigo; aunque no sirvió sino de encender más el fuego y enconar la llaga, como lo mostró después el tiempo y los efectos que se han experimentado. Lléganle a notificar la dura sentencia que le han dado, óyela sin turbación, sin mostrar diferencia ni alteración en el semblante; tratan luego de

ejecutarla, y el cielo (¡oh poder y clemencia del Crucificado!), de aparejar las fiestas por la conversión y penitencia de este sanguinolento pecador; raya el sol de justicia en su entendimiento, y despidiendo la tenebrosa noche de la infidelidad y derritiendo el hielo frío de su obstinación, le resuelve en ternuras y amorosos afectos, con que comienza a pedir con grandes ansias el bautismo; acuden luego los sacerdotes, catequízanlo e instrúyenlo en las cosas necesarias de nuestra fe, según el tiempo dió lugar, y hallándole suficientemente dispuesto con el arrepentimiento de sus pecados y conversión a su Criador tan tarde conocido y tan felizmente hallado, recibió la santa ablución y el carácter de cristiano, y tras él la ejecución de la sentencia, a que salió con gran denuedo, sin que le hiciesen embarazo las prisiones, dejando a unos lastimados con su muerte y a otros envidiosos de la dicha que tuvo en aquel último trance de verse lavado con la sangre del Cordero, el que había derramado tanta de los cristianos, dejándonos tan grandes esperanzas de su predestinación como motivos de alabar la clemencia de aquel Señor que tan barato dá y de balde lo que tanto le costó.

(Libro V, Cap. XXIII).

MATAN LOS INDIOS AL GOBERNADOR OÑEZ Y LOYOLA Y REBELANSE DE NUEVO CONTRA LOS ESPAÑOLES

BIEN pintan en figura de rueda a la fortuna, y rueda a quien no supo clavar ni tener fija la mayor dicha. Cuán grande fué la que tuvo el Gobernador don Martín García Oñez y Loyola a los principios de su Gobierno; con cuán buen pié comenzó; qué buenos medios puso para mejorarle y qué bien que le salieron; en cuán buen estado llegó a poner todo el reino; con cuánta felicidad lo gobernó; con cuánta satisfacción de los soldados y cuán al sabor de los indios, obligándolos a casi todos a rendirse a Dios y al Rey, viviendo en paz, apartados ya y retirados del bullicio de las armas; cuán amado y respetado fué de todos y cuán grandes esperanzas llevaba y cuán bien fundadas de pacificar y conquistar del todo lo restante del reino, si su buena suerte hubiera corrido más adelante y no se hubiera al me-

jor tiempo cansado la fortuna de asistirle, y, sobre todo, si la ira de Dios no viera ya llenas las medidas de los pecados de aquellos pueblos, que aunque no eran de otro linaje ni mayores, sino quizá mucho menores que los que se han cometido y cometen en otras partes donde se salen con todo, sin que sientan sobre sí tan pesada la mano de Dios, como la experimentaron estas ciudades. Lo dispuso así su Divina Majestad para poner terror en aquella nueva tierra y dar enseñanza a los fundadores de aquel reino, para que en lo de adelante quedasen mejor instruidos para conservarle y gobernarle con mayores aciertos, como lo han hecho después en todo y muy en particular en el buen tratamiento de los indios. Pero comencemos ya a referir el principio de esta lastimosa tragedia.

Habiendo salido el Gobernador a socorrer el Fuerte de Purén y resuelto allí de desampararle por la gran dificultad que había de conservarle, hizo que toda la gente que en él estaba se retirase a Angol, y él determinó de ir en persona a dar una vuelta a las otras ciudades para remediar en ellas algunos de los desconciertos que apuntamos en el capítulo pasado. Partió para esto, unos dicen con treinta, otros con cincuenta y cinco reformados, gente de la más valerosa que había en el tercio, y habiendo visitado primero los presidios de las fronteras de la guerra y proveídolos

de bastecimientos y los pertrechos necesarios para ella, salió de allí con doscientos soldados que le acompañaron hasta ponerle fuera de los términos de la guerra, en un hermoso valle, donde juzgándose seguro de los peligros que hasta allí se podían temer del enemigo, los despidió para que se volviesen a sus presidios, quedándose con los treinta o cincuenta y cinco capitanes y soldados que llevaba en su compañía. Los cuales hicieron alojamiento en este valle, armando sus tiendas para descansar y regalarse aquella noche y las venideras y desquitarse de las incomodidades y falta de sueño que habían tenido las pasadas en la visita de los presidios, porque los indios enemigos no ponían el pié en el suelo, andando en perpetua vela y siguiéndolos con tal continuación y porfía, que no les daban una hora de reposo para dormir ni comer, andando con extraña solicitud y vigilancia por hacer alguna buena suerte con ellos.

Pero, viendo los indios que allí no habían podido hacer nada, resolvió Pelantaro con consejo del viejo Pailamacho y de los demás purenes, de seguir al Gobernador con doscientos soldados escogidos, en secreto y sin ser sentidos, como lo hicieron; echáronles algunas espías que los llevasen siempre a la vista, habiendo primero ajustado con ellas las contraseñas que les habían de dar para hacer su hecho. De esta manera fueron las espías

siguiendo al Gobernador hasta este valle que llaman de Curalava, donde llegando esta noche que digo, y hallándolos tan seguros que se habían todos acostado de propósito, como si estuviesen en sus casas (porque verdaderamente se juzgaban tan seguros como si de hecho estuvieran en ellas), salieron fuera con gran silencio y comenzaron a graznir y bramar como aves nocturnas y otros animales (que era la contraseña que llevaban y la que acostumbran de ordinario), lo cual oyendo los que venían atrás llegaron al cuarto del alba, muy poco a poco, sin hacer ruido, para no ser sentidos.. ¡Oh pobres españoles! ¡Oh valerosos capitanes a quien no puede defender esta vez vuestro gran valor y valentía, que se ha hecho temer tanto del enemigo, que fué menester hallaros durmiendo para no ponerles grima y espanto y hacerlos retirar sola vuestra vista y aspecto! No se puede decir el ímpetu con que los indios embistieron y la presa con que repartidos por los toldos y pabellones comenzaron a dar en ellos: a unos cosían a lanzadas en sus mismas camas, estando durmiendo; otros al despertar con el ruido hallaban sobre su cabeza el duro golpe de la espada que les quitaba la vida; el que fué más presto en su defensa, se levantaba ya en camisa para tomar sus armas, cuando le atravesaban de parte a parte y dejaban tendido en el suelo ahogado en su misma sangre. Entre todos, el que más

quebró el corazón fué el gran Loyola, que después de tantas hazañas como las que había hecho en el Perú en la prisión y muerte del Inca, en que tuvo tan gran parte, y de las otras con que había asombrado a Chile, no pudiendo valer a los suyos esta vez ni valerse de ellos, estándose ya armado para salir a su defensa, llegó el enemigo que andaba solícito en su busca y lo traspasó de heridas y quitó la vida, como lo hizo también a todos los demás capitanes y soldados, sin perdonarla ni aún a tres religiosos de San Francisco, que eran el muy reverendo padre provincial fray Juan de Tobar, fray Miguel Rosillo, su secretario, y el compañero lego fray Melchor de Arteaga, que iba a visitar su provincia; a todos los mataron y cargando con los caballos, armas y despojos, se volvieron a su Purén cantando victoria, a celebrarla, como hemos visto otras veces, entre los suyos, con las fiestas y regocijos que acostumbran.

Este fué el trágico fin del gran Loyola, este el pago que el mundo dió a sus alientos; no pasó de aquí su fortuna; esta fué su triste suerte y la que dejó a Chile tan inconsolables y copiosas lágrimas que hasta hoy no puede enjugarlas. No mereció aquella tierra gozar más a la larga de un tan gran caballero y valeroso capitán general, que si viviera más tiempo, la hubiera sin duda prosperado con grandes aumentos de riqueza y opulencia de todas las cosas, como comenzaba ya



a mostrarlo la experiencia; pero no fué Dios servido de que se lograsen sus buenos intentos, permitiendo que se desbaratasen todos en una hora, juntamente con lo que tanto tiempo y sangre había costado.

(Libro VI; Cap. XIV).

DEL SUCESO DE LA ENTRADA DE LOS PADRES JESUITAS A ELICURA Y SU DICHOSO FIN

GRANDE debe de ser el interés de la gloria y gusto que Dios recibe de la propia perfección y méritos de sus siervos y varones apostólicos, pues con ser tan grande el que le da la conversión de los gentiles y salvación de las almas, vemos que muchas veces pospone el fruto general que se podía hacer en muchos pueblos y provincias al particular de un siervo suyo, a quien, o quita la vida o permite que le den la muerte o esté encerrado en la apretura de un calabozo, impedido con las cadenas y grillos, cuando pudiera libre y dándole Dios vida, hacer tanto fruto en la conversión del mundo. Muchos ejemplos tenemos de esto, y no es menos digno de ponderación el del Apóstol del Oriente, el gran Francisco Javier, a quien quitó Dios la vida en la isla de Sanción,

están ya a vista de aquel poderoso reino de la China, donde si hubiera entrado, ¿quién duda del gran fruto que hubiera hecho allí su santo celo y abrasado espíritu? Y todo lo pospuso su Divina Majestad al particular bien de su santo, por ser ya el tiempo que había determinado en su divina predestinación para darle en la gloria el premio que había merecido con sus gloriosísimos trabajo y santa vida. A este modo parece que lo dispuso el mismo Señor con estos dichosos siervos suyos, permitiendo que les quitasen las vidas, cuando si se las dejara lograr en servicio suyo en la conversión de aquel gentilísimo, hubieran hecho tan grande fruto con el gran fervor de su espíritu y encendido celo de las almas; pero, o porque las de aquellos gentiles no merecían tanto bien, o porque la sangre de estos apostólicos varones derramada por tan alto fin había de ser de más eficacia que su predicación para plantar la fe, permitió lo que ya contaré.

Luego que llegaron los padres a Elicura (que dista sola cinco leguas del sitio de donde partieron), viendo el buen agasajo que les hacían los indios y cuan gustosos se mostraban de la paz e inclinados a recibir la fe, comenzaron a predicarles e instruirles en la verdad de sus santos misterios, y para ir disponiendo para lo mesmo a los que estaban más lejos, enviaron a varias partes sus mensajeros prometiendo de ir a sus tierras a su tiem-

po, y con el deseo de empeñarse más en la espiritual conquista de aquellas almas y juntamente poder ayudar a los pobres cautivos españoles que estaban más adentro en tan extrema necesidad espiritual, como se ha visto, escribieron al padre Valdivia que les enviase licencia para pasar más adelante, porque conforme al orden que les había dado, no podían hacerlo sin nuevo aviso. Mientras se consideraba y consultaba este punto, sucedió que Anganamon, que estaba hecho un demonio contra los cristianos por no haberle vuelto sus mujeres, luego que supo la entrada de los Padres, se vistió de saña y furor contra ellos y determinó oponerse a sus intentos y no dejarles pasar adelante y estorbarles la predicación del Evangelio, que había de ser la que había de fijar y asegurar las paces que los cristianos pretendían y él tanto aborrecía por el odio que les tenía, y consiguientemente a su profesión, por haber sabido que no permitía se les restituyesen sus mujeres por el gran peligro que corrían de que las matase o hiciese prevaricar en la fe que habían recibido, por ser tan incompatible con sus ritos y costumbres gentílicas..

Partió luego al punto este tirano, y sin dar lugar a los caciques de Elicura a que se armasen, dió sobre ellos de repente una mañana, que los cogió descuidados, con el seguro que les había dado y muestras de querer la paz. Entró con dos-

cientos hombres de a caballo y acometió con tan gran ímpetu y fuerza, que dentro de muy poco tiempo quedaron muertos los más principales caciques con toda la demás gente que no pudo escaparse a los montes. Estaban los padres en esta ocasión para decir misa, habiendo primero tenido su hora de oración y armado su toldo y dispuesto en él el altar portátil y reconciliándose el uno al otro, y el hermano para comulgar; y saliendo al ruido que sintieron, se toparon con Anganamon que venía en su busca para quitarles las vidas, porque habían atrevídose a entrar en sus tierras a doctrinar a los indios. Pidió sus mujeres, y el padre Martín de Aranda, que era muy entendido y elocuente en la lengua de la tierra, le dió razón de no habérselas restituído porque por ser ya cristianas, era menester asentar primero con él el modo con que había de permitir viviesen en adelante, conforme a las obligaciones de su profesión, y que a esto habían entrado a su tierra para ajustar la forma que habían de tener en volver a su casa y vivir en ella, lo cual sería muy fácil de ajustar si él abrazase la mesma fe que ellas, la cual habían venido a enseñarle e instruir a los suyos y mostrarles el camino de su salvación; y que ésta y no otra había sido la causa de no haberle restituído luego al punto sus mujeres; que los cristianos quisieran haberle dado gusto en lo que mandaba sin ninguna dilación; pero que, con-

forme a lo que debían a su ley, no podían menos que asegurar a las que la habían ya recebido de cualquier peligro que se pudiese temer de que faltasen de ella.

Con estas y otras razones procuró el Padre aplacar la furia de Anganamon y últimamente le dió los presentes que le enviaban de nuestra parte, que eran las pagas de las dichas sus mujeres, conforme al uso de la tierra; pero en lugar de aplacarse el tirano con dones (que suelen tal vez templar el fuego de los mayores enojos y sentimientos), mandó que al punto los desnudasen y les quitasen a todos tres la vida. Replicó el Padre Martín de Aranda diciendo que ya que se resolvía a eso, que se contentase con que se la quitasen a él solo, que él moría de muy buena gana; pero que se la perdonase al Padre Horacio Vechi y al Hermano Diego de Montalbán, sus compañeros, porque por un caso particular no se turbase la paz general del reino, de que dependía la salvación de tantas almas; que si quedase vivo el Padre Horacio, podría llevar adelante las paces e instruír a los suyos en las cosas de la fe, en que tanto les iba. No hizo caso Anganamon de la réplica y nuevo razonamiento que el Padre le hizo, respondiendo que no quería paz ni cristiandad, ni la había de consentir, y así arremetieron los ejecutores de la impía sentencia, y desnudando a los Padres (que, dando gracias a Nuestro

Señor por la misericordia que les hacía, esperaban de rodillas el golpe del cuchillo), ejecutaron en ellos, como lobos en corderos, su fiereza.

Al padre Horacio primeramente le dieron un fiero machetazo sobre la oreja, en pago de la doctrina del cielo que les predicaba y sugería a las suyas y en señal de cuán cerradas las tenían a Dios y a la verdad; asegundaron el golpe en la mesma parte y luego le dieron una cruel herida por los pechos y atravesaron el cuerpo por la espalda con una lanza. Al Padre Martín de Aranda le hicieron pedazos la cabeza con una porra de leño enclavada, de manera que le hicieron saltar los sesos, y también le alancearon; y al hermano novicio Diego de Montalbán le atravesaron el cuerpo son seis u ocho lanzadas, y de esta manera, constantes todos tres en su fe, sin dejar de predicar la verdad de su doctrina hasta la última boqueada, enviaron sus espíritus al que los había criado para tanta gloria suya, a los catorce de diciembre, a las nueve de la mañana, el año de mil seiscientos y doce. Hallo una notable circunstancia de esta muerte en una carta del Padre Luis Bertonio, de nuestra Compañía, escrita del Perú al Padre Francisco Rosea, de la mesma Compañía, su fecha de 24 de enero de 1615, en la cual, hablando del Padre Horacio Vechi, dice estas palabras: "Ya se habrá sabido por ella, como el Padre Horacio Vechi, natural de Sena en Tos-

cana, murió mártir en Chile, a lo que se cree, porque habiendo ido con dos compañeros a predicar el Santo Evangelio a unos gentiles, que al parecer estaban de paz, el principal de aquella nación arremetió con ellos y atándolos a sendos árboles, le arrancaron el corazón, y después de arrancado, cuentan por verdad el suceso de una cosa maravillosa, y fué que el Padre Horacio estuvo predicando un cuarto de hora, hasta dar el alma a su Criador". Hasta aquí estas palabras de la carta, cerca de la cual lo que yo he podido contar (aunque no lo veo escrito en la relación que he hallado aquí en Roma), es que el Padre Martín de Aranda habló con los indios después de arrancado el corazón; pudo ser que hiciese Nuestro Señor a entrambos esta gracia, en lo cual me remito a las informaciones que se habrán hecho v harán de este suceso y a la censura que sobre ellas dará la Iglesia a su tiempo, como también sobre una revelación que un gran siervo de Dios, dicen, tuvo en Tucumán, el mesmo día de este suceso, viéndolos subir a la gloira a todos tres, con palmas en las manos, como se dirá más por menor, cuando lleguemos a decir algo de este sujeto, remitiéndome siempre, como debo, a la censura y aprobación de la Santa Iglesia. Lo que yo tengo por sin duda es que estos dichosos Padres, aún después de alanceados, prosiguieron confesando y predicando la fe ca-

tólica que habían entrado a enseñar a aquellos indios.

Dejaron los matadores los cuerpos desnudos entre los demás de los indios que quedaron allí muertos, y con esto se volvieron Anganamon y los suyos a su tierra, muy contentos y alegres, con más de cien cautivos, como quien iba triunfando de sus enemigos. Lleváronse consigo los sagrados ornamentos, vistiéndoselos por gala: y en todo aquel valle de Elicura, no quedó persona ninguna de los que habían quedado con vida que no huyese a los montes, como ganado desparramado y perdido cuando han muerto a su pastor. En este tiempo había despachado el Padre Luis de Valdivia a un indio cristiano llamado don Juan Cayumari, respondiendo a las cartas en que los Padres le pedían licencia para pasar adelante, que no lo hiciesen hasta tener nuevo aviso. Cuando este indio llegó a Elicura y vió tantos cuerpos muertos en aquel campo, luego sospechó que habían muerto juntamente a los padres, y haciendo diligencias para enterarse de la verdad, oyó una voz que le llamaba; llegóse adonde salía y halló un indio que apenas podía hablar, a quien había dejado Anganamon por muerto, arrojado entre los demás, y Dios le había conservado la vida para que contase lo que aquí queda referido, de la manera que se lo contó al dicho don Juan Cayumari, el cual, haciendo diligencias para hallar

los dichosos cuerpos, vino a dar con ellos, hallándolos cubiertos a ellos solos con muchas ramas de árboles, que hasta hoy no se sabe quién las cortó y puso sobre ellos; lo que se sabe es que, estando ya todos los demás cuerpos de los indios muertos comidos de unos pajarotes que llamamos allá gallinazos y taltales, no habían tocado ni dado una picada a los de estos venturosos operarios del Evangelio, como lo refirió el indio don Juan y lo vieron después por sus ojos el Padre Luis de Valdivia y los demás Padres y españoles que los colocaron en el lugar que luego diremos.

No soy amigo de hacer milagro lo que no lo es ni está aprobado por la Iglesia o recibido por tal con los fundamentos que la fe humana pide para creer prudentemente lo que refieren fidedignos; pero verdaderamente no puedo dejar de ponderar las circunstancias que tan dignas son de reparo en este caso, porque lo primero, es cierto que los matadores que tan solícitos fueron en desnudar a los Padres y quitarles las vidas, cuidarían muy poco de dejar cubiertos sus cuerpos, pues los indios del mesmo valle de Elicura visto está cuan poca comodidad tuvieron de poderlo hacer, pues los que pudieron librarse del cautiverio y muerte que dieron a sus compañeros, hicieron harto en poder escapar a los montes y asegurar en ellos sus vidas, demás de que el indio herido que hemos dicho quedó entre los muertos y dió cuenta a don Juan

de lo que había pasado, le dijo juntamente que no sabía quién fuese el que hubiese hecho aquel beneficio a aquellos benditos cuerpos; con que al piadoso lector le queda suficiente fundamento para discurrir en esto conforme a su piedad; y lo cierto es que aquel Señor, que jamás se dejó vencer de las finezas de sus siervos, no se olvidaría de los que éstos, sus evangélicos ministros, mostraron en esta ocasión para aumento de su gloria, exaltación de su fe y salud de las almas, y no sería cosa ajena de su nobilísima condición, honradora de los suyos, que mandase a sus ángeles cubrir aquellos venerables cuerpos, cuando sabemos que les tiene mandado que traigan a sus escogidos en sus palmas y les quiten los tropiezos del camino para que no caigan. Remítome a la disposición de su divino consejo y providencia, que en esta ocasión trazó lo que conforme a su mayor gloria convino, para que los cuerpos de sus siervos quedasen enteros y con la debida decencia, como los vió el referido don Juan Cayumari, el cual partió al punto a dar a los nuestros las nuevas del suceso.

(Libro VII, Cap. VI).

HACESE MENCION DE ALGUNOS VARONES ILUSTRES DE LA COMPAÑIA QUE HA HABIDO EN EL REINO DE CHILE

DESPUES de estos cuatro insignes varones, podemos contar a los otros tres que honraron aquel reino de Chile con su sangre derramándola por la predicación del Evangelio, como queda dicho arriba, en el capítulo sexto del Libro Séptimo, y de los antecedentes consta el celo y fervoroso espíritu de estos dichosos padres. Yo añadiré ahora aquí, en breve, algunas particularidades dignas de saberse, para su mayor estima y honra y gloria de Nuestro Señor. Y comenzando por el venerable padre Horacio Vechi, suponiendo lo que queda dicho en los capítulos citados, añado lo que el Padre Diego de Torres, que fué el que le llevó a Roma, viniendo por procurador del Perú, dice de él en la ánua de 12 por estas palabras: "El Padre Horacio era natural de Sena en Italia;

tenía de edad cuando murió treinta y cuatro años y de Compañía quince. Era noble en la sangre y mucho en la condición, manso y notablemente apasible y de un raro valor y entereza; tenía extraordinario celo de la salvación de las almas, particularmente de los indios, y así con ser ministro del Colegio de Santiago, confesaba más indios y españoles que otro ninguno, y con ser bien exacto en el oficio de Ministro, cuando le avisaban de las faltas de otros, las excusaba. Era muy pobre y enemigo de todo lo que dice curiosidad. Padecía dolor de piedra y de hijada a menudo, lo cual llevaba con notable paciencia y edificación, sin admitir por esta causa singularidad ninguna. Era aficionado a las cosas espirituales y muy dado a Nuestro Señor. Era tan humilde, que sabiendo que yo tenía designio de hacerle superior, me hizo grande instancia por volverle a la misión de Arauco. Yo le dí al Padre Valdivia por un obrero fidelísimo y que con grande valor y prudencia, le ayudaría a entablar los arbitrios de la paz que pretendía, cumplióle Nuestro Señor el deseo que tenía de ser de los primeros que derramasen en esta provincia su sangre por su amor". Hasta aquí el Padre Diego de Torres. El padre Luis de Valdivia, hablando de este dichoso Padre y dicho algo de lo que queda referido (en que convienen también los que he alcanzado aquí en Roma de los que le conocieron, así de los nuestros,

como de los de fuera), añade estas palabras: "Era el Padre Horacio de un rostro venerable, alegre y grave, de rara mansedumbre y suavidad en su trato, por lo cual era amable de cuantos le trataban. Tenía grande amor de Dios y mucha oración y gran celo de las almas y ternísimo amor a los indios, y muy devoto de Nuestra Señora". Hasta aquí estos fidelísimos y abonados testigos de los méritos y dotes de este ilustre varón, los cuales hablando del dichoso Padre Martín de Aranda Valdivia, dicen así, y primero el Padre Diego de Torres, en el lugar citado:

"El venerable Padre Martín de Aranda, era noble y muy deudo del Padre Valdivia; murió de edad de 52 ó 53 años y de 20 de Compañía. Era coadjutor espiritual formado. Antes de entrar en la religión fué muy buen soldado de la guerra de Chile, y por sus servicios y los de su padre, le empezaron los Virreyes a hacer merced, y fué corregidor de Río Bamba, siendo bien mozo, en que mostró valor y prudencia, y mayor en dejar el oficio y pretensiones del mundo y entrar en la Compañía en el Colegio de Lima, y aunque pretendió ser coadjutor, le mandaron perfeccionarse en el latín y oír casos de conciencia, y por ser buen lengua en este reino, le enviaron a este colegio los superiores, quince o diez y seis años ha, donde ha trabajado incansablemente con extraordinario fervor, predicando y

confesando a estos indios cristianos y bautizando muchos infieles, sin que jamás por cansado que estuviese, se haya excusado de salir a confesiones de enfermos y sanos, a cualquiera hora del día y de la noche. Era naturalmente intrépido y de raro valor, de manera que sacándole un cirujano un pedazo de quijada por enfermedad, nunca dió señal de flaqueza o impaciencia, ni dió más muestra de sentimiento que si le quitaran los cabellos. Era naturalmente colérico y hacíase tanta fuerza y reprimíase de manera que nos espantaba y edificaba a todos; especialmente tenía grandísima paciencia con los indios y sufrimiento, a que le ayudaba el extraordinario amor que les tenía, como si fueran sus hijos. Dióle Nuestro Señor un odio y aborrecimiento tan grande de si mesmo, que siempre se perseguía y hacía burla de sí y de sus cosas, y llevaba con grande consuelo que le dijesen sus faltas, particularmente en el refectorio, porque decía que allí no se podía excusar. Estaba tan despegado de los parientes y amigos como si nunca los hubiera conocido, y no había remedio de tratar con ellos, ni rogar por alguno de ellos cuando tenía necesidad. Era aborrecedor de cosas curiosas, y de los librillos y cosas necesarias, de que usaba con licencia; hacía a menudo manifestación a los superiores, y con su licencia los ofrecía en público. No traía de camino sino una frezadilla vieja y un poco de sayal,

y aunque siempre fué pobre, lo mostró mucho en esta partida a la misión, no queriendo admitir algunas cosas de que tenía precisa necesidad. Era aficionado a cosas espirituales y en particular a la lección de buenos libros. En este bendito Padre y su compañero el Padre Horacio, noté siempre grande celo de la honra de Dios y bien de la Compañía y devoción con la Santísima Virgen Nuestra Señora y con nuestro santo Padre, de quien fueron tan verdaderos hijos, como se ha manifestado en sus ejemplares vidas y gloriosas muertes. Amábanse estos dos buenos Padres ternísimamente en Cristo Nuestro Señor, haciéndose muy buena compañía en la misión de Arauco. Y cuando les llamé aquí para que descansasen y respirasen, me hacía cada uno de ellos instancia para que volviese a enviar al otro, diciendo que importaba su asistencia en ella, y el bendito Padre Horacio, que fué el primero que volvió, rogándome instantemente que enviase allá a su buen compañero el Padre Aranda, por el grande fruto que de ello esperaba, que era tal que de muy buena gana se privaría él de la misión y vendría a suplir con el Padre Aranda, a trueque de que fuese allá, y como in vita dilexerunt se ita in morte non sunt separati, dando con ella testimonio del amor grande que tenía al Señor que dió su vida por ellos, y del que tenían a los indios, y de cuan verdaderos hijos eran de la Compañía. Al

Señor sea la gloria, por el singular favor y merced que ha hecho a estos benditos padres".

Hasta aquí el Padre Diego de Torres. Ahora diré algo de lo que el Padre Luis de Valdivia dejó escrito de este ilustre varón, del cual, después de haber dicho cuan gran caballero era y cuan valeroso soldado y capitán, y que haciendo unos ejercicios le tocó Dios Nuestro Señor e hizo votos de entrar en la Compañía, prosigue diciendo que fué el fervor que tuvo en el noviciado muy grande, y las victorias que alcanzó de sí mismo muy gloriosas, despreciándose y humillándose en cuanto podía; la penitencia tan rigurosa, que admiraba, y lo mucho que el Señor se le comunicó en la oración. Fué señalado por compañero del Padre Miguel de Urrea, que había entrado a los chunchos sólo algunos meses antes, y para llegar allá, pasó grandes trabajos, caminando a pie por rios arriba y caminos asperísimos, desamparándole los indios que le guiaban, padeciendo hambres y muchos peligros de los indios de guerra a donde entrada, los cuales, cuando él llegaba, ya una jornada antes de donde el Padre estaba, le habían ya muerto los indios. Avisóle de esto una india y aconsejóle se volviese porque le matarían a él también si pasaba adelante, el cual consejo tomó como acertado, trazándolo así Dios, porque le esperaba a él otra muerte no menos dichosa en el reino de Chile. Pasó doblados trabajos al volver-

se solo y sin guía, a pie y sin comer más que yerbas del campo, hasta que llegó a tierras de indios cristianos. Luego volvió a Lima, de donde le enviaron a Chile, porque, como nacido allá y por saber bien la lengua de los indios, podía ser muy provechoso. Yendo a las misiones, dió por divino castigo a sólo los infieles aquel año una enfermedad tan grave, que morían muchos al cuarto día. En este tiempo, como no había quien les socorriese de comida porque no había mujer para marido, ni madre para hijo (que todos cayeron de golpe), el Padre Martín andaba a caballo, de ranchería en ranchería (que vivían muy apartados unos de otros), cargado de una comida que ellos usan de harina de trigo, llamada mazamorra, para dar a cada enfermo una escudilla de ella, guisándola de noche por sus manos, porque de día apenas tenía tiempo para llevárselas, dando de comer por su mano a unos y otros, en lo cual gastó muchos días con inmenso trabajo y no con poco fruto, pues con esto les ganó la voluntad y bautizó casi a todos los que se morían, que, movidos de aquella caridad, se bautizaban de voluntad". Prosigue el Padre Valdivia contando lo que el Padre trabajó en las misiones, hasta su dichosa muerte, la cual cuenta al modo que queda ya dicho en su lugar.

El Padre Diego de Torres en la misma ánua de doce, arriba citada, entre otros casos de edificación-

cuenta los siguientes, que dice sucedieron al mesmo Padre Martín de Aranda: "Visitando a un gentil que estaba enfermo por espacio de un mes, pasaba siempre dos veces al día, por ganarle a Dios, un caudaloso río. Tenía este indio dos hermanas y la una le persuadía que no recibiese el bautismo, la otra estaba indiferente. Viendo el Padre que éstas no ayudaban nada a su hermano para que se convirtiese, antes la una se lo disuadía, se volvió con un santo enojo contra ellas y les dijo que Nuestro Señor las había de castigar con la mesma enfermedad, y con esto se fué con harta pena, dejando al enfermo casi a punto de expirar. No pudo sosegar el Padre, volvió luego y hallóle sin pulso y al parecer ya muerto, y a las hermanas con la enfermedad con que de parte de Dios las había amenazado. Viendo el Padre que el indio estaba todavía caliente, díjole un evangelio y echóle agua bendita, y puesto de rodillas, pidió a Dios Nuestro Señor remedio para aquella alma e hizo que algunos españoles que estaban presentes, hiciesen lo mismo. Estando todos de esta manera, dió el indio una voz y dijo: Yo quiero ser cristiano, bautizame Padre, el cual le catequizó y bautizó, y luego murió, y las hermanas, por la pena, cuerdas también, se bautizaron, y una niña hija de una de ellas, se bautizó y murió.

"Estaba un niño enfermo y la madre hacía es-

tremos viendo que se le moría sin bautismo; fué el Padre a verle, y hallándole sin habla, no se atrevió a bautizarle porque era ya grande. Fuése y volvió otro día y estaba ya de manera que la madre, teniéndole por muerto, daba muchas voces llorándole. Echóle agua bendita, díjole el Evangelio de San Juan y pidieron a Nuestro Señor, él y el compañero, que no muriese aquel niño sin bautismo: en esto el que hacía algunos días que no hablaba y estaba casi muerto, volvió en sí, pidiendo el santo bautismo; díjole el Padre si creía todo lo que le había enseñando en la doctrina (a que muchas veces había acudido), y respondió que si, y que quería ser cristiano, y ya bautizado, se le vovió a quitar la habla y murió dentro de pocas horas, para ir a gozar de Dios".

Hasta aquí lo particular, que, fuera de lo dicho en su lugar, hallo de los dos dichosos compañeros, Padre Martín de Aranda y Padre Horacio Vechi. Del tercero, que fué el hermano Diego de Montalbán, no hallo otra cosa particular que lo que refiere el Padre Valdivia, diciendo que era natural de México, y que sirvió un año antes de entrar en la Compañía, a los Padres Misioneros de Arauco, de cocinero, despensero, sacristán y sastre, (que éste era su oficio), con gran fervor y ejemplo en todas las virtudes; hasta que entrando los Padres a predicar a los gentiles, pidió de rodillas le recibiese en la Compañía para en-

trar con ellos, como lo hizo y fué muerto, como queda referido en su lugar, y fué el primero a quien mataron, estando de rodillas pidiendo a Nuestro Señor fortaleza para aquel trance.

(Libro VIII; Cap. XXIV).

TRATASE DE LOS MINISTERIOS CON INDIOS Y NEGROS

A esta primera clase de que hemos tratado en el capítulo pasado, pertenecen también los ministerios que en los colegios se ejercitan con los indios y con los morenos, los cuales si no son tan especiosos en los ojos de los hombres, dan mayor ocasión de mérito en los de Dios y han estado siempre en tan grande estima en los de la Compañía, que ha ocupado en ellos sujetos con quien se pudieran honrar los más lucidos. Yo conocí empleado en el de los indios más de veinte años, al Padre Alonso de Aguilera, acudiendo juntamente con grande edificación y ejemplo al de su teología, en que otro tanto tiempo leyó una de las cátedras de escolástica en la ciudad de Santiago, con el lucimiento de su grande ingenio y doc-

trina, tan conocida y aplaudida en aquel reino; y antes de él conocí también empleado en el mesmo ministerio mucho tiempo al Padre Baltazar Pliego, no menos conocido por su gran talento de púlpito y por la autoridad que siempre ha tenido con las primeras personas de aquel Reino; y lo mesmo pudiera decir de otros, porque nadie, por grave que sea, se desdeña de acudir a un ministerio de tanto agrado de Nuestro Señor, y los mesmos superiores, hasta el Provincial, suelen ser los primeros en hacerles las pláticas en sus congregaciones y los sermones los días de las fiestas de sus cofradías, y en confesarlos y salir a sus procesiones con sus cruces en la mano, como lo usan todos los demás que las acompañan.

Son estas procesiones muy lucidas y hay mucho que ver en ellas. Hacen en la suya los indios la mañana de Pascua de Resurrección, dos horas antes de amanecer, a que acuden todos los cofrades y cofradas con sus hachas de cera blanca, todos bien vestidos y aliñados. Compónese la procesión de muchos pendones y andas que llevan muy bien aderezadas de muchas flores artificiales de seda, plata y oro, y en ellas al Niño Jesús con su cabellera y vestido a usanza de indio, a la Virgen Santísima, vestida de gloria y ricamente adornada, y otras imágenes de devoción; todo esto con mucha música y danzas y varios instrumentos de caja, pífaros y clarines, y por los monasterios por

donde pasa la procesión, la reciben las monjas y religiosos con repiques de campanas, órganos y buena música. Habiendo vuelto esta procesión a nuestra Iglesia, se canta la misa con mucha solemnidad y sermón, y a su tiempo llegan al altar los cofrades y cofradas con sus hachas encendidas a comulgar, que es una acción de grande edificación y ejemplo, porque la hacen estos nuevos cristianos con tanta devoción y recogimiento, que pueden dar ejemplo y enseñanza en esto a muchos cristianos viejos. (Perdóneme el piadoso lector si tal vez le canso con referir por menor algunas de éstas, que podrán parecerle menudencias, porque como escribo a tierras y cristiandad tan nueva, es menester descender a algunas cosas que, aunque parecen comunes a otras partes, tienen de particular el haberse entablado de nuevo en aquel nuevo mundo, y todo hace para mayor aliento de aquellos nuevos cristianos y edificación de los antiguos).

La procesión que hacen los morenos en día de la Epifanía y Pascua de los Santos Reyes Magos, no es en nada inferior a la de los indios en la cual, fuera de los pendones, suelen sacar en trece pares de andas todo el nacimiento de Nuestro Redentor. Va en unas el Pesebre con la Gloria; en otras el Angel que da la nueva a los pastores, y en otras varios pasos de devoción, y por remate, los tres

santos magos, que siguen la luz de una grande estrella, que va delante, de mucho lucimiento. Entre otros pasos, se hace uno en esta procesión de tanta ternura, que no se pueden contener algunos sin enternecerse, como lo he visto, pasando por algunas de las comunidades de religiosas, que salen a honrar la procesión pasando por sus iglesias, y es que viniendo la Virgen Santísima sentada en un taburete con su precioso Hijo a los pechos, le encuentra una nube, la cual abriéndose de repente, descubre una multitud de ángeles que vienen cada uno con su instrumento de la Pasión en las manos; el niño, dejando el pecho, se abalanza con grandes ansias, extendiendo los bracitos para recibir aquellos instrumentos de su amor, y la Virgen, con admiración, abre los suyos, levantando la cabeza a contemplar tan tierno afecto, y hácese todo esto con tanta viveza, que no parece artificio sino cosa natural. Son las imágenes principales todas de estatura natural y algunas muy perfectas, y así causa muy grande ternura y devoción.

Para mayor solemnidad de estas fiestas eligen los morenos cada año, por votos, un rey de su mesma nación, cuya corona dura sólo este día. Y así, para lograrla mejor, no es decible la majestad que representa con un cortejo de otros muchos que se juntan de varias partes para esta fiesta, a

la cual vienen algunos vestidos a la española, muy galanos y lucidos, otros a usanza de su tierra con arco y flecha, formando varias cuadrillas en forma de pelea, haciendo sus acometimientos, entradas y salidas, como si lo tomaran de veras; llegan a hacer reverencia a su rey, atropados, corriendo a gran priesa, híncanle la rodilla y luego levantan una vocería que pone espanto. De esta manera corren todos después a hacer su adoración y reconocimiento, al verdadero Rey del cielo que va en el Pesebre, y prosiguen alegrando la procesión con varios géneros de bailes y danzas, en que hacen ventaja los indios porque son más alegres y regocijados. No contentos con ello suelen hacer sus oraciones y representaciones, en que hay tanto más que ver y que admirar, cuanto es menos el lugar y comodidad que tienen, por ser esclavos y no saber leer para atender a los ensayos, y así suele ser grande el concurso que se junta a estos actos.

Otra procesión hacen aún más solemne que ésta la Semana Santa, en que sacan todos los pasos de dolor que padeció Cristo Señor Nuestro, desde el Pesebre hasta la Cruz. Hay aquí mucho que ver y contemplar, porque las imágenes de bulto que sacan son de mucho precio y valor, y las nubes y artificios para significar los misterios, son de ingeniosas tramoyas, y que mueven mucho a la devoción. Llevan los cofrades y cofradas tanta cera, que me acuerdo el primer año que se enta-

bló, que, fuera de las linternas, conté más de cuatrocientas hachas de cera blanca, que es mucho por valer allí tanto, como he dicho, y más siendo estos unos pobres esclavos; pero su piedad es tanta, que el real que llega a sus manos lo guardan para estas ocasiones por salir con lucimiento a ellas, porque tienen puesta en esto su honra. Esto es lo más especioso de estas dos cofradías, a que añaden entre año otra acción, en que ejercitan la piedad y caridad con los pobres, y es que de sus limosnas juntan cada año para hacer una comida que sirve la cofradía de los indios a los enfermos del hospital, y la de los morenos a los pobres de la cárcel, a quienes, fuera de esto, acude a consolar en sus trabajos, y cuando han de justiciar a alguno, acuden con su pendón y crucifijo, con sus hachas y le acompañan hasta el lugar del suplicio, donde le ayudan y asisten con sus oraciones, animándole para aquel último trance. Acuden, demás de esto, los unos y los otros todos los domingos a las pláticas y doctrina cristiana que se les hace, y salen con sus pendones por las calles, cantando las oraciones, y en la octava de los finados, hacen las honras por sus difuntos, con mucha solemnidad y música, y buena ofrenda para los cantores, y la Cuaresma tiene cada cofradía señalado su día para hacer a la noche su disciplina, como los españoles, y fuera de los mayordomos y oficiales que tienen obligación de confesar y comulgar más

a menudo, hay otros muchos cofrades y cofradas que frecuentan los santos sacramentos cada ocho días y otros más a menudo, en que se hace gran servicio a Nuestro Señor. Todo lo cual es común proporcionalmente en los demás colegios de la provincia, y en el de la Concepción, van floreciendo mucho estas cofradías.

Digamos ahora lo más trabajoso de estos ministerios, y que es el crisol de la paciencia de nuestros confesores, que es catequizar y confesar a los negros bozales. Vienen éstos de Angola, Guinea, Congo y otras partes de aquella Africa a nuestra América, cortados inmediatamente de las selvas de su gentilismo, y dan con ellos en aquellas provincias de Chile, de donde se reparten después a otras más adentro. Son estos tan incapaces (no hablo de los negros criollos ni de los ya ladinos, porque estos son de tanta capacidad como los mesmos españoles, sino de los bozales), que no parecen hombres sino bestias, y ponerse a catequizar a uno de estos y a confesarle, es lo mesmo que ponerse en un potro o en un heculeo, porque no sé que sea menester más paciencia para lo uno que para lo otro; sábelo Dios. que es el que sólo puede dar fuerzas y premiar tan excesiva mortificación y trabajo. Sin embargo, no se excusa nadie de él, el superior el primero, el predicador y el maestro y todos los demás se sientan a lidiar con uno de estos, una, dos y tres horas, con la humildad y

paciencia que pide un acto de tanta caridad, y para que lo sea mayor, quiso Nuestro Señor hacer más pesada esta carga, porque, fuera de la brutalidad de esta gente, les dió una complexión tal, que es insufrible el mal olor que echan de sí y encalabria las cabezas y obliga muchas veces a detener el resuello, por no poderse sufrir, con que siempre que se trata con esta pobre gente, hay ocasión de padecer; pero cuando vamos a confesarlos, estando enfermos, es del todo insufrible a las humanas fuerzas, porque se añade a la mortificación ordinaria de su mal olor, el que de suyo traen consigo la enfermedad y la poca comodidad que por su pobreza pasan; en fin, como esclavos, en sus malas camillas tendidas por el suelo, que acrecientan no poco la asquerosidad, que por sólo Dios se puede pasar, y más cuando hay alguna peste, que de ordinario da primero en ellos como en más desacomodados. En estas ocasiones es el padecer de veras, porque añadiéndose a la incapacidad de esta gente, la mala disposición y desabriamiento de la enfermedad, es menester decirles la cosa veinte veces para hacérsela entender, y por no exasperarlos o afligirlos más de lo que lo están con el accidente, es necesario doblar el confesor la paciencia y sufrimiento y el fervor de la caridad, para perseverar en la fatiga y penalidad en que aquí se sacrifican.

Pero la fidelidad y liberalidad de Nuestro Se-

ñor no permite dilatar todo el premio hasta la otra vida, sino que paga de contado la perseverancia de sus ministros, con los admirables frutos que les rinde su trabajo, cuando menos piensan, por los admirables efectos de la divina gracia que experimentan en el manejo de estas almas. Acontecióme una vez ir a la cárcel a confesar uno de estos negros que estaba para ser quemado por el pecado de la bestialidad, en que como bruto animal había caído, según estaba probado y cierto que no parece que le faltaba para serlo del todo, sino sólo la figura (que en fin era de hombre y hablaba), que en lo demás no daba muestras de cosa racional. Comencé a trabajar con él, usando de varios modos y trazas para darle a entender las cosas de la eternidad y disponerle para la confesión; pero era dar en él como en una peña, porque importaban tanto mis palabras como si las dijera a un leño, sin que reconociese señal ninguna de que hablaba con hombre, a lo menos con hombre que me diese la menor esperanza de poder hacer fruto en él; repetíale los misterios de nuestra santa fe, y cuando, después de haber gastado mucho tiempo, pareciéndome que estaba ya capaz, por haberle hecho repetir una mesma cosa muchas veces, le preguntaba lo que le había enseñado, se me quedaba embelesado y abierta la boca, como quien no había hecho concepto de nada.

Volví una y otra vez a la cárcel, trabajé todo

lo que pude, lastimado de ver un alma criada para la vida eterna, encarcelada en un cuerpo que tan poco le ayudaba en aquel punto de tanto peligro, y en que le iba tanto como es la salvación; hablábale, encomendábale a Nuestro Señor y hacíale que en su lengua me repitiese las palabras que le iba diciendo del Acto de Contrición, porque, aunque me parecía que hablaba solamente como papagayo, sin hacer conceptos de las palabras que repetía, me contentaba con esto, con esperanzas de que Dios le abriría por este medio el entendimiento. Fué hora de volver a casa, y fuíme con harto desconsuelo, porque el juez daba priesa e instaba ya el tiempo del suplicio; volví luego en amaneciendo otro día, y fué cosa maravillosa; hallé la cárcel toda conmovida, salieron los presos del calabozo a darme los parabienes de lo que habían visto, diciéndome que aquel negro no les había dejado dormir toda la noche, porque la había pasado en vela, con grandes sollozos, llorando amargamente sus culpas, y puesto de rodillas y dándose con una piedra grandes golpes en los pechos, había estado pidiendo misericordia con tan gran fervor, que los enternecía a todos. Llegué a él, halléle en esta postura tan otro, que sólo tenía del día antecedente la figura; todo lo demás trocado en otro hombre y en un fervoroso penitente.

Halléle tan bien dispuesto que pude confesarle muy a mi satisfacción, y aun hacer que recibiese el viático. ¡Tal había sido la mudanza que el Espíritu Santo había hecho en aquella alma, por medio de su interior magisterio, que pudo tan en breve darle a entender lo que yo con tan gran trabajo no había podido en tanto tiempo! Lleváronle al lugar del suplicio, a que acudió innumerable pueblo, y continuando siempre las muestras de compunción y causándola a los presentes, recibió la ejecución de la sentencia con la confianza de su salvación y muestras de conseguirla, que pudiera un cristiano viejo después de bien preparado y dispuesto para este trance. Acontecióme lo mesmo con otra negra, tan incapaz como éste, y aún más, por estar muy enferma. Trabajé con ella lo que Dios sabe, aunque sin fruto, y volviendo una mañana a visitarla, me salieron a recebir sus amas, haciéndose lenguas en referir los admirables efectos de la divina gracia que habían visto aquella noche en su esclava. Instruíla en los misterios de nuestra fe, rebauticéla y murió. Otros muchos casos se pudieran contar a este modo, algunos se tocarán más adelante; por ahora basten estos, para que se entienda algo de lo mucho que Nuestro Señor se sirve del trabajo que con estos negros se pasa, y la fuerza de la divina gracia, para hacer de piedras, hijos de Abraham, como lo experimentamos cada día, viendo que con el tiem-

po y la paciencia se dispone y habilita esta pobre gente, de manera que vienen a reducirse a la frecuencia de los Sacramentos con gran fruto de sus almas.

(Libro VIII; Cap. VII).

LA MADRE CONSTANZA

NO es razón pasar en silencio (. . .), la religiosa y santa vida de la Madre Constanza, aunque como estoy tan lejos de los que pudieran darme mucha materia para dilatarme en referirla, diré solamente lo que se me acuerda de lo que dijo de ella en un grandioso sermón que predicó en sus honras el señor don Gaspar de Villarroel, Obispo de Santiago, varón de gran talento y piedad, el cual. tomando por tema aquellas palabras "Nigra sum. sed formosa", redujo toda la hermosura de su alma a la humildad, que fué la virtud en que se más se esmeró y en que fundó toda su perfección.

Nació esta india en aquella frontera de Arauco, donde la cautivaron los españoles. Entre otras, que se repartieron entre diferentes dueños, tocó ésta a un vecino de Santiago, el cual haciéndola

catequizar primero, dispuso que se bautizase. Asentóle tan bien el divino carácter de cristiana, que trató desde aquel día de serlo, no sólo de nombre, sino de veras, que no acertaba a tener otra conversación sino con Cristo Sacramentado; oía para esto cuantas misas podía, y en pudiendo, se escapaba y volaba a la Iglesia Catedral, donde, firme como una estatua, de rodillas, asistía hasta la última misa y siempre era la última que salía de la Iglesia, y era menester que el sacristán la echase siempre de ella, al tiempo de cerrarla.

Reparóse en esto, y avisado el señor Obispo, que era un santo varón, se llegó a ella un día y le dijo qué hacía allí tan tarde y por qué no se iba a servir a su amo. Respondió la buena criatura: ¿Cómo es posible que viva mientras no estoy mirando a mi Señor en la hostia? Admirado el señor Obispo de la respuesta y de la ternura y fervor con que la dió, reconociendo en sus palabras singulares prendas del cielo, dispuso quitarla de las ocasiones del siglo, y para esto la entró en el insigne monasterio de la Concepción de monjas Agustinas, de muy gran virtud y ejemplo, el cual se le fué pegando a Constanza, de manera que ya se hacía sentir y sobresalía entre las demás. Confesábase con el Padre Luis de Valdivia, de buena memoria, y con su consejo y dirección, iba cada día creciendo en virtud. Llegó un día a confesarse y dijo a su confesor que se

hallaba muy desconsolada porque no sabía leer y así no podía tener lección espiritual. El Padre le respondió que aprendiese y pidiése a la Virgen Santísima que la enseñase. Hízolo así, y cuando menos lo pensaba, comenzó a entender los libros y a escribir como si hubiera andado muchos años a la escuela.

Con esto y con los otros actos de virtud con que veían las monjas que Constanza se singularizaba entre todas, comenzaron a venerarla como a persona de singular virtud, porque todo el tiempo que le sobrara de los ministerios de Marta, le gastaba en el Coro, en perpetua oración, que acompañaba con grandes ayunos, disciplinas y penitencias, con que cada día admiraba más su raro ejemplo; pero lo que más sobresalía siempre era su humildad y desprecio de si mesma. Honróla Dios con algunos prodigios. de los cuales fué muy célebre el que obró su Divina Majestad en el trigo del monasterio, que estaba a su cargo. Fué faltando éste con el gasto ordinario, de manera que ya no quedaba en la troje sino para muy pocos días. Avisó de ello a la abadesa para que proveyese a esta falta, y respondióla con algún sacudimiento que lo buscase, que cómo se había gastado tan presto el que había. Bajó ella la cabeza y fuése con mucha humildad a su oración y demás ejercicios de la obediencia.

Fué cosa maravillosa que yendo a abrir la tro-

je para dar a moler el poco trigo que había dejado en ella, la halló rebosando. No se pudo encubrir el caso, y llegando unas y otras a preguntarla el modo cómo había sucedido esto, y engrandeciendo la maravilla que Dios había usado por su medio, respondía a todas con gran disimulo: ¿Yo milagro? ¿Dios había de hacer milagros por una pobre india? Eché en la troje un panecito de San Nicolás, y por él nos ha dado Dios trigo. Lo mismo hizo en otras ocasiones semejantes a esta, encubriéndose siempre y ocultándose con un disimulo tan connaturalizado, que no parecía sino una india ordinaria. De esta manera vivió unos cuarenta años en la religión en perpétuo silencio, sin que jamás la viese nadie en la reja, sino siempre o en el Coro o en sus oficinas, hasta que cargada de años y merecimientos, murió en el mesmo convento con grande opinión de santidad, ahora cuatro años, confirmándolo todos con el gran concurso y piedad con que acudieron a honrar y venerar su cuerpo.

(Libro VIII; Cap. XIV).

INDICE

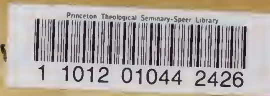
EL PADRE ALONSO DE OVALLE

SELECCIONES

Pág.

EN ESTA CIUDAD DE SANTIAGO DEL NUEVO EXTREMO, A QUINCE DÍAS DEL MES DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y CUATRO, FESTIVIDAD DEL SEÑOR SAN ISIDRO, PATRONO DE LA VILLA DE MADRID, SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE ENSAYO Y SELECCIÓN DE LA "HISTÓRICA RELACIÓN DEL REINO DE CHILE", QUE COMPUSO EL MUY REVERENDO PADRE ALONSO DE OVALLE, DE LA ÇOMPAÑÍA DE JESÚS.

AD MAIOREM DEI GLORIAM


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01044 2426

$ 40.—